

GAYLE FORMAN

Si decido quedarme



Mia tiene diecisiete años, un hermano pequeño de ocho, un padre músico y el don de tocar el chelo como los ángeles. Muy pronto se examinará para entrar en la prestigiosa escuela Juilliard, en Nueva York, y, si la admiten, deberá dejarlo todo: su ciudad, su familia, su novio y sus amigas. Aunque el chelo es su pasión, la decisión la inquieta desde hace semanas.

Una mañana de febrero, la ciudad se levanta con un manto de nieve y las escuelas cierran. La joven y su familia aprovechan el asueto inesperado para salir de excursión en coche. Es un día perfecto, están relajados, escuchando música y charlando. Pero en un instante todo cambia. Un terrible accidente deja a Mia malherida en la cama de un hospital. Mientras su cuerpo se debate entre la vida y la muerte, la joven ha de elegir si desea seguir adelante. Y esa decisión es lo único que importa.



Gayle Forman

Si decido quedarme

Si decido quedarme - 1

ePub r1.1

Edusav 15.04.15

Título original: *If I Stay*

Gayle Forman, 2009

Traducción: Gema Moral Bartolomé

Retoque de portada: Edusav

Editor digital: Edusav

Corrección de erratas: AlanSds, borgia

ePub base r1.2



Para Nick

Finalmente... Siempre

7:09

Todo el mundo cree que fue por culpa de la nieve. Y en cierto sentido supongo que es verdad.

Esta mañana, cuando despierto, una fina capa blanca cubre el césped delantero de nuestra casa. No pasa de un par de centímetros, pero en esta parte de Oregón basta eso para que todo quede paralizado, porque el único quitanieves del condado está ocupado en despejar las carreteras. Lo que cae del cielo es agua mojada, gotas, gotas y más gotas, pero de nieve, nada.

Sin embargo, es suficiente para cerrar las escuelas. Mi hermano pequeño, Teddy, suelta un alarido de guerra cuando la noticia se anuncia en la radio de onda media de mamá.

—¡Día de nieve! —brama—. Venga, papá, vamos a hacer un muñeco.

Mi padre sonrío y da unos golpecitos a su pipa. Empezó a fumar en pipa hace poco, desde que le dio por el rollo años cincuenta al estilo de la telecomedia *Father Knows Best*. También lleva pajarita. No acabo de tener claro si se trata de una cuestión de vestimenta o de ironía, una manera de expresar que en otros tiempos fue punki pero ahora es profesor de Inglés de primaria, o si el hecho de convertirse en maestro lo ha metido en esta especie de experiencia atávica. En cualquier caso, me gusta el olor del tabaco de pipa. Es dulce y ahumado, y me trae recuerdos del invierno y las estufas de leña.

—Muy valiente de tu parte —le dice a Teddy—. Pero la nieve apenas está cuajando en la carretera. ¿Por qué no pruebas con una ameba, en lugar del muñeco?

Se nota que papá está contento. Ese par de centímetros de nieve ha acarreado que todos los centros de enseñanza del condado se cierren, incluidos mi instituto y el colegio donde él enseña, así que también es un inesperado día de fiesta para papá. Mi madre, que trabaja en una agencia de viajes de la ciudad, apaga la radio y se sirve una segunda taza de café.

—Bueno, si todos hacéis novillos, no esperéis que yo vaya a trabajar. No sería justo. —Coge el teléfono y llama a la agencia. Cuando cuelga, nos lanza una mirada—. ¿Preparo el desayuno?

Papá y yo soltamos una carcajada al unísono. Mamá sólo sabe preparar cereales y tostadas. Es papá quien cocina en esta familia.

Fingiendo no oírnos, ella saca una caja de Bisquick del armario.

—Venga ya, no creo que sea tan difícil. ¿Quién quiere crepes?

—¡Yo! ¡Yo! —grita Teddy—. ¿Podemos echarles trocitos de chocolate?

—No veo por qué no.

—¡Yujuuu! —aúlla mi hermano agitando los brazos.

—¿De dónde sacas tanta energía a estas horas de la mañana? —bromeo, y me vuelvo hacia mi madre—. No deberías dejarle tomar tanto café.

—No, si ahora lo he pasado al descafeinado —me sigue ella—. Lo suyo es de nacimiento.

—Vale, mientras no me pases a mí al descafeinado —le advierto.

—Eso podría tipificarse como maltrato juvenil —tercia papá.

Mamá me acerca un tazón humeante y el periódico.

—Sale una estupenda foto de tu novio —me dice.

—¿En serio? ¿Una foto?

—Ajá. Y por cierto es todo lo que hemos visto de él desde el verano —añade, lanzándome una mirada de soslayo con una ceja arqueada, su versión de una mirada penetrante.

—Lo sé —digo, y se me escapa un inoportuno suspiro. La banda de Adam, los Shooting Star, se encuentra en una espiral ascendente, lo que es magnífico... casi siempre.

—Ah, esta juventud de hoy ya no sabe apreciar la fama —refunfuña papá, sonriendo. Sé que se alegra por Adam, que incluso se enorgullece de él.

Hojeo el periódico hasta llegar a la agenda cultural. Hay una pequeña nota sobre los Shooting Star, con una foto diminuta de sus cuatro miembros, junto a un extenso artículo sobre los Bikini y una imagen grande de su cantante, la diva del punk rock Brooke Vega. En la nota sólo se dice que la banda local Shooting Star será la telonera de los Bikini en Portland, una de las ciudades incluidas en su gira nacional. No menciona lo que para mí es una noticia aún más importante: que anoche los Shooting Star actuaron como grupo principal en un club de Seattle y que, según el mensaje que me envió Adam a medianoche, se agotaron las entradas.

—¿Irás al concierto de esta noche? —pregunta papá.

—Pensaba ir. Depende de si cierran las carreteras por culpa de la nieve.

—Sí, menuda nevada se avecina —ironiza él, señalando un solitario copo que desciende lentamente.

—Además, he de ensayar con un pianista universitario que la profesora se ha sacado de la manga. —La señora Christie, que enseñaba música en la universidad antes de jubilarse, y con la que he estudiado durante los últimos años, siempre anda a la caza de víctimas que me acompañen. «Para que mantengas el nivel y les demuestres a esos creídos de Juilliard cómo se toca», arguye.

Aún no he me han admitido en Juilliard, pero la prueba me fue muy bien. La *suite* de Bach y la música de Shostakóvich fluyeron de mi instrumento mejor que nunca, como si mis dedos fueran una prolongación del arco y las cuerdas. Cuando acabé de tocar, jadeante y con las piernas temblorosas, uno de los examinadores aplaudió un poco, lo que imagino que no ocurre con frecuencia. Al salir, me dijo que hacía mucho tiempo que no se veía a una «joven campesina de Oregón» en Juilliard. La profesora Christie se lo tomó como un indicio de que iba a ser aceptada. Umm, no sé. Tampoco estoy segura al cien por cien de querer que me acepten. Igual que ha ocurrido con la meteórica ascensión de los Shooting Star, mi ingreso en Juilliard daría pie a ciertas complicaciones, o sea, agravaría las ya surgidas durante los últimos meses.

—Necesito otro café. ¿Alguien se apunta? —pregunta mamá, acercándose con la vieja cafetera eléctrica.

Olisqueo el aroma intenso y untuoso de la variedad francesa de café torrefacto que preferimos en casa. Con sólo olerlo ya te espabila.

—Quizá me vuelva a la cama —anuncio—. Tengo el chelo en el instituto, así que ni siquiera puedo ensayar.

—¿Todo un día sin ensayar? Oh, pobre corazón en pena, no sufras —me pincha mamá. Aunque se ha aficionado a la música clásica a lo largo de los años («Es como aprender a apreciar el queso maloliente», afirma), como público obligado no siempre se ha mostrado complacida con mis ensayos maratonianos.

Del sótano llega un ruido estrepitoso. Teddy está aporreando la batería heredada de papá, de los tiempos en que tocaba en una banda importante de la ciudad, o sea, casi desconocida en el resto del mundo, y trabajaba en una tienda de discos.

Él sonríe al oír el estruendo de redobles y platillos, y eso me evoca un viejo remordimiento. Sé que es una tontería, pero siempre me he preguntado si lo decepcionó que no me dedicara al rock. Era lo que tenía pensado, sí, pero en la clase de música de tercero me sentí atraída por el violonchelo, un instrumento que me pareció casi humano. Intuí

que podría contarme toda clase de secretos, y así fue como empecé. De eso hace casi diez años y aún sigo con él.

—¿Alguien quería volver a acostarse? —grita mamá para hacerse oír.

—Qué te parece, la nieve ya se está derritiendo —comenta papá, dando chupadas a la pipa.

Me asomo a la puerta de atrás para echar un vistazo. El sol ha conseguido abrirse paso entre las nubes y se oye el siseo del hielo al derretirse. Cierro la puerta y vuelvo a la mesa.

—Los del condado han exagerado las cosas —comento.

—Naturalmente —dice mamá—. Pero ahora no pueden dar marcha atrás, después de anunciar el cierre de las escuelas. Y yo ya he llamado para pedir el día libre.

—Pues sí —dice papá—. Razón de más para aprovechar este inesperado paréntesis. ¿Qué tal coger el coche y pasarnos a ver a Henry y Willow?

Son unos viejos amigos de mis padres, de la época en que él se dedicaba a la música. Desde el nacimiento de su hija han optado por comportarse como adultos. Viven en una vieja y espaciosa granja. Henry se dedica a algo de webs de Internet en un establo convertido en despacho, y Willow trabaja en un hospital cercano. Su bebé es la principal razón de que mis padres quieran visitarlos. Ahora que Teddy acaba de cumplir los ocho años y yo tengo diecisiete, ya no despedimos ese olor a leche agria que tanto emboba a los adultos.

—Y al volver podemos pasar por BookBarn, ¿vale? —propone mamá para engatusarme.

Se trata de una vieja, enorme y polvorienta librería de segunda mano. En la trastienda guardan un alijo de discos de música clásica, a veinticinco centavos, que nadie parece querer aparte de mí. Tengo una pila escondida debajo de mi cama. Una no va por ahí alardeando de poseer una colección de música clásica.

Se los enseñé a Adam, pero cuando ya hacía cinco meses que salíamos. Esperaba que se echara a reír, pues es un tío tope en la onda, con sus tejanos de dobladillo vuelto y sus Converse negras, sus desgastadas camisetas punk rock y sus tatuajes sutiles. No es de la clase de chicos que salen con alguien como yo. Y por eso, cuando hace dos años en el ala de música del instituto advertí que me miraba, creí que pretendía burlarse de mí y me empeñé en evitarlo. El caso es que no se rió cuando le enseñé mi colección. Resultó que él también tenía una colección de discos polvorientos bajo su cama, de punk rock, claro.

—También podríamos parar en casa de los abuelos para una cena temprana —sugiere papá, alargando ya la mano para coger el teléfono

—. Estaremos de vuelta con tiempo más que suficiente para que vayas a Portland —añade mientras marca el número.

—De acuerdo —acepto. No es por el cebo de BookBarn, ni porque Adam esté de gira, o porque mi mejor amiga, Kim, esté ocupada con el anuario. Ni siquiera es porque tenga el chelo en el instituto, o porque no quiera quedarme en casa viendo la tele o durmiendo. Es que, sencillamente, me gusta salir con mi familia. Ésa es otra cosa de las que no se alardea, pero Adam también es así.

—¡Teddy! —llama papá—. ¡Venga, vístete! ¡Nos vamos de aventura!

Mi hermano culmina su solo de batería con un estrépito de platillos y sube corriendo a su habitación. Momentos después irrumpe en la cocina ya vestido, como si se hubiera puesto la ropa mientras bajaba como un rayo por la empinada escalera de madera de nuestra casa victoriana, plagada de corrientes de aire.

—*School's out for summer ...* —canturrea.

—¿Alice Cooper? —refunfuña papá—. Pero bueno, ¿todo vale en esta casa? Al menos canta algo de los Ramones, chaval.

—*School's out forever* —sigue Teddy a pesar de las protestas.

—Teddy el Optimista —comento.

Mamá ríe y deposita un plato de crepes un poco chamuscados sobre la mesa de la cocina.

—A desayunar, familia.

8:17

Subimos al coche, un Buick herrumbroso que ya era viejo cuando nos lo dio la abuela al nacer Teddy. Mis padres me preguntan si quiero conducir. No quiero. Papá se sienta al volante. Ahora le gusta conducir. Se había negado tercamente a sacarse el carnet durante años, e insistía en ir en bicicleta a todas partes. Cuando tocaba en la banda, su negativa a conducir obligaba a los demás a turnarse al volante, algo que les exasperaba. Mamá era más insistente. Le daba la lata, trataba de engatusarlo y a veces le gritaba que obtuviera el permiso de una vez, pero él se obstinaba en que prefería pedalear. «Entonces ponte a fabricar una bicicleta en la que quepamos los tres y no nos mojemos cuando llueva», le exigía ella. Y él siempre se reía y aseguraba que lo haría.

Pero cuando mamá se quedó embarazada de Teddy, se plantó y dijo basta. Papá pareció comprender que algo había cambiado. Dejó de discutir y se sacó el carnet. También volvió a estudiar para obtener el título de profesor. Supongo que no pasaba nada por seguir siendo inmaduro con un hijo, pero con dos había llegado la hora de convertirse en adulto, la hora de ponerse pajarita.

También la lleva esta mañana, a conjunto con una chaqueta jaspeada y zapatos *vintage* con puntera.

—Ya veo que te has vestido para la nieve —le digo.

—Soy como el correo del zar —replica, rascando el hielo del coche con unos de los dinosaurios de plástico que Teddy suele dejar esparcidos por el césped—. Ni la lluvia, ni la cellisca ni un centímetro de nieve me obligarán a vestirme como un leñador.

—Oye, que yo vengo de una familia de leñadores —le advierte mi madre—. Nada de burlarse de los blancos pobres de este país.

—Nada más lejos de mi intención, *milady*. Sólo me refería a un contraste de estilos.

Papá tiene que darle al contacto varias veces para que el coche arranque por fin con un ruido ahogado. A continuación se produce la habitual batalla por el dominio de la radio. Mamá quiere la emisora NPR. Papá prefiere Frank Sinatra. Teddy exige Bob Esponja. Y yo querría la emisora de música clásica, pero, siendo la única aficionada a los clásicos en la familia, estoy dispuesta a conformarme con los Shooting Star.

Papá interviene.

—Dado que hoy todos nos estamos saltando las clases, deberíamos escuchar las noticias si no queremos sufrir de ignorantitis...

—Ignorantemia —lo corrige mamá, burlona.

Él pone los ojos en blanco, le aprieta la mano y carraspea de esa forma tan profesoral.

—Como decía, primero la NPR, y luego de las noticias, la emisora clásica. Teddy, no vamos a torturarte con eso, puedes ponerte un CD — decide, y desconecta el reproductor de CD portátil que tiene acoplado a la radio—. Pero cuidado: Alice Cooper no está permitido en mi coche. — Mete la mano en la guantera y revuelve el interior—. ¿Qué tal Jonathan Richman?

—Quiero Bob Esponja. ¡Mira, ya está puesto! —grita Teddy, dando botes y señalando el portátil. Por lo visto, los crepes con trocitos de chocolate y sirope han disparado su hiperactividad.

—Hijo, me decepcionas —bromea papá. Tanto Teddy como yo nos hemos criado con las tontorronas melodías de Jonathan Richman, el santo patrón musical de mis padres.

Una vez hecha la selección de la banda sonora, nos ponemos en marcha. Hay algo de nieve en la carretera, pero en su mayor parte sólo está mojada. Claro que esto es Oregon y aquí las carreteras siempre están mojadas. Mamá solía bromear con que es peor una carretera seca: «Los conductores se ponen chulos, olvidan toda precaución y empiezan a conducir como idiotas. Los polis hacen su agosto endosando multas por exceso de velocidad».

Apoyo la cabeza en la ventanilla y contemplo el paisaje que pasa, un retablo de abetos verde oscuro salpicados de nieve, finos jirones de niebla blanca y pesados nubarrones en el cielo. El interior del coche está tan caldeado que las ventanillas se empañan. Dibujo garabatos con el dedo.

Cuando termina el boletín de noticias, sintonizamos la emisora de música clásica. Escucho los primeros compases de la *Sonata para violonchelo n.º 3* de Beethoven, precisamente la obra que iba a practicar esta tarde. Parece una especie de coincidencia cósmica. Me concentro en las notas, imaginando que las toco, agradecida por la oportunidad de practicar mentalmente, feliz de ir calentita en un coche con mi sonata y mi familia. Cierro los ojos.

Uno no espera que la radio funcione después. Pero funciona.

El coche ha quedado destripado. El impacto de un camión de cuatro toneladas que circula a cien kilómetros por hora y se estrella contra el lado del acompañante tiene la fuerza de una bomba atómica. Arranca

las puertas de cuajo y el asiento del pasajero atraviesa la ventanilla del conductor. Lanza el chasis dando tumbos por la carretera y el motor se desgarras como si fuese una telaraña. Manda las ruedas y los tapacubos al interior del bosque. E incendia fragmentos del depósito de gasolina, así que ahora hay unas llamas diminutas lamiendo la carretera mojada.

Además, produce un ruido de mil demonios. Toda una sinfonía al triturar, un coro al reventar, un aria al explotar y, finalmente, el triste aplauso de trozos metálicos impactando contra los árboles. Después todo queda en silencio excepto la *Sonata para violonchelo n.º 3*, que sigue sonando. No se sabe cómo, la radio del coche aún funciona, así que Beethoven se escucha en la que antes era una tranquila mañana de febrero.

Al principio creo que no ha pasado nada demasiado grave. Todavía oigo a Beethoven. Y estoy de pie en la cuneta, junto a la carretera. Cuando me miro, la falda tejana, la chaqueta de punto y las botas negras que me puse por la mañana están igual que cuando salimos de casa.

Trepo por el terraplén para ver mejor el coche. Ni siquiera es ya un automóvil, sino un esqueleto metálico sin asientos y sin pasajeros. Lo que significa que el resto de mi familia tiene que haber salido despedida igual que yo. Me limpio las manos en la falda y camino por la carretera en su busca.

Primero veo a papá. Desde varios metros de distancia distingo el bulto de la pipa en el bolsillo de su chaqueta. «¡Papá!», grito. A su alrededor el asfalto está pegajoso y encuentro trozos grises que parecen de una coliflor. Sé lo que estoy viendo, pero en principio no consigo relacionarlo con mi padre. Lo que me viene a la mente son esas noticias sobre tornados e incendios, cuando explican que han destrozado una casa pero han dejado intacta la de al lado. En el asfalto hay trozos del cerebro de mi padre. Pero su pipa sigue en el bolsillo superior izquierdo.

A continuación encuentro a mamá. Casi no se ve sangre, pero ya tiene los labios azulados y el blanco de sus ojos está completamente rojo, como un demonio de una película de terror de serie B. Parece absolutamente irreal. Y es al verla convertida en una ridícula zombi cuando me recorre una oleada de pánico.

«¡Teddy! ¡Tengo que encontrarlo! ¿Dónde está?». Giro en redondo con súbito frenesí, como la vez que lo perdí de vista durante diez minutos en la tienda de comestibles. Llegué a convencerme de que lo habían secuestrado, pero sólo se había alejado para inspeccionar la sección de chucherías. Cuando lo encontré, no sabía si darle un abrazo o regañarlo.

Vuelvo corriendo a la cuneta de la que he salido y veo que asoma una mano. «¡Teddy! ¡Estoy aquí! —le grito—. Alarga la mano y te sacaré». Pero cuando me acerco más, veo el destello metálico de una pulsera de plata de la que cuelgan un chelo y una guitarra diminutos. Me la regaló

Adam cuando cumplí los diecisiete. Es mi pulsera. La llevaba esta mañana. Me miro la muñeca. Sigo llevándola.

Me aproximo y compruebo que no es Teddy quien yace en la cuneta. Soy yo. La sangre del pecho me ha empapado la camisa, la falda y la chaqueta de punto, y ha teñido la nieve con gotas que parecen de pintura. Tengo una pierna retorcida y desgarrada, con el hueso a la vista. Tengo los ojos cerrados y el pelo castaño oscuro ensangrentado.

Me doy la vuelta. Algo falla. Esto no puede estar ocurriendo. Somos una familia que ha salido en coche. Esto no es real. Debo de haberme quedado dormida. «¡No! Basta. Por favor, basta. ¡Despierta, por favor!», grito al aire helado. Mi aliento debería formar vaho, pero no lo hace. Me miro la muñeca, que está como siempre, sin heridas ni restos de sangre, y me pellizco con fuerza.

No siento nada.

No es la primera vez que sufro una pesadilla. He soñado que me caía a un abismo, que tocaba en un recital sin saberme la partitura o que rompía con Adam, pero siempre he logrado abrir los ojos en el último momento, levantar la cabeza de la almohada y detener la película de terror que se desarrollaba tras mis párpados. Lo intento de nuevo. «¡Despierta! —chillo—. ¡Despierta! ¡Despierta, despierta, despierta!». Pero no despierto.

Entonces oigo algo. La música. Aún oigo la música, así que me concentro en ella. Toco las notas de la *Sonata para violonchelo n.º 3* con los dedos, como suelo hacer cuando escucho las obras que estoy practicando. Adam lo llama *air chelo*. Siempre me dice que un día tenemos que tocar a dúo, él *air guitar* y yo *air chelo*. «Al acabar, podemos romper los instrumentos como los Who. Sé que te molaría», bromea.

Sigo concentrada en tocar en el aire, hasta que el coche exhala su último aliento y la música se apaga con él.

No pasa mucho rato hasta que se oyen las sirenas.

9:23

«¿Estoy muerta?».

Tengo que preguntármelo.

«¿Estoy muerta?».

Al principio parecía obvio que estar allí de pie, viéndolo todo, era sólo temporal, un interludio antes de la luz blanca y la vida entera pasando por delante de los ojos en un instante mientras me dirigía allá donde tuviera que ir.

Pero ya han llegado los sanitarios, además de la policía y los bomberos. Alguien ha cubierto a mi padre con una sábana y un bombero está cerrando la bolsa de plástico en que han metido a mamá. Habla de ella con otro bombero, que no aparenta más de dieciocho años. El mayor le explica al novato que seguramente mi madre fue la primera en recibir el golpe y que murió en el acto, lo que justifica la ausencia de sangre.

—Parada cardíaca instantánea —dice—. Cuando el corazón no late, no hay hemorragia. Te vas desangrando poco a poco.

No quiero pensar en eso, en mamá desangrándose poco a poco, así que reflexiono en cuán adecuado resulta que fuera la primera en recibir el golpe, amortiguándolo para nosotros. No ha sido elección suya, obviamente, pero la cuestión es que así era ella.

Pero ¿estoy muerta? Mi cuerpo tendido en el borde de la carretera, con una pierna colgando en la cuneta, está rodeado por varios hombres y mujeres que se afanan frenéticamente y me inyectan no sé qué. Estoy medio desnuda, los sanitarios me han rasgado la camisa. Tengo un pecho al aire. Aparto la vista por vergüenza.

La policía ha colocado balizas luminosas a lo largo del perímetro del accidente. A los coches que llegan les indican que den media vuelta, la carretera está cerrada. Los agentes sugieren rutas alternativas, carreteras secundarias que llevarán a los automovilistas a sus destinos.

No obstante, muchos coches aparcan cerca. Sus ocupantes se apean, rodeándose el cuerpo con los brazos por el frío. Observan la escena del accidente. Luego apartan la mirada, algunos sollozando. Una mujer vomita entre los helechos de la cuneta. Y aunque no saben quiénes somos ni lo que ha ocurrido, rezan por nosotros. Percibo que rezan.

Esto también me hace pensar que estoy muerta. Esto, y el hecho de que mi cuerpo parece completamente inerte. Además, al mirarme la pierna

pelada hasta el hueso por la fricción del asfalto, sé que debería experimentar unos dolores atroces. Tampoco lloro, a pesar de que a mi familia acaba de ocurrirle algo inimaginable. Somos como el huevo Humpty Dumpty del acertijo infantil, y ni todos los caballos y hombres del rey juntos podrán recomponernos.

Mientras medito todo esto, la sanitaria pelirroja y pecosa que ha estado asistiéndome responde a mi pregunta.

—Ocho en la escala de coma. ¡Hay que intubarla ya! —grita.

Ella y el sanitario de mandíbula cuadrada me meten un tubo por la garganta, le acoplan una bolsa con una pera de goma y empiezan a bombear aire.

—¿Cuánto tardará el helicóptero?

—Diez minutos —responde el sanitario—. Y veinte para regresar a la ciudad.

—Pues vamos a llevarla nosotros en quince minutos aunque tengas que correr como un condenado.

Intuyo lo que el tipo piensa: que no me hará ningún bien que la ambulancia sufra un accidente, y estoy de acuerdo con él. Pero no dice nada, se limita a apretar la mandíbula. Me meten en la ambulancia y la pelirroja sube atrás conmigo. Sigue bombeándome aire con una mano, mientras con la otra ajusta el suero y los monitores. Luego me aparta un mechón de la frente.

—Aguanta —me dice.

Di mi primer recital cuando tenía diez años. Por entonces llevaba dos cursos estudiando chelo. Al principio sólo en el colegio, como parte de la asignatura de Música. Fue pura chiripa que tuvieran un violonchelo, un instrumento muy caro y frágil. Un profesor universitario de Literatura fallecido había legado su Hamburg a nuestra escuela, donde pasaba la mayor parte del tiempo olvidado en un rincón. Casi todos mis compañeros preferían aprender guitarra o saxofón.

Cuando anuncié a mis padres que iba a ser violonchelista, les entró un ataque de risa. Más tarde se disculparon, asegurándome que había sido la imagen de un instrumento tan voluminoso entre mis piernas larguiruchas lo que había provocado sus carcajadas. En cuanto comprendieron que la cosa iba en serio, se tragarón la risa tonta y adoptaron una actitud de apoyo.

Sin embargo, su reacción aún seguía escociéndome de un modo que nunca les había confesado; de haberlo hecho, no estoy segura de que lo hubieran comprendido. Papá muchas veces bromeaba con que les habían cambiado el bebé en el hospital, porque no me parecía al resto

de la familia. Todos son altos y rubios, mientras que yo soy como su negativo, de cabello castaño y ojos oscuros. A medida que fui creciendo, la broma de papá adquirió mayor relevancia de la que él mismo pretendía. A veces me sentía realmente como si procediera de otra tribu. No me parecía en nada a mi padre, irónico y extrovertido, ni tenía la fortaleza de mi madre. Y para rematar la cosa, en lugar de aprender a tocar la guitarra eléctrica, voy y me decido por el violonchelo.

De todas formas, en mi familia tocar un instrumento es más importante que la clase de música que elijas, así que, cuando al cabo de unos meses resultó claro que mi afición por el chelo no era un capricho pasajero, mis padres alquilaron uno para que practicara en casa. Las escalas y tríadas quejumbrosas condujeron a unos primeros intentos con *Twinkle, Twinkle, Little Star*, que después dieron paso a los estudios básicos, hasta que empecé a interpretar *suites* de Bach. En mi colegio, la asignatura de Música no era gran cosa, así que mamá me buscó un profesor particular, un universitario que venía a casa una vez a la semana. A lo largo de los años tuve varios profesores particulares que luego, cuando mis dotes superaban las suyas, tocaban conmigo.

Seguí así hasta el noveno curso. Entonces papá, que conocía a la profesora Christie de su época en la tienda de música, le preguntó si podría darme clases. Ella aceptó escucharme, sin esperar gran cosa de mí, sólo como un favor a mi padre, según ella misma me contó después. Los dos me escucharon desde abajo mientras yo practicaba una sonata de Vivaldi en mi cuarto. Cuando bajé para cenar, se ofreció a encargarse de mi educación musical.

Sin embargo, mi primer recital lo di unos años antes de conocerla. Fue en un local de la ciudad, un lugar donde solían actuar bandas de rock, así que la acústica era terrible para la música clásica sin amplificación. Toqué un solo de violonchelo de la *Danza del Hada Pan de Azúcar* de Chaikovsky.

Mientras esperaba mi turno entre bambalinas y escuchaba a los demás niños aporreando el piano o arrancando maullidos al violín, estuve a punto de largarme. Me escabullí por la puerta del escenario y me quedé en los escalones de entrada, hiperventilando con la cara entre las manos. A mi profesora le dio un pequeño ataque de pánico y mandó a todo el mundo a buscarme.

Fue papá quien me encontró. Por entonces estaba iniciando su conversión de tío enrollado a tipo convencional, así que llevaba un traje de estilo clásico, con cinturón de piel tachonado y botas negras de caña baja.

—¿Estás bien, Miau Miau? —me preguntó, sentándose a mi lado en los escalones.

Sacudí la cabeza, demasiado avergonzada para responder.

—¿Qué te pasa?

—¡Pues que no puedo hacerlo! —chillé al fin.

Él arqueó una de sus pobladas cejas y me miró con sus ojos azul grisáceo. Me sentí como un espécimen desconocido sometido a análisis. Él había tocado en muchas bandas. Obviamente, nunca había experimentado algo tan banal como el miedo escénico.

—Pues es una lástima, la verdad —dijo—. Iba a darte un regalo chulo después del recital. Algo mejor que unas flores.

—Dáselo a otra persona. No puedo hacerlo. Yo no soy como tú, mamá o Teddy. —Mi hermano tenía sólo seis meses en aquella época, pero ya había dejado claro que poseía más personalidad y energía de las que tendría yo en toda mi vida. Por supuesto, era rubio y de ojos azules. Además, no había nacido en un hospital, sino en una clínica privada, de modo que no cabía la posibilidad de un cambiao accidental.

—Es cierto —convino papá—. Cuando Teddy dio su primer recital de arpa estaba de lo más pancho. Es todo un prodigio, ya lo creo.

Reí entre las lágrimas. Él me rodeó los hombros cariñosamente.

—¿Sabes?, a mí me entraba mieditis antes de cada concierto.

Lo miré. Papá siempre parecía absolutamente seguro de todo.

—Sólo lo dices para animarme.

—No, en serio —afirmó, asintiendo con la cabeza—. Me entraban unos nervios espantosos. Y eso que era el batería y actuaba al fondo del escenario. El público ni siquiera se fijaba en mí.

—¿Y qué hacías?

—Se achispaba de lo lindo —intervino mamá, asomando la cabeza por la puerta del escenario. Llevaba una minifalda negra de vinilo, una camiseta roja de tirantes y a Teddy babeando alegremente en su mochila portabebés—. Un par de litronas antes del concierto. Una terapia que no te recomiendo.

—Tu madre tiene razón. Los servicios sociales no celebran que los chavales de diez años beban. Además, cuando se me caían las baquetas y vomitaba en el escenario, la gente lo consideraba un detalle punk. Pero a ti te censurarán sin piedad si se te cae el arco y hueles a cerveza. Los de la música clásica sois así de tiquismiquis.

Me reí. Seguía asustada, pero me reconfortaba pensar que quizá el miedo escénico lo había heredado de papá; después de todo, yo no era una niña expósita.

—¿Y si meto la pata? ¿Y si lo hago rematadamente mal?

—Puede que esto te sorprenda, Mia, pero ahí hay muchos chicos que van a hacerlo fatal, así que no van a fijarse precisamente en ti — aseguró mamá. Teddy lo corroboró con un chillido.

—Pero, en serio, ¿cómo se hace para dominar los nervios?

Papá sonreía, pero noté que se había puesto serio porque contestó en tono más pausado.

—No se hace nada. Simplemente te aguantas y al final se pasan.

Y así fue como salí a escena. Mi ejecución no fue brillante. No alcancé la gloria ni obtuve una ovación, pero tampoco me salió mal del todo. Y después del recital recibí el regalo prometido. Estaba en el coche, en el asiento del acompañante, y tenía un aspecto tan humano como aquel primer chelo por el que me había sentido atraída dos años antes. Y no era de alquiler. Era mío.

10:12

Cuando la ambulancia llega al hospital más cercano —no el de mi ciudad, sino un pequeño centro médico de la zona que parece más bien una residencia de ancianos—, los sanitarios me llevan presurosos al interior.

—¡Creo que tiene un neumotórax! ¡Ponedle una sonda pleural y trasladadla inmediatamente! —grita la amable sanitaria pelirroja al entregarme a un equipo de enfermeros y médicos.

—¿Dónde están los otros? —pregunta un tipo barbudo con bata de cirujano.

—El otro conductor sufrió contusiones leves, lo están tratando en el lugar del accidente. Los padres ya estaban muertos cuando llegamos. Hay un niño de unos siete años que viene detrás de nosotros.

Dejo escapar un largo suspiro, como si llevara veinte minutos conteniendo la respiración. Después de verme en la cuneta, no había tenido valor para buscar a Teddy. Si le había pasado lo mismo que a mamá y papá, lo mismo que a mí... No quería ni pensarlo. Pero no, está vivo.

Me llevan a una habitación pequeña con luces brillantes. Un médico me unta una cosa naranja en un lado del pecho y luego me introduce un pequeño tubo de plástico. Otro médico me ilumina un ojo con una linternita.

—No hay reacción —dice a la enfermera—. El helicóptero ya ha llegado. Que la lleven a trauma. ¡Venga, moveos!

Me sacan a toda prisa de la sala de urgencias rumbo al ascensor. Tengo que correr para no perderlos. Justo antes de que se cierren las puertas del ascensor, veo a Willow. Qué raro. Se suponía que íbamos a visitarla, y a Henry y el bebé. ¿La han llamado por la nevada? ¿Por nosotros? Se afana en el vestíbulo del hospital con expresión concentrada. No creo que sepa siquiera que se trata de nosotros. Quizá incluso ha dejado un mensaje en el móvil de mamá, explicando que se había producido una emergencia y no iba a estar en casa para recibirnos.

El ascensor sube hasta la azotea. Hay un helicóptero en el centro de un gran círculo rojo. Sus aspas cortan el aire con un zumbido.

Jamás he ido en helicóptero. Mi mejor amiga, Kim, hizo una vez una visita aérea al monte St. Helens con su tío, que trabaja de fotógrafo para *National Geographic*.

—Y allí estaba él, hablando sobre la flora posvolcánica, cuando voy yo y le vomito encima —me contó Kim en clase el día después de su aventura. Aún parecía algo descompuesta tras la experiencia.

Kim participa en el anuario y quiere convertirse en fotógrafa profesional. Su tío la llevó a ese vuelo como un favor especial, para alentar su talento incipiente.

—Hasta las cámaras le rocié con porquería —se lamentaba la pobre—. Ahora ya nunca seré fotógrafa.

—Hay distintas clases de fotógrafos —intenté consolarla—. No es imprescindible que vayas por ahí volando en helicóptero, ¿sabes?

Ella se echó a reír.

—Pues no pienso volver a subirme en un trasto de esos nunca más. ¡Y tú tampoco lo hagas!

He de decirle a Kim que a veces uno no tiene elección.

La puerta está abierta. Meten mi camilla con todos sus tubos y cables. Yo subo detrás. Un sanitario se encarama de un salto sin dejar de apretar la pera de plástico, que al parecer respira por mí. Cuando despegamos, comprendo por qué Kim se mareó tanto. Un helicóptero no es como un avión, una bala suave y veloz. Es más bien como un disco de hockey que sale despedido dando tumbos. Arriba y abajo, de lado a lado. No entiendo cómo pueden asistirme, leer los pequeños gráficos de ordenador, pilotar este trasto al tiempo que hablan de mí a través de los cascos, cómo pueden hacer nada de todo eso en un aparato que se sacude sin parar.

El helicóptero atraviesa una turbulencia, lo que debería revolverme el estómago. Pero no siento nada, al menos el yo que está aquí mirando. Y por lo visto, el yo de la camilla tampoco siente nada. Una vez más tengo que preguntarme si estoy muerta, pero se ve que no, porque en ese caso no me llevarían sobrevolando estos tupidos bosques.

Además, si estuviera muerta, mamá y papá ya habrían venido en mi busca.

Veo la hora en el tablero de mandos: las 10.37. Me pregunto qué estará pasando en tierra. ¿Habría descubierto Willow quiénes eran los de la emergencia? ¿Habría llamado alguien a mis abuelos? Viven en la ciudad de al lado; yo estaba impaciente por ir a cenar con ellos. El abuelo pesca y prepara salmón ahumado y también ostras, lo que seguramente habríamos cenado con el pan casero de la abuela, pan moreno de cerveza. Luego la abuela se habría llevado a Teddy a los grandes contenedores de reciclaje de la ciudad y le habría dejado hurgar en ellos

en busca de revistas. Últimamente a Teddy le ha dado por el *Reader's Digest*. Le gusta recortar las caricaturas y hacer collages.

Pienso en Kim. Hoy no había clases. Es evidente que no iré al instituto mañana. Seguramente mi amiga creerá que faltó porque me quedé hasta tarde viendo a los Shooting Star en Portland.

Portland. Seguro que me llevan allí. El piloto no deja de hablar de Trauma Uno. Por la ventanilla, veo alzarse la cima del monte Hood. Eso significa que nos acercamos a la ciudad.

¿Estará Adam ya allí? Tocó en Seattle anoche; siempre se pone con la adrenalina por las nubes después de un bolo, y conducir lo ayuda a relajarse. El resto de la banda está encantado de tenerlo como chófer mientras ellos echan una cabezada. Si ya está en Portland, seguramente todavía duerme. Cuando despierte, ¿tomará un café en Hawthorne? ¿Se irá con un libro al Jardín Japonés? Eso fue lo que hicimos la última vez que fui a la ciudad con él, sólo que entonces hacía más calor. Sé que esta tarde la banda hará una prueba de sonido. Y luego Adam saldrá a esperarme. Al principio creerá que me retraso. ¿Cómo va a imaginar que en realidad llego demasiado pronto? ¿Que he llegado esta mañana, cuando la nieve aún se estaba derritiendo?

—¿Has oído hablar de ese tal Yo-Yo Ma? —me preguntó Adam. Era la primavera de mi segundo curso en el instituto. Él estaba en tercero. Llevaba varios meses observándome durante los ensayos en el ala de música. Era un centro público, de esos institutos progresistas que siempre se mencionan en las revistas nacionales por su especial atención a las artes. Y era verdad que disponíamos de mucho tiempo para pintar o dedicarnos a la música. Tiempo que yo pasaba en las cabinas insonorizadas. Adam también iba mucho a tocar la guitarra, pero no la eléctrica como en su grupo. Allí sólo tocaba melodías acústicas.

—Todo el mundo ha oído hablar de Yo-Yo Ma —contesté, poniendo los ojos en blanco.

Adam sonrió y me fijé en que tenía una sonrisa asimétrica, una comisura más alta que la otra. Con el pulgar en que lucía un anillo señaló el patio del instituto.

—No creo que encuentres a cinco personas ahí fuera que hayan oído hablar de Yo-Yo Ma. Y por cierto, ¿qué clase de nombre es ése? ¿Es un apodo o algo así? ¿Yo Mama?

—Es chino.

Adam soltó una risotada, meneando la cabeza.

—Conozco a muchos chinos. Y tienen nombres como Wei Chin o Lee. Pero no Yo-Yo Ma.

—No blasfemes contra el maestro —repliqué, aunque no pude evitar reírme. Había tardado unos meses en convencerme de que Adam no pretendía burlarse de mí; ahora solíamos charlar cuando nos encontrábamos en el pasillo.

Sin embargo, me desconcertaba que se hubiera fijado en mí. Aunque no era un chico súperpopular, de los deportistas o de los que iban para triunfadores, era guay. Guay porque tocaba en una banda con universitarios. Guay porque tenía su propio estilo rockero, con ropa que compraba en tiendas de segunda mano y mercadillos, no en rebajas de Urban Outfitters. Guay porque en el comedor del instituto parecía muy feliz absorto en la lectura de un libro, no fingiendo leer por no saber dónde o con quién sentarse. No se trataba de eso. Tenía su pandilla de amigos y un nutrido grupo de admiradores.

Yo tampoco era ninguna pardilla. Tenía amigos y una amiga íntima con quien almorzaba. También había hecho buenas relaciones en el campamento de música al que acudía en verano. Caía bien a la gente, aunque no me conocían en profundidad. En clase era reservada. No levantaba mucho la mano ni me dirigía a los profesores con descaro. Y siempre estaba ocupada, ya que dedicaba gran parte del tiempo a practicar o asistir a clases teóricas en el conservatorio de la ciudad. Los chicos eran simpáticos conmigo, pero solían tratarme como si fuera adulta, una profesora más. Y no se coquetea con las profesoras.

—¿Qué dirías si te dijera que tengo unas entradas para ver al maestro?
—me preguntó Adam con un destello en los ojos.

—Venga ya. No es cierto —repliqué, dándole un empujón más fuerte de lo que pretendía.

Él fingió darse contra la pared de cristal.

—Ya lo creo que sí —dijo después—. Para el Schnitzle ese de Portland.

—Es el Arlene Schnitzer Hall. Tocaré la Sinfónica.

—Ahí mismo. Tengo entradas. Un par. ¿Te interesa?

—¿Lo dices en serio? ¡Pues claro que me interesa! Me moría de ganas de ir, pero las entradas costaban ochenta dólares. Un momento. ¿Cómo las has conseguido?

—Un amigo de la familia se las dio a mis padres, pero ellos no pueden ir. No hay para tanto —se apresuró a contestar—. Bueno, es el viernes por la noche. Si quieres, te recojo a las cinco y media y vamos juntos a Portland.

—Vale —acepté, como si fuera lo más natural del mundo.

Pero al llegar el viernes por la tarde estaba más nerviosa que cuando el invierno anterior, mientras estudiaba para los exámenes, me bebí una cafetera entera del espeso y cargado café de papá.

Los nervios no eran por Adam, en cuya compañía ya me sentía cómoda, sino por la incertidumbre. ¿De qué iba aquello exactamente? ¿Se trataba de una cita? ¿Un favor de un amigo? ¿Un acto caritativo? Me gustaba tan poco pisar en falso como iniciar a tientas un nuevo movimiento. Por eso practicaba tanto, para encontrarme en terreno seguro y perfeccionar luego los detalles.

Me cambié de ropa unas seis veces. Teddy, que ya había vuelto de la guardería, estaba sentado en mi cuarto, sacando cómics de Calvin y Hobbes de los estantes y fingiendo leerlos. Se mondaba de risa, no sé muy bien si por las ocurrencias de Calvin o por mi nerviosismo.

Mamá asomó la cabeza para ver qué tal me iba.

—Sólo es un chico, Mia —dijo al verme hecha un manojo de nervios.

—Ya, pero resulta que es el primero con el que quizá tenga una cita. No sé si vestirme para una cita o para un concierto de la Sinfónica. La gente de aquí se pone de tiros largos para esta clase de eventos. ¿O crees que debería ir más informal?

—Ponte algo con lo que te sientas a gusto —me aconsejó—. Así seguro que no fallas.

Mamá habría puesto toda la carne en el asador de haber estado en mi lugar. En las fotos de ella y papá de sus viejos tiempos, parecía un cruce entre una sirena de los años treinta y una motorista, con su corte de pelo a lo duende, sus grandes ojos azules perfilados de negro, y su cuerpo delgado como una espiga siempre luciendo atuendos sexys, como una camisa de encaje estilo retro combinada con pantalones de cuero ceñidos.

Suspiré. Ojalá hubiese tenido tanto valor como ella. Al final elegí una falda negra larga y un suéter marrón de manga corta. Corriente y sencillo. Como yo misma, supongo.

Cuando Adam apareció con un traje de piel de tiburón y zapatillas deportivas (conjunto que impresionó a papá), supe que aquello era realmente una cita. Adam había decidido ponerse de punta en blanco para la Sinfónica, y un traje de piel de tiburón de los años sesenta era su manera de vestirse formal, pero yo sabía que había algo más. Pareció nervioso al estrecharle la mano a mi padre y comentarle que tenía los discos de su vieja banda.

—Para usarlos como posavasos, espero —repuso papá. A Adam lo sorprendió que el padre fuera más sarcástico que la hija.

—No perdáis la cabeza, chicos. Hubo heridos graves entre el público que bailaba en el último concierto de Yo-Yo Ma —nos advirtió mamá con sorna cuando nos alejábamos.

—Tus padres molan —comentó Adam mientras me abría la puerta del coche.

—Lo sé —repliqué.

Fuimos hasta Portland charlando de cosas intrascendentes. Él me puso canciones de bandas que le gustaban, como un trío de pop sueco que sonaba monótono, pero también una banda islandesa experimental que hacía una música muy hermosa. Nos perdimos un poco en el centro de la ciudad y llegamos al concierto con el tiempo justo.

Nuestros asientos estaban en el anfiteatro. A años luz del escenario. Pero uno no va a un concierto de Yo-Yo Ma por las vistas, y el sonido era increíble. El músico conseguía que el chelo sonara como el llanto de una mujer y, al minuto siguiente, como la risa de un niño. Escucharlo me hacía recordar por qué elegí el chelo: por esa cualidad tan humana y expresiva que lo distingue.

Cuando comenzó el concierto, miré a Adam con el rabillo del ojo. Parecía tomárselo con paciencia, pero no dejaba de consultar el programa, seguramente contando los movimientos que faltaban para el intermedio. Me preocupó que se aburriera, pero al cabo de un rato estaba enfrascada en la música y ya no me importó.

Entonces, cuando Yo-Yo Ma interpretaba *Le Grand Tango*, Adam me tomó la mano. En otro contexto habría parecido falso, el viejo truco de bostezar para moverse y meter mano. Pero Adam no me estaba mirando. Tenía los ojos cerrados y se balanceaba ligeramente en su asiento. Él también estaba absorto en la música. Le apreté la mano y estuvimos así hasta el final del concierto.

Después compramos cafés y donuts, y paseamos a lo largo del río. Hacía humedad, de manera que se quitó la chaqueta y me la echó sobre los hombros.

—No conseguiste las entradas por un amigo de la familia, ¿verdad? —quise saber.

Pensé que se reiría o que levantaría el brazo fingiendo rendirse como hacía cuando lo vencía en una discusión. Pero me miró a la cara y vi los tonos verdes, marrones y grises que danzaban en sus ojos. Negó con la cabeza.

—Las compré con dos semanas de propinas repartiendo *pizzas* — admitió.

Me detuve. Oía el agua del río lamiendo la orilla.

—¿Por qué? —pregunté—. ¿Por qué yo?

—Mira, jamás he conocido a nadie que se implique tanto en la música como tú. Me fascina verte practicar. Se te forma una arruga preciosa en la frente, justo aquí. —Me tocó el entrecejo—. Yo estoy obsesionado con la música, pero aun así no entro en trance como tú.

—¿Y qué? ¿Soy como una especie de experimento social para ti? — Pretendía bromear, pero sonó con cierta amargura.

—No, no eres un experimento —declaró con voz algo ronca.

Sentí que el calor iba subiéndome por el cuello y que me ruborizaba. Clavé la vista en mis zapatos. Sabía que Adam me estaba mirando, y también que si alzaba los ojos me besaría. Y me sorprendió lo mucho que deseaba ese beso, darme cuenta de que lo había pensado tan a menudo que incluso había memorizado la forma exacta de sus labios, e imaginado que le acariciaba el hoyuelo de la barbilla con el dedo.

Levanté los ojos parpadeando. Adam estaba esperando.

Así fue como empezó.

12:19

Mis heridas afectan a un montón de órganos.

Al parecer, tengo un neumotórax, el bazo reventado, una hemorragia interna de origen desconocido y, lo más grave, contusiones cerebrales. También varias costillas rotas y heridas en las piernas y la cara que requerirán injertos de piel y cirugía plástica, pero eso sólo si consigo sobrevivir, señalan los médicos.

Ahora mismo, en cirugía, los especialistas han de extirpar el bazo, insertar una nueva sonda para drenar el pulmón y detener la hemorragia interna. Por el cerebro no pueden hacer gran cosa.

—Será necesario esperar y ver cómo evoluciona —dice un cirujano al revisar el TAC cerebral—. Mientras tanto, llamad al banco de sangre. Necesito dos unidades de cero negativo y que preparen dos unidades más.

¿Cero negativo? No sabía que ése fuera mi grupo sanguíneo. Nunca había pensado en ello. Tampoco había estado en un hospital, excepto el día que fui a urgencias por un corte en el tobillo provocado por un cristal roto. Ni siquiera me dieron puntos, sólo la antitetánica.

En el quirófano, los médicos discuten qué música poner, igual que nosotros en el coche esta mañana. Uno quiere *jazz*, otro rock. La anestesista, que está junto a mi cabeza, pide música clásica. Yo la apoyo y me parece que sirve de algo, porque alguien pone un CD de Wagner, aunque no era *La cabalgata de las valquirias* lo que yo tenía en mente. Esperaba algo más ligero. *Las cuatro estaciones*, por ejemplo.

El quirófano es pequeño y está atestado, lleno de luces cegadoras que ilustran lo repugnante que es este sitio. No se parece en nada a los quirófanos que aparecen en la tele, salas prístinas en las que cabría un cantante de ópera y su público. El suelo, aunque pulido y brillante, tiene marcas y rastros de color ladrillo, probablemente antiguas manchas de sangre.

Sangre. Está por todas partes. Los médicos ni se inmutan. Ellos cortan y cosen y succionan el torrente como si fregaran platos en agua jabonosa. Mientras tanto, me hacen una transfusión para reemplazar la que pierdo.

El cirujano que quería escuchar rock suda un montón. Una enfermera lo va secando periódicamente con una gasa que sujeta con unas pinzas. En cierto momento, el sudor le llega a la mascarilla y ella se la cambia.

La anestesista tiene dedos suaves. Sentada junto a mi cabeza, no aparta la vista de mis constantes vitales, ajustando la cantidad de fluidos y gases y drogas que me administran. Supongo que lo hace bien, porque al parecer no siento nada, pese a que no dejan de manipular mi cuerpo. Es un trabajo duro y sucio, en nada parecido al juego de operar que teníamos de pequeños; debíamos ir con mucho cuidado para no tocar los lados al sacar un hueso si no queríamos que se disparara el timbre.

La anestesista me acaricia las sienes distraídamente con sus guantes de látex. Eso mismo hacía mamá cuando me resfriaba o padecía uno de aquellos dolores de cabeza, tan dolorosos que me entraban ganas de cortarme la vena de la sien sólo para aliviar la presión.

El CD de Wagner se ha repetido ya dos veces. Los médicos deciden que es hora de cambiar de género. Gana el *jazz*. La gente siempre da por supuesto que soy aficionada al *jazz* sólo porque toco música clásica. Pues no. Papá sí. A él le encanta, sobre todo el último período de Coltrane, el más exuberante. Dice que el *jazz* es punk para carrozas. Supongo que eso lo explica todo, porque a mí tampoco me gusta el punk.

La operación se prolonga. Estoy exhausta. No sé cómo los médicos tienen fuerzas para continuar. No se mueven del sitio, pero da la impresión de ser más agotador que correr un maratón.

Me adormezco. Luego empiezo a hacerme preguntas sobre mi estado. Si no estoy muerta —y el monitor del ritmo cardíaco sigue emitiendo un pitido, así que debo suponer que no lo estoy—, pero tampoco estoy en mi cuerpo, ¿puedo ir adonde quiera? ¿Soy un fantasma? ¿Podría transportarme a una playa de Hawai? ¿Asomarme al Carnegie Hall de Nueva York? ¿Ir a ver a Teddy?

Muevo la nariz como Samantha, de *Embrujada*, a modo de experimento. No ocurre nada. Hago chasquear los dedos. Junto los talones. Sigo aquí.

Decido probar con una sencilla maniobra. Me dirijo a la pared, imaginando que voy a atravesarla para salir flotando por el otro lado. Pero sencillamente choco contra su superficie.

Una enfermera entra a toda prisa con una bolsa de sangre y, antes de que la puerta se cierre, consigo deslizarme fuera del quirófano. Ahora me encuentro en el pasillo. Veo muchos médicos y enfermeras, con atuendos azules y verdes, que se afanan de un lado a otro. Tumbada en una camilla, una mujer que lleva el cabello recogido en un gorro azul de gasa y una vía en el brazo llama a un tal William. Me alejo un poco más. Hay hileras de quirófanos, todos con pacientes anestesiados. Si los de esos quirófanos están igual que yo, ¿por qué no los veo fuera de su cuerpo? ¿Andan todos vagando por ahí? Me gustaría localizar a alguien que se hallara en mi misma situación. Me formulo algunas preguntas, por ejemplo, en qué clase de estado me encuentro y cómo saldré de él.

¿Cómo lograré volver a mi cuerpo? ¿He de esperar a que los médicos me despierten? Pero no veo a nadie. Quizá los demás han encontrado la manera de irse a Hawai.

Sigo a una enfermera a través de unas puertas automáticas. Ahora me encuentro en una pequeña sala de espera. Allí veo a mis abuelos.

La abuela habla con el abuelo, o quizá hable al vacío. Es su manera de no dejarse llevar por la emoción. La he visto hacerlo antes, cuando el abuelo tuvo un ataque al corazón. Lleva las botas de goma y el vestido holgado que se pone para trabajar en el jardín, manchado de barro. Probablemente estaba en el invernadero cuando le dieron la noticia. Tiene el pelo gris, corto y rizado; papá dice que lleva la permanente desde los años setenta. «Es cómodo —dice ella—. No me da trabajo». Típico de ella. Siempre a lo práctico. Es tan práctica que nadie adivinaría que le chiflan los ángeles. En el cuarto de costura tiene una colección de ángeles de cerámica, de hilos, de cristal soplado y de todos los materiales imaginables, guardados en un aparador especial. Y no sólo los colecciona, también cree en ellos. Cree que están por todas partes. En una ocasión, un par de somorgujos anidaba en el estanque del bosque detrás de su casa. La abuela estaba convencida de que eran sus difuntos padres que velaban por ella.

En otra ocasión, estábamos sentados en el porche de su casa y vi un pájaro rojo.

—¿Es un piquituerto rojo? —pregunté.

Ella negó con la cabeza.

—Mi hermana Gloria sí es un piquituerto —dijo, refiriéndose a mi tía abuela Glo, fallecida recientemente y con la que nunca se había llevado bien—. Ella no vendría nunca por aquí.

El abuelo observa fijamente los posos de su vaso de plástico y va arrancándole trocitos al borde, así que tiene el regazo lleno de bolitas blancas. Seguramente el café de aquí es una porquería, de esos que parecen recalentados mil veces, pero no me importaría tomarme una taza.

A simple vista se puede trazar una línea genealógica directa desde el abuelo hasta Teddy, pasando por papá, aunque los ondulados y rubios cabellos del abuelo se han vuelto canos y él es más robusto que mi hermano, un auténtico fideo, y que papá, que está esbelto y musculoso de hacer pesas por las tardes en el gimnasio. Pero los tres tienen los mismos ojos brillantes, entre azules y grises, del color del océano en un día nublado.

Tal vez por eso ahora me resulta difícil mirar al abuelo a la cara.

Lo de ir a Juilliard fue idea de la abuela. Ella nació en Massachusetts, pero se trasladó a Oregón por su cuenta en 1955. Ahora eso no tendría nada de especial, pero supongo que hace medio siglo fue un verdadero escándalo que una chica soltera de veintidós años hiciera algo así. La abuela declaró que se sentía atraída por los espacios abiertos y agrestes, y no había espacios más agrestes que los extensos bosques y las costas escarpadas de Oregón. Encontró trabajo como secretaria en el Servicio Forestal. El abuelo trabajaba allí como biólogo.

Algunos veranos vamos a Massachusetts, a la parte occidental, a una casa rural que la numerosa familia de la abuela alquila durante una semana. Me encuentro entonces con primos segundos y tíos abuelos cuyo nombre apenas recuerdo. Tengo muchos parientes en Oregón, todos por parte del abuelo.

El verano pasado me llevé el chelo a Massachusetts para seguir practicando, ya que me había propuesto participar en un concierto de cámara. El avión no iba lleno, así que la azafata me permitió colocarlo en el asiento contiguo al mío, igual que hacen los profesionales. A Teddy le pareció divertidísimo y no paró de ofrecerle pretzels al instrumento.

Una noche di un pequeño concierto en la sala de la casa rural, ante un público formado por parientes y trofeos de caza. Fue después de aquel concierto cuando alguien mencionó Juilliard, y a la abuela le gustó la idea.

Al principio parecía un poco rocambolesco. La universidad cercana a nuestra casa disponía de un buen programa musical. Y para complementar los estudios había un conservatorio en Seattle, sólo a unas horas en coche. Juilliard, en cambio, quedaba al otro extremo del país y era muy caro. A mis padres les sedujo la idea, aunque no les apetecía que me fuera a Nueva York, ni empeñarse hasta las cejas para que quizá me convirtiera en violonchelista de alguna orquesta de segunda categoría. No sabían si su hija era realmente buena. De hecho, tampoco yo lo sabía. La profesora Christie me decía que era una de las alumnas más prometedoras que había tenido, pero nunca había mencionado Juilliard. Esta institución es para los virtuosos, y parecía arrogante pensar siquiera que pudieran darme una oportunidad.

Sin embargo, después de las vacaciones en Massachusetts, cuando otra persona, alguien imparcial y que procedía de la costa Este, dictaminó que merecía ir a Juilliard, la abuela se obstinó en el proyecto. Decidió hablar sobre ello con la profesora Christie, y ésta se abalanzó sobre la idea como un terrier sobre un hueso.

Así pues, rellené una solicitud, pedí cartas de recomendación y les envié la grabación de una pieza interpretada por mí. A Adam no le conté nada. ¿Para qué?, pensé, cuando lo más probable era que ni siquiera me permitieran hacer una audición. Sin embargo, había otro motivo. Una pequeña parte de mí sentía que incluso haber mandado la solicitud era

una especie de traición: Juilliard estaba en Nueva York y Adam se quedaría aquí.

Pero él ya no iba al instituto. Me llevaba un año de diferencia y, mientras yo terminaba el último curso, él había empezado la universidad. Sólo estudiaba a tiempo parcial, porque los Shooting Star empezaban a ganar popularidad. Iban a grabar con un sello discográfico de Seattle y pasaban mucho tiempo viajando de concierto en concierto. Así pues, sólo se lo conté todo cuando recibí un sobre color crema con el emblema de The Juilliard School y leí la carta de invitación a hacer una audición. Le expliqué que muchas personas ni siquiera llegaban a tanto. Al principio se quedó un poco sorprendido, como si no acabara de creérselo. Luego esbozó una triste sonrisa. «Será mejor que Yo Mama tenga cuidado contigo», dijo.

Las audiciones se hacían en San Francisco. Papá tenía que asistir a una conferencia importante esa semana y no podía ausentarse, y mamá acababa de empezar a trabajar en la agencia de viajes, así que la abuela se ofreció a acompañarme. «Lo convertiremos en un viaje de chicas, descuida. Tomaremos el té en el Fairmont. Iremos a mirar escaparates a Union Square. Cogemos el transbordador para visitar Alcatraz. Dos perfectas turistas».

Pero una semana antes de la partida, la abuela tropezó con una raíz de árbol y se hizo un esguince de tobillo. Le pusieron una de esas botas blancas y le ordenaron reposo. Cundió el nerviosismo, pero yo dije que podía ir sola en coche o en tren, y volver en cuanto acabara.

El abuelo insistió en llevarme. Fuimos en su camioneta. No hablamos mucho, lo que a mí ya me convino, porque estaba muy nerviosa. No cesaba de toquetear el palito de un helado que me había regalado Teddy como talismán de la buena suerte antes de irme.

Escuchamos música clásica y noticias sobre agricultura cuando sintonizábamos alguna emisora, pero en general el viaje transcurrió en silencio. Sin embargo, era un silencio tranquilizador, que me relajaba y me hacía sentir más unida a él que cualquier conversación.

La abuela había hecho una reserva en un hostel de esos tan recargados, y resultaba gracioso ver al abuelo con sus botas de trabajo y su camisa de franela a cuadros entre tanto tapete de encaje y popurrís de flores secas. Pese a todo, él se lo tomó con calma.

La audición resultó agotadora. Tuve que tocar cinco piezas: un concierto de Shostakóvich, dos *suites* de Bach, todo el *Pezzo capriccioso* de Chaikovski, casi una proeza, y un fragmento de *La misión* de Ennio Morricone, elección agradable pero arriesgada, porque también lo había tocado Yo-Yo Ma y la comparación sería inevitable. Salí con las piernas temblorosas y las axilas empapadas en sudor. Además tenía las endorfinas por las nubes, lo que, añadido a una honda sensación de alivio, me dejó absolutamente mareada.

—¿Damos una vuelta por la ciudad? —propuso el abuelo con una sonrisa.

—¡Pues claro!

Cumplimos todo el programa que me había prometido la abuela. Me llevó de compras y a tomar el té, pero para la cena anulamos la reserva que había hecho la abuela en un sitio elegante de Fisherman's Wharf y fuimos a Chinatown. Buscamos el restaurante que tuviera la cola más larga de personas esperando en la puerta, y cenamos allí.

Cuando regresamos, el abuelo me dejó en casa y me abrazó. Normalmente se limitaba a estrechar la mano, o añadía una palmadita en la espalda en ocasiones muy especiales. Esa vez me dio un fuerte abrazo, y comprendí que era su manera de decirme que se lo había pasado de maravilla.

—Yo también, abuelo —susurré.

15:47

Acaban de trasladarme de la sala de recuperación a la UCI de traumatología. Es una habitación en forma de herradura, con doce camas y un equipo de enfermeros que no paran de moverse de un lado a otro. Leen los registros de las constantes vitales, que los ordenadores imprimen como churros al pie de cada cama. En el centro hay más ordenadores y una gran mesa de trabajo.

Además de los médicos, dos enfermeros se ocupan de mí. Un hombre pálido y taciturno, de pelo rubio y bigote, que no me gusta demasiado. Y una mujer de voz cantarina y piel negra azulada; me llama «cariño» y continuamente me alisa la ropa de la cama, aunque yo no haga el menor movimiento.

Me han puesto tantos tubos y cables que me cuesta contarlos: uno metido en la garganta para que respire por mí, otro por la nariz para mantener el estómago vacío, otro en la vena para hidratarme, otro en la vejiga para el pipí, varios en el pecho para registrar el latido del corazón, otro en el dedo para controlar el pulso. El respirador artificial tiene un ritmo relajante, como un metrónomo: dentro, fuera, dentro, fuera.

Aparte de los médicos, los enfermeros y una asistente social, nadie ha entrado a verme. La asistente social habla con mis abuelos en tono bajo y compasivo. Les dice que mi estado es «grave». No sé muy bien qué significa «grave». En la televisión, el estado de los enfermos siempre es crítico o estable. Grave suena fatal. Suena a algo sin solución.

—Ojalá pudiéramos hacer algo —se lamenta la abuela—. Me siento inútil esperando aquí sin hacer nada.

—Veré si consigo que les dejen pasar a verla un rato —dice la asistente social. Tiene el pelo rizado y cano, y una mancha de café en la blusa; su rostro es amable—. Aún le duran los efectos de la anestesia, y estará conectada a un respirador mientras se recupera del trauma. Pero incluso a los pacientes comatosos les ayuda oír la voz de sus seres queridos.

El abuelo emite un gruñido de respuesta.

—¿Tienen a alguien a quien llamar? —pregunta la mujer—. ¿Algún pariente que pueda estar aquí con ustedes? Comprendo que todo esto es muy duro, pero cuanto más fuertes se muestren, más ayudarán a Mia.

Me sobresalto al oír mi nombre. Un recordatorio de que están hablando de mí. La abuela le comenta que hay varias personas de camino al hospital, tías, tíos. No oigo el nombre de Adam.

Es a Adam a quien quiero ver. Ojalá supiera dónde está para intentar llegar hasta él. No sé cómo va a enterarse de lo que ha ocurrido. Los abuelos no tienen su teléfono y tampoco usan móvil, así que él no puede llamarlos. Y ni siquiera sabrá que debe llamarlos a ellos. Las personas que normalmente podrían comunicarle que he sufrido un accidente no están en situación de hacerlo.

Me planto delante de la forma inerte llena de tubos y rodeada de pitidos que soy yo. Tengo la piel grisácea y los ojos tapados con esparadrapo. Ojalá alguien me lo quitara. Da la impresión de que pica. La enfermera simpática se acerca presurosa. Lleva piruletas en el uniforme, aunque no estamos en una unidad pediátrica.

—¿Cómo te va, guapísima? —me pregunta, como si acabáramos de encontrarnos en una tienda.

Al principio, la relación con Adam no fue un lecho de rosas. Yo tenía la idea de que el amor todo lo puede, y cuando Adam me dejó en casa después del concierto de Yo-Yo Ma, supongo que los dos éramos conscientes de que nos estábamos enamorando. Yo creía que llegar hasta ahí era lo más difícil. En los libros y las películas, las historias siempre terminan cuando los dos protagonistas se dan por fin un romántico beso. La parte de «y fueron felices y comieron perdices» se da por supuesta.

En nuestro caso no fue exactamente así. La enorme distancia que nos separaba en el mundo social tenía sus inconvenientes. Seguíamos viéndonos en el ala de música, pero esos encuentros no pasaban de ser platónicos, como si ninguno de los dos quisiera estropear la relación yendo más lejos. Sin embargo, siempre que nos encontrábamos en otros lugares del instituto, cuando nos sentábamos en la cafetería o estudiábamos en el patio en los días soleados, nos faltaba algo, nos sentíamos incómodos, las conversaciones parecían forzadas. Siempre empezábamos a hablar al mismo tiempo.

—Sigue tú —decía yo.

—No, tú —replicaba él.

Tanta cortesía era penosa. Yo quería superarla, volver a la magia de la noche del concierto, pero no sabía muy bien cómo lograrlo.

Adam me invitó a verlo tocar con su banda. Fue peor aún que en el instituto. Si en mi propia familia me sentía como un pez fuera del agua, entre las amistades de Adam era como un pez en Marte. Él siempre estaba rodeado de gente enrollada y vivaz, de chicas guapas con el pelo teñido y *piercings*, de tipos distantes que se animaban cuando Adam

hablaba de rock con ellos. Yo no podía comportarme como una *groupie*, y tampoco podía hablar de rock. Era un tema que debería comprender perfectamente, puesto que se trataba de música y además tenía un padre rockero, pero no. Era algo parecido a los chinos que hablan mandarín, que más o menos entienden cantonés, pero no del todo, aunque se da por supuesto que todos los chinos pueden comunicarse entre sí.

Temía ir a los conciertos con Adam. No era por celos ni porque no fuera mi estilo de música. De hecho, me encantaba verlo tocar. Cuando estaba en el escenario, era como si la guitarra se convirtiera en una prolongación natural de su cuerpo. Y luego, tras abandonar el escenario, estaba sudoroso, pero con un sudor tan limpio que me sentía tentada de lamerle la cara como si fuera una piruleta. Desde luego, no lo hacía.

Cuando las fans se abalanzaban sobre él, yo me hacía a un lado. Adam intentaba atraerme hacia sí, me rodeaba la cintura con el brazo, pero yo me desasía y volvía a las sombras.

—¿Es que ya no te gusto? —me preguntó en tono de reproche después de un concierto. Intentó decirlo en broma, pero estaba dolido de verdad.

—No sé si debería seguir viniendo a tus conciertos —contesté.

—¿Por qué no? —quiso saber, esta vez sin tratar de ocultar sus sentimientos.

—Tengo la sensación de que te impido disfrutar de todo esto. No quiero que tengas que preocuparte por mí.

Me aseguré que no le importaba preocuparse por mí, pero yo sabía que sí le importaba.

Seguramente habríamos roto durante las primeras semanas, de no ser por mi casa. Allí, con mi familia, encontramos un terreno común. Lo invité a la primera cena familiar con nosotros cuando llevábamos un mes saliendo. Él estuvo charlando de rock con papá en la cocina. Yo los observaba sin comprender la mitad de lo que decían, pero no me sentí marginada como me ocurría en los conciertos.

—¿Juegas al baloncesto? —le preguntó papá. En cuestión de ver deporte, papá era un fanático del béisbol, pero cuando se trataba de jugar, le encantaba lanzar a la canasta.

—Claro. Pero no soy muy bueno.

—Eso no importa; sólo tienes que tomártelo en serio. ¿Una partida rápida? Llevas zapatillas de baloncesto —comentó papá, mirando las Converse altas de Adam. Y se volvió hacia mí—. No te molesta, ¿verdad?

—Qué va —sonreí—. Puedo practicar mientras jugáis.

Se fueron a la cancha que había detrás de una escuela primaria cercana y regresaron al cabo de tres cuartos de hora, Adam sudoroso y algo aturdido.

—¿Qué ha pasado? —pregunté—. ¿Mi padre te ha dado una paliza?

—Bueno, sí. Pero no es eso. Una abeja me picó en la palma de la mano mientras jugábamos. ¿Y sabes qué hizo tu padre? Me cogió la mano y chupó el veneno.

Asentí. Era un truco que papá había aprendido de la abuela y funcionaba con las picaduras de abeja, al contrario que con las mordeduras de serpiente de cascabel. Al chupar se sacaba el aguijón y el veneno y sólo quedaba una ligera comezón.

Adam esbozó una sonrisa azorada. Se inclinó hacia mí y me susurró al oído:

—Me parece alucinante haber tenido más intimidad con tu padre que contigo.

Reí, pero no dejaba de tener razón. En las pocas semanas que llevábamos saliendo, no habíamos ido más allá de los besos. No me consideraba una mojigata, aunque fuera virgen, y no tenía el menor deseo de seguir siéndolo. Y desde luego Adam no tenía nada de virgen. Se trataba más bien de que nuestros besos adolecían de la misma penosa cortesía que nuestras conversaciones.

—Tal vez deberíamos ponerle remedio a eso —musité.

Él enarcó las cejas inquisitivamente y yo me ruboricé. Durante toda la cena no dejamos de sonreírnos mientras escuchábamos a Teddy, que parloteaba sobre los huesos de dinosaurio que al parecer había desenterrado por la tarde en el jardín de atrás. Papá preparó su famoso asado a la sal, mi plato favorito, pero yo no tenía hambre y no hacía más que empujar la comida de un lado a otro del plato, esperando que nadie se diera cuenta. Y dentro de mí oía una pequeña vibración creciente. Pensé en el diapasón con que afinaba el chelo. Al golpearlo, produce vibraciones en la, vibraciones que aumentan y aumentan hasta que el tono armónico llena la habitación. La causa de mi vibración era la sonrisa de Adam.

Después de cenar, Adam echó un rápido vistazo a los hallazgos fósiles de Teddy. Luego subimos a mi habitación y cerramos la puerta. A Kim no le permiten estar sola en casa con chicos, aunque en realidad nunca ha surgido tal posibilidad. Mis padres no habían establecido norma alguna a ese respecto, y yo tenía la sensación de que sabían lo que

pretendíamos Adam y yo. Aunque a papá le gustaba hacerse el estricto, en realidad ambos eran unos blandos en lo tocante al amor.

Adam se tumbó en mi cama y estiró los brazos por encima de la cabeza. Toda su cara sonreía: ojos, nariz y boca.

—Toca conmigo —dijo.

—¿Qué?

—Quiero que me toques como si fuera un chelo.

Iba a replicarle que no dijera tonterías, pero de pronto pensé que tenía sentido. Fui al armario y saqué uno de mis arcos de repuesto.

—Quítate la camisa —pedí con voz trémula.

Lo hizo. A pesar de su delgadez, era sorprendentemente musculoso. Podría haberme pasado veinte minutos contemplando los contornos de su pecho, pero él me quería más cerca. Yo también lo deseaba.

Me senté a su lado, de manera que tenía su largo cuerpo tendido ante mí. El arco tembló cuando lo dejé sobre la cama. Alargué la mano izquierda y le acaricié la cabeza como si fuera la voluta de mi chelo. Él volvió a sonreír y cerró los ojos. Me relajé un poco. Le toqueteé las orejas como si fueran clavijas y luego le hice cosquillas juguetonamente y él rió por lo bajo. Coloqué dos dedos sobre la nuez. Respiré hondo para armarme de valor y pasé al pecho. Recorrí el torso con las manos en toda su longitud, deteniéndome en los tendones para asignarle una cuerda a cada uno: *la, re, sol, do*. Los acaricié uno a uno con la yema de los dedos. Adam permaneció muy callado, como concentrándose en algo.

Cogí el arco y se lo pasé suavemente por las caderas, donde estaría el puente del chelo. Toqué con suavidad al principio, y luego con más fuerza y velocidad, a medida que aumentaba la intensidad de la canción que sonaba en mi cabeza. Adam permanecía inmóvil. De sus labios escapaban leves gemidos. Miré el arco, miré mis manos, miré el rostro de Adam y me sentí invadida por el amor, la lujuria y una desconocida sensación de poder. Jamás había imaginado que pudiera lograr que otra persona se sintiera así.

Cuando terminé, él se incorporó y me dio un largo y profundo beso.

—Mi turno —dijo entonces.

Hizo que me levantara y empezó por quitarme el suéter por la cabeza y bajarme un poco los tejanos. Luego se sentó en la cama y me tumbó sobre sus rodillas. Al principio no hizo nada más que abrazarme. Yo

cerré los ojos y traté de sentir sus ojos en mi cuerpo, viéndome como nadie me había visto en la vida.

Luego empezó a tocar.

Rasgueó los acordes en mi pecho, haciéndome cosquillas, y reí. Suavemente movió las manos hacia abajo y entonces dejé de reír. Las vibraciones del diapasón aumentaban de intensidad cada vez que Adam me tocaba en un sitio nuevo.

Al cabo de un rato cambió a un estilo más español en el movimiento de los dedos. Utilizaba la parte superior de mi cuerpo como mástil, acariciándome el pelo, la cara, el cuello. Punteaba en mi pecho y mi estómago, pero yo lo notaba en sitios a los que sus manos ni se acercaban. Su energía iba en aumento a medida que tocaba y mi diapasón enloqueció, provocándome vibraciones por todo el cuerpo hasta dejarme sin aliento. Y cuando creía que ya no podría soportarlo más, el torbellino de sensaciones alcanzó un vertiginoso crescendo que excitó todas y cada una de mis terminaciones nerviosas.

Luego abrí los ojos, saboreando la cálida calma que me inundaba. Me eché a reír. Adam también. Nos besamos durante un rato hasta que él tuvo que irse a casa.

Cuando lo acompañé hasta el coche, sentí deseos de decirle que lo amaba, pero me pareció demasiado tópico después de lo que habíamos hecho. Así que esperé y se lo dije al día siguiente.

—Qué alivio, chica. Pensaba que a lo mejor querías usarme sólo como objeto sexual —bromeó él, sonriente.

Después de aquello seguimos teniendo nuestros problemas, pero la excesiva cortesía dejó de ser uno de ellos.

16:39

He reunido una pequeña multitud. La abuela y el abuelo. El tío Greg. La tía Diane. La tía Kate. Mis primos Heather, John y David. Papá tenía cuatro hermanos, así que hay montones de parientes. Nadie habla sobre Teddy, lo que me induce a pensar que no está aquí. Seguramente sigue en el otro hospital, atendido por Willow.

Los parientes se reúnen en la sala de espera. No es la habitación pequeña de la planta de cirugía en la que aguardaron los abuelos durante mi operación, sino una más grande en la planta baja del edificio, decorada con gusto en tonos malva, con sillas y sofás confortables y revistas casi actuales. Todos hablan todavía en voz baja, como si quisieran mostrarse respetuosos con los demás, aunque en la estancia sólo se encuentra mi familia. Todo es demasiado serio, demasiado ominoso. Vuelvo al pasillo para darme un respiro.

Me alegro inmensamente cuando llega Kim con su largo y espeso cabello negro recogido en una trenza, como de costumbre. Lleva la trenza todos los días, y a la hora de comer algunos rizos rebeldes ya se le escapan para formar tirabuzones, pero ella se niega a rendirse y cada mañana vuelve a domarlos.

La acompaña su madre, que no le permite conducir largas distancias. Después de lo ocurrido, hoy precisamente no iba a hacer una excepción. La señora Schein tiene manchas rojizas en el rostro, como si hubiera estado llorando o a punto de llorar. Lo sé porque la he visto así muchas veces. Se deja llevar fácilmente por las emociones. «La reina del melodrama —la llama Kim—. Es el gen de madre judía. No puede evitarlo. Supongo que yo también seré así algún día», admite.

En cambio mi amiga es justo lo contrario, graciosa y divertida de una manera tan discreta que a veces tiene que aclarar «es broma» a los que no captan su sarcástico sentido del humor, y no me la imagino siendo como su madre. Claro que no tengo mucho donde comparar. No hay muchas madres judías en nuestra ciudad, ni muchos chicos judíos en el instituto. Y los que son judíos, lo son sólo a medias, así que ponen el árbol de Navidad al lado de la Menorá.

Pero Kim es judía al cien por cien. A veces ceno los viernes con su familia, cuando encienden velas, comen pan judío y beben vino (la única vez, imagino, en que la neurótica señora Schein permite beber a Kim). Se supone que Kim sólo puede salir con chicos judíos, lo que significa que no sale con ningún chico. Ella bromea diciendo que su familia se mudó aquí precisamente por eso, cuando de hecho fue porque a su padre lo contrataron para dirigir una planta de chips de ordenador. Cuando cumplió los trece años, Kim celebró su Bat Mitzvá en un templo de Portland, y durante la ceremonia de encender las velas me invitaron

a encender una. Todos los veranos, Kim va a un campamento judío de Nueva Jersey. Se llama Campamento Torá Habonim, pero Kim lo llama «Torá Puticlub», porque los chicos se pasan todo el verano follando.

«Igual que en el campamento de música», me dijo bromeando, aunque mi conservatorio de verano no se parece en nada al de *American Pie*.

Ahora mismo Kim está enfadada. Camina deprisa mientras recorren los pasillos del hospital, unos tres metros por delante de su madre. De repente levanta los hombros como un gato que acaba de ver a un perro y gira en redondo para encararse con su madre.

—¡Basta ya! —le espeta—. Si yo no lloro, tú tampoco, joder.

Kim nunca dice tacos, así que me deja atónita.

—Pero ¿cómo puedes estar tan... —protesta su madre— tan serena cuando...?

—¡Ya basta! Mia sigue aquí. Así que no voy a perder los nervios. ¡Y si yo no los pierdo, tú tampoco tienes derecho a perderlos!

Y se aleja indignada en dirección a la sala de espera. Su madre la sigue, caminando sin fuerzas. Cuando llegan, la señora Schein empieza a gimotear. Kim no suelta más improperios, pero las orejas se le ponen rojas, y por eso sé que sigue furiosa.

—Madre, te quedas aquí mientras voy a dar un paseo. Regresaré dentro de un rato.

Vuelvo a salir con ella al pasillo. Se dirige al vestíbulo principal, da una vuelta por la tienda de regalos y visita la cafetería. Examina el plano del hospital. Creo que sé adónde va antes de que se encamine hacia allí.

Hay una pequeña capilla en el sótano. Es un lugar silencioso, como una biblioteca. Las sillas tapizadas recuerdan las butacas de los cines, y se oye un hilo musical muy suave con una música del tipo New Age.

Kim se deja caer en una silla. Se quita el abrigo, el negro de terciopelo que he envidiado desde que lo compró en un pequeño centro comercial de Nueva Jersey cuando visitó a sus abuelos.

—Flipo con Oregón —dice, y su intento de reír se convierte en hipo. Por su tono sarcástico, sé que habla conmigo y no con Dios—. Ésta es la idea que tienen aquí de una capilla aconfesional. —Señala el recinto con un ademán. Hay un crucifijo en la pared, un estandarte con una cruz sobre el atril y unos cuadros de la Virgen y el Niño colgados al fondo—. Vale, nosotros tenemos una estrella de David simbólica —dice, señalando la estrella de seis puntas de la pared—. Pero ¿qué hay de los musulmanes? No han puesto esteras para el rezo ni símbolo alguno que indique la dirección de la Meca. ¿Y los budistas? Podrían protestar para

que les pusieran un gong, ¿no? Al fin y al cabo, seguro que en Portland hay más budistas que judíos.

Me siento a su lado en una silla. Me parece muy natural que Kim hable conmigo igual que siempre. Aparte de la sanitaria que me ha pedido que aguante y de la enfermera que no para de preguntarme qué tal me encuentro, desde el accidente nadie ha hablado conmigo. Hablan sobre mí.

Nunca he visto rezar a Kim de verdad. Sí, rezó en su Bat Mitzvá y bendice la mesa en el Sabbath, pero eso es por obligación. Por lo general, resta importancia a su religión. Pero en este momento, después de hablar conmigo, cierra los ojos, mueve los labios y murmura cosas en una lengua que no comprendo.

A continuación abre los ojos y se frota las manos como si dijera «ya basta». Luego se lo piensa mejor y añade una súplica repentina.

—Por favor, no te mueras. Comprendo que tienes razones para desearlo, pero piensa una cosa: si te mueres, en el instituto montarán una de esas horteradas al estilo *lady Di*, y todo el mundo dejará flores y velas y notas al lado de tu taquilla. —Se seca una lágrima renegada con el dorso de la mano—. Y eso no te gustaría nada, ¿verdad?

Quizá fue porque nos parecíamos mucho, pero en cuanto Kim apareció por mi colegio, todo el mundo dio por supuesto que nos haríamos amigas: las dos éramos morenas, reservadas, estudiosas y, al menos exteriormente, serias. En realidad ninguna de las dos era brillante en los estudios (sacábamos notables por lo general), y tampoco tan serias. Nos tomábamos ciertas cosas con seriedad —la música en mi caso y el arte y la fotografía en el suyo—, y en el simplista mundo escolar eso bastaba para que nos consideraran almas gemelas.

Inmediatamente empezaron a emparejarnos para todo. En su tercer día de clase, Kim fue la única que se presentó voluntaria para capitana del equipo de fútbol en Educación Física, lo que me hizo pensar que era una pelotillera insufrible. Mientras ella se ponía la camiseta roja, el profesor paseó la mirada por el resto de la clase para elegir al capitán del otro equipo, y sus ojos se posaron en mí, a pesar de que yo era una de las chicas menos atléticas. Al acercarme para coger mi camiseta, pasé por delante de Kim y musité: «Muchas gracias».

A la semana siguiente, la profesora de inglés nos emparejó para un debate oral sobre *Matar a un ruiseñor*. Estuvimos sentadas cara a cara en absoluto silencio durante unos diez minutos, hasta que al final dije:

—Supongo que deberíamos hablar sobre el racismo en el viejo Sur, o algo así.

Kim puso los ojos en blanco y sentí ganas de arrojarle un diccionario a la cabeza. Yo misma me sorprendí al descubrir lo mucho que la detestaba.

—Leí el libro en mi anterior escuela —dijo—. El racismo es el tema más obvio, pero yo creo que el tema más importante es el de la bondad de las personas. ¿Son buenas por naturaleza y se vuelven malas por culpa del racismo, o son malas por naturaleza y han de esforzarse para no serlo?

—Si tú lo dices... —repliqué—. En cualquier caso es un libro estúpido.

No sé por qué dije eso, porque en realidad el libro me gustaba mucho y lo había comentado con mi padre; él lo estaba usando también para sus clases. Detesté a Kim aún más por hacerme traicionar uno de los libros que más había disfrutado.

—Vale. Pues tratemos el tema del racismo, si prefieres —dijo ella, y cuando nos pusieron un aprobadillo, pareció regodearse con la mediocre nota.

Después de aquello, nos limitamos a no hablarnos más. Eso no impidió que los profesores siguieran emparejándonos ni que los demás alumnos dieran por supuesto que éramos amigas. Y cuanto más evidente se hacía, más nos contrariaba y peor nos caíamos. Cuanto más pretendía juntarnos el mundo, más nos rechazábamos. Intentábamos fingir que la otra no existía, a pesar de que cada una era la némesis de la otra, lo que nos mantenía ocupadas durante horas.

Me sentí obligada a buscar razones para detestar a Kim: se hacía la «santita», era irritante, quería presumir cuando en realidad era una pringada... Más adelante, descubrí que ella había hecho lo mismo conmigo, aunque su principal queja era que me consideraba una arpía. Y un día incluso me lo dijo por escrito. En clase de inglés, alguien me lanzó una pelotita de papel junto al pie derecho. La recogí y la abrí. Ponía: «¡Arpía!».

Nadie me había llamado así hasta entonces, y aunque en ese momento me puse furiosa, en el fondo también me halagó haber despertado sentimientos tan intensos como para merecer ese apelativo. La gente se lo decía a mamá a menudo, tal vez porque le costaba horrores morderse la lengua y podía resultar brutalmente franca si no estaba de acuerdo con alguien. Estallaba como una tormenta de verano y luego se le pasaba con igual rapidez. En cualquier caso, a ella no le importaba que la llamaran «arpía». «Es otra manera de llamarme feminista», me decía, orgullosa. Incluso papá se lo llamaba a veces, aunque siempre en broma y como cumplido. No era tan tonto como para hacerlo durante una discusión.

Levanté la vista del libro de Lengua. Sólo había una persona que pudiera haberme lanzado aquella nota, pero me costaba creerlo. Paseé

la mirada por la clase. Todos estaban concentrados en el libro, excepto Kim. Tenía las orejas tan rojas que parecían iluminar los tirabuzones que le caían a los lados de la cara. Además, me estaba fulminando con la mirada. Tal vez yo tuviera sólo once años y fuera un poco inmadura en lo tocante a relaciones sociales, pero sabía reconocer un desafío cuando lo veía, y no me quedó más remedio que aceptarlo.

Al hacernos mayores, a las dos nos gustaba bromear diciendo que nos alegrábamos de haber tenido aquella pelea con los puños. No sólo cimentó nuestra amistad, sino que nos proporcionó nuestra primera y seguramente única oportunidad de una buena reyerta. ¿En qué otro momento iban a llegar a las manos dos niñas como nosotras? Yo me peleaba a veces con Teddy, revolcándonos por el suelo, y le propinaba pellizcos, pero ¿una pelea a puñetazos? Teddy era muy pequeño y, aunque hubiera sido mayor, mantenía un vínculo muy especial con él. Le había hecho de canguro desde que era un bebé. Jamás podría haberle hecho daño. Y Kim era hija única, así que no tenía hermanos con quienes pegarse. Tal vez en el campamento podría haberse metido en alguna trifulca, pero las consecuencias habrían sido nefastas: largas horas de seminarios de resolución de conflictos con los mediadores y el rabino. «Mi gente sabe cómo luchar contra los mejores, pero con palabras, con montones de palabras», me dijo Kim en una ocasión.

Sin embargo, aquel día de otoño nos peleamos a puñetazo limpio. Cuando sonó el timbre de la última clase, sin pronunciar palabra, salimos al patio y dejamos las mochilas en el suelo, que estaba mojado por la persistente llovizna caída todo el día. Kim cargó contra mí como un toro y me dejó sin aliento. Yo le di un puñetazo en la cara, como los hombres. Una multitud de niños se arremolinó alrededor para contemplar el espectáculo. Las peleas no se daban con frecuencia en nuestro colegio, y menos entre chicas. Si además éstas eran de las buenecitas, la situación cobraba un interés especial.

Cuando los profesores consiguieron separarnos, la mitad de sexto curso estaba allí mirándonos (de hecho, fue el corro de alumnos lo que alertó a los monitores del patio). Supongo que la pelea acabó en empate. Yo tenía el labio partido y una muñeca magullada, pero en realidad eso último me lo había hecho sola al lanzarme contra el hombro de Kim, fallar y estrellarme contra un poste de la red de voleibol. Kim tenía un ojo hinchado y un feo arañazo en el muslo por haber tropezado con su mochila al tratar de darme una patada.

No hicimos las paces oficialmente, ni hubo disculpas sentidas. En cuanto nos separaron, nos miramos y prorrumpimos en risas. Después de arreglárnoslas para eludir la visita al despacho del director, volvimos cojeando a casa. Kim me dijo que se había presentado voluntaria para ser capitana de equipo porque, si se hacía justo al principio de curso, los profesores solían recordarlo y durante el resto del año ya no te elegían (un ardid muy útil que adopté también a partir de entonces). Yo le expliqué que en realidad estaba de acuerdo con su enfoque sobre *Matar a un ruiseñor* y le confesé que era uno de mis libros predilectos. Y ahí

empezó todo. Nos hicimos amigas, tal como habían supuesto todos desde el principio. Nunca más llegamos a las manos, y aunque discutimos infinidad de veces, nuestras riñas solían acabar del mismo modo que nuestra única pelea a puñetazos: riendo las dos.

Sin embargo, después de la gran trifulca, la señora Schein prohibió a su hija que viniera a mi casa, convencida de que volvería con muletas. Mamá se ofreció para ir a verla y limar asperezas, pero creo que papá y yo comprendimos que, dado su carácter, esa misión diplomática podía acabar con una orden de alejamiento para toda nuestra familia. Al final papá invitó a los Schein a cenar pollo asado, y aunque se notaba que a la madre de Kim nuestra familia le parecía un poco rara («¿Así que trabaja en una tienda de discos mientras estudia para profesor? ¿Y es usted quien cocina en casa? Qué peculiar», le dijo a papá), el señor Schein declaró que mis padres le parecían gente respetable y que nuestra familia no era violenta, por lo que al final permitieron que su hija viniera a mi casa libremente.

Durante el primer trimestre de aquel sexto curso, Kim y yo nos deshicimos de la fama de niñas buenas. Se comentó ampliamente nuestra pelea, exagerando cada vez más los detalles, con costillas rotas, uñas arrancadas y marcas de mordiscos. Pero cuando regresamos a clase tras las vacaciones de Navidad, todo se había olvidado. Volvimos a ser las gemelas morenas, calladas y modositas.

Ya no nos importaba. De hecho, esa fama nos ha resultado conveniente a lo largo de los años. Si, por ejemplo, nos ausentábamos las dos el mismo día, la gente daba por supuesto que habíamos pillado el mismo virus, cuando en realidad hacíamos novillos para ir a ver películas de arte y ensayo en la clase de Historia del Cine de la universidad. Cuando alguien puso en venta el instituto para gastar una broma, y lo llenó de letreros y puso un anuncio en eBay, las sospechas recayeron sobre Nelson Baker y Jenna McLaughlin; nadie imaginó que pudiéramos ser nosotras. Y aunque nos hubiéramos confesado autoras de la broma — como de hecho pensábamos hacer si las cosas se ponían feas para nuestros compañeros—, nos habría costado mucho convencer a cualquiera.

Eso siempre hacía reír a Kim. «La gente sólo cree lo que quiere creer», decía.

16:47

Una vez mamá me metió en un casino de extranjos. Íbamos de vacaciones a Crater Lake y paramos en un centro turístico de una reserva india para comer en el buffet libre. Mamá se sentó en las mesas de blackjack de dólar. El crupier me miró y luego a ella, que respondió a su mirada levemente suspicaz con otra lo bastante dura como para cortar diamantes, seguida de una sonrisa más brillante que una gema. El crupier le sonrió tímidamente y no dijo ni mu. Fascinada, observé a mamá mientras jugaba. Me pareció que llevábamos allí quince minutos, pero papá y Teddy vinieron a buscarnos, los dos de mal humor. Resultó que había pasado más de una hora.

La UCI también es así. No sé sabe qué hora es ni cuánto tiempo ha transcurrido. No hay luz natural. El ruido de fondo es constante, sólo que en lugar del pitido electrónico de las máquinas tragaperras y el gratificante tintineo de las monedas, es el zumbido de todos los aparatos médicos, las continuas y apagadas llamadas por megafonía, además de la charla constante de las enfermeras.

No estoy muy segura de cuánto tiempo llevo aquí. Hace un rato, la enfermera de acento cantarán que me cae bien dijo que se marchaba a casa. «Volveré mañana, y cuando llegue quiero verte aquí, cielo», añadió. Al principio me pareció extraño. ¿No quiere que me vaya a casa o que me trasladen a otra parte del hospital? Pero luego comprendí que quería verme en la UCI y no muerta.

No dejan de venir médicos que me abren los párpados y me iluminan los ojos con una linternita. Son bruscos y van con prisas, como si los párpados no les parecieran dignos de ser tratados con gentileza. Por eso me he dado cuenta de que en nuestra vida tocamos muy poco los ojos de otras personas. Tal vez tus padres lo hagan para sacarte una mota, o quizá tu novio te dé un beso, leve como una mariposa, justo antes de que te duermas. Pero esa zona no es como los codos, las rodillas o los hombros, partes del cuerpo acostumbradas a recibir empujones.

La asistente social se encuentra junto a la cama. Repasa mi gráfico y charla con la enfermera que normalmente está sentada a la gran mesa del centro de la sala. Me asombra la cantidad de veces que me examinan, de mil maneras distintas. Cuando no me iluminan los ojos con linternas de bolsillo o leen los registros que vomitan las impresoras, vigilan las constantes vitales en el monitor del ordenador central. Cuando algo no va del todo bien, uno de los aparatos empieza a pitar. Siempre se dispara la alarma en alguna parte de la sala. Al principio me asustaba, pero ahora sé que la mitad de las veces, cuando se disparan las alarmas, son las máquinas lo que funciona mal, no las personas.

La asistente está agotada, tiene pinta de que no le importaría meterse en una cama vacía. No soy la única persona hospitalizada de la que debe ocuparse. Se ha pasado toda la tarde visitando enfermos y hablando con sus parientes. Ella es el puente entre los médicos y la gente, y se le nota la tensión que supone mantenerse en equilibrio entre ambos mundos.

Después de leer mi gráfico y hablar con las enfermeras, vuelve abajo con mis familiares, que han dejado de hablar en susurros y se encuentran ocupados en actividades solitarias. La abuela está tejiendo. El abuelo finge echar una cabezada. La tía Diane hace sudokus. Mis primos se turnan para jugar con una Game Boy sin sonido.

Kim se ha ido. Cuando volvió a la sala de espera después de visitar la capilla, encontró a su madre hecha un mar de lágrimas y se apresuró a sacarla de allí con aire abochornado. Sin embargo, la presencia de la señora Schein era una ayuda. Los demás debían ocuparse de consolarla y así se sentían útiles. Ahora vuelven a sentirse impotentes, hundidos de nuevo en una espera interminable.

Cuando la asistente social entra en la sala de espera, todos se ponen en pie como si recibieran a la realeza. Ella esboza una media sonrisa que ya le he visto varias veces a lo largo del día. Creo que es su manera de transmitir que todo va bien, o que todo sigue igual, que su visita sólo es para ponerles al día y no para soltar una bomba.

—Mia sigue inconsciente, pero sus constantes vitales van mejorando —explica a mis parientes—. Ahora mismo la están examinando los neumólogos. Le están haciendo pruebas para determinar el estado de los pulmones y saber si pueden desconectarle el ventilador.

—Entonces, ¿eso son buenas noticias? —pregunta la tía Diane—. Si puede respirar por sí sola, ¿significa que despertará pronto?

La asistente asiente en un gesto de estudiada simpatía.

—Es un paso positivo. Demuestra que sus pulmones se están curando y que las heridas internas se estabilizan. Pero lo principal siguen siendo las contusiones cerebrales.

—¿Y eso por qué? —interviene la prima Heather.

—No sabemos cuándo despertará, ni el alcance de los daños cerebrales. Las primeras veinticuatro horas son críticas, pero Mia está recibiendo la mejor atención posible.

—¿Podemos verla? —pregunta el abuelo.

La asistente asiente.

—Por eso he venido. No obstante, sería mejor para Mia que la visita fuera breve. Un par de personas como máximo.

—Entraremos nosotros —dice la abuela, adelantándose, con el abuelo a su lado.

—Sí, eso había pensado yo —asiente la asistente—. No tardaremos —añade para el resto de la familia.

Los tres se alejan por el pasillo en silencio. En el ascensor, la mujer trata de prepararlos para cuando me vean, explicándoles el alcance de mis heridas externas, que tienen mal aspecto pero se pueden tratar. Son las heridas internas las que preocupan a los médicos, afirma.

Los trata como a niños, pero tienen más coraje del que aparentan. El abuelo fue sanitario en la guerra de Corea. Y la abuela siempre anda rescatando animalillos: pájaros con alas rotas, un castor enfermo, un ciervo atropellado. Este último fue a parar después a un refugio para animales salvajes, y es gracioso porque la abuela detesta a los ciervos, que se acercan a su jardín para destruirlo. «Ratas hermosas», los llama ella. «Ratas sabrosas», los llama el abuelo cuando prepara filetes de venado a la parrilla. Sin embargo, la abuela no soportó ver sufrir a aquel ciervo en particular, así que lo rescató. En el fondo sospecho que lo consideró uno de sus ángeles.

Aun así, cuando entran en la UCI por la doble puerta automática, los dos se detienen en seco como repelidos por una barrera invisible. Se dan la mano y yo trato de recordar si les he visto alguna vez así cogidos. La abuela pasea la mirada por las camas buscándome, pero justo cuando la asistente va a señalar dónde estoy, el abuelo me localiza y se acerca con paso decidido.

—Hola, patito —dice. Hace siglos que no me llama así, desde que era más pequeña que Teddy. La abuela lo sigue despacio, respirando pequeñas bocanadas de aire. Tal vez los animales heridos no habían sido tan buena preparación.

La asistente coloca dos sillas a los pies de mi cama.

—Mia, tus abuelos están aquí. —Les indica que se sienten—. Ahora os dejaré solos.

—¿Puede oírnos? —pregunta la abuela—. Si le hablo, ¿me entenderá?

—La verdad es que no lo sé. Pero su presencia puede resultarle tranquilizadora, siempre que le hable de cosas positivas. —Les lanza una mirada severa, como conminándoles a no decir nada malo que pueda alterarme. Sé que su deber es advertirles de tales cuestiones, que tiene mil asuntos que atender y no puede mostrarse siempre sensible, pero en este momento la detesto.

Cuando se va, los abuelos se sientan y guardan silencio. Al cabo, la abuela empieza a parlotear sobre las orquídeas que está cultivando en su invernadero. Se ha cambiado el vestido por unos pantalones de pana y un suéter. Alguien debe de haber pasado por su casa para llevarle ropa limpia. El abuelo está muy callado y le tiemblan las manos. No es muy locuaz, así que ha de resultarle muy difícil tener que hablar conmigo en estas circunstancias.

Se acerca otra enfermera. Tiene el pelo negro y también los ojos, iluminados por una gruesa capa de maquillaje brillante. Lleva uñas postizas acrílicas, adornadas con corazones. Debe de costarle lo suyo mantenerlas tan arregladas. Es de admirar.

No es mi enfermera, pero igual habla con mis abuelos.

—No duden de que les oye —les dice—. Es consciente de todo lo que está pasando. —Tiene los brazos en jarras. Casi me la imagino mascando chicle. Los abuelos la miran, atendiendo con complacencia—. Les parecerá que son los médicos o las enfermeras o todos esos cacharros los que llevan la batuta —añade, señalando la pared de los aparatos médicos—. Pues no. Es ella quien lleva la batuta. Quizá sólo se está tomando su tiempo. Así que hablen con ella. Díganle que se tome todo el tiempo que necesite, pero que vuelva. Que la están esperando.

Mis padres jamás habrían dicho que Teddy y yo fuimos deslices, accidentes o sorpresas. Ni ningún otro estúpido eufemismo. Pero tampoco planearon tenernos, y no trataron de ocultarlo.

Mamá se quedó embarazada de mí cuando era joven. No una adolescente, pero sí más joven que el resto de sus amigas al quedarse encintas. Tenía veintitrés años y llevaba un año casada con papá.

En cierto sentido resulta gracioso, porque papá siempre tuvo alma de hombre con pajarita, siempre fue más tradicional de lo que parecía. Llevaba el pelo azul, tatuajes y chaquetas de cuero, y trabajaba en una tienda de discos, y aun así quiso casarse con mamá. En aquella época sus amigos todavía mantenían relaciones de una sola noche de sexo y borrachera. «“Novia” es una palabra estúpida —aducía—. No soportaba llamarla así. Así que tuvimos que casarnos para poder decir que era mi mujer».

Por su parte, mamá procedía de una familia rota. No entró en detalles morbosos conmigo, pero yo sabía que su padre se había ido hacía mucho y que ella llevaba un tiempo sin tener contacto con su madre. Sin embargo, acabamos viendo a la abuela y a papá Richard, como llamábamos al padrastro de mi madre, un par de veces al año.

Así que a mamá no sólo le gustaba papá, sino la familia numerosa y relativamente normal a la que pertenecía. Aceptó casarse con él cuando sólo llevaban juntos un año. Por supuesto, la boda la celebraron a su manera. Los casó una jueza de paz lesbiana, mientras sus amigos

tocaban una versión heavy de la marcha nupcial. La novia llevaba un vestido blanco con flecos y botas negras tachonadas. El novio iba todo de cuero.

Mamá se quedó embarazada por culpa de otra boda. Un colega de papá se había mudado a Seattle y había dejado embarazada a su novia, así que iban a casarse de penalti. Mis padres asistieron a la ceremonia, se emborracharon un poco y, de regreso en el hotel, no fueron tan cuidadosos como de costumbre. Tres meses más tarde, la prueba de embarazo daba positivo.

Tal como lo contaban ellos, ninguno se sentía especialmente preparado para tener hijos. No se consideraban adultos todavía, pero no dudaron en tenerme. Mamá era una defensora a ultranza del derecho a decidir de las mujeres. En el coche llevaba una pegatina que rezaba: «Si no confías en mi capacidad para decidir, ¿cómo puedes confiar en mi capacidad para ser madre?». Pero en su caso, tomó la decisión de tenerme.

Papá no lo tenía tan claro. Estaba más asustado. Hasta que el médico me sacó al mundo y él se echó a llorar.

—Paparruchas —dijo cuando mamá contó la historia—. No hice tal cosa.

—¿Así que no lloraste? —repuso ella con tono sarcástico.

—Se me saltaron las lágrimas, que es otra cosa muy distinta —puntualizó papá. Luego me guiñó el ojo e imitó a un bebé llorón.

Entre los amigos de mis padres, ellos eran los únicos que tenían un hijo, así que yo constituía toda una novedad. Me crió la comunidad musical, con docenas de tías y tíos que me aceptaron como suya, incluso cuando empecé a demostrar mi preferencia por la música clásica. Tampoco eché en falta a mi verdadera familia. Los abuelos vivían cerca y se alegraban de quedarse conmigo los fines de semana para que mis padres pudieran salir de juerga o marcharse a donde papá tuviera que tocar.

Más o menos cuando cumplí los cuatro años, mis padres se dieron cuenta de que realmente estaban criando a una hija, aunque no tuvieran mucho dinero ni trabajos «de verdad». Vivíamos en una bonita casa de renta baja. Yo tenía ropa (aunque fuera heredada de mis primos) y crecía sana y feliz. «Fuiste como un experimento —decía papá—. Y mira por dónde, tuvo éxito. Pensamos que había sido pura chiripa. Necesitábamos otro hijo como una especie de grupo de control».

Lo intentaron durante cuatro años. Mamá se quedó embarazada en dos ocasiones y sufrió dos abortos. Les entristeció mucho, pero el dinero no les alcanzaba para pagar tratamientos de fertilidad, como hacían otras parejas. Cuando yo tenía nueve años, decidieron que quizá sería mejor así, puesto que yo empezaba a ser independiente. Dejaron de intentarlo.

Como para convencerse a sí mismos de lo estupendo que era no estar atados por otro bebé, programaron una escapada a Nueva York de una semana. Se suponía que iba a ser un peregrinaje musical. Iríamos a la mítica cuna del *underground* neoyorquino, el CBGB, y al Carnegie Hall. Pero cuando, para su sorpresa, mamá descubrió que estaba en estado y, para mayor sorpresa aún, superó el primer trimestre de embarazo, cancelaron el viaje. Mamá se cansaba mucho y tenía náuseas, y estaba tan gruñona que papá afirmó que habría asustado a los neoyorquinos. Además, tener un bebé era caro y les convenía ahorrar.

A mí no me molestó. Me ilusionaba tener un hermano. Y sabía que el Carnegie Hall no iba a moverse de sitio. Ya habría otras oportunidades de ir a verlo.

17:40

Ahora mismo estoy alucinada. Los abuelos se han ido hace un rato, pero yo me he quedado en la UCI. Estoy sentada en una silla repasando su conversación, que fue muy agradable, normal y calmada. Les seguí cuando salían de la UCI.

—¿Crees que es ella la que decide? —preguntó el abuelo.

—¿La que decide qué?

Él parecía incómodo y movía los pies.

—Ya sabes, la que decide —susurró.

—¿A qué te refieres? —insistió la abuela en un tono que me pareció exasperado y cariñoso a la vez.

—No sé. Tú eres la que cree en los ángeles.

—¿Y eso que tiene que ver con Mia?

—Si ellos han muerto, pero siguen aquí, como tú crees, ¿no querrán que se reúna con ellos? ¿No querrá ella irse con ellos?

—No funciona así —replicó la abuela.

—Oh. —Y con esto el abuelo dio por terminada su indagación.

Cuando se fueron, me quedé pensando que tal vez un día confesaré a la abuela que nunca creí demasiado en esa teoría suya de que los pájaros y otros animales son los ángeles de la guarda de las personas. Ahora estoy segura de que no existen.

Mis padres no están aquí. No me dan la mano ni me animan a seguir viviendo. Y los conozco lo suficiente para saber que lo harían si pudieran. Aunque quizá no estarían aquí los dos. Tal vez mamá se quedaría con Teddy mientras papá cuidaba de mí. Pero no, no veo a ninguno de los dos.

Al meditar sobre ello, recuerdo las palabras de la enfermera: «Ella lleva la batuta». Y de repente comprendo lo que el abuelo quiso preguntar en realidad a la abuela. Él había comprendido las palabras de la enfermera antes que yo.

Si me quedo, si vivo, depende de mí.

Todo eso sobre un coma médicamente inducido no es más que jerga médica. No depende de los médicos. Ni de ángeles ausentes. Ni siquiera depende de Dios, que, si existe, ahora mismo no está por aquí. Depende de mí.

Pero ¿cómo se supone que voy a decidir? ¿Cómo podría quedarme aquí sin mamá y papá? ¿Cómo podría irme sin Teddy? ¿O sin Adam? Es demasiado difícil. Ni siquiera entiendo cómo funciona esto, por qué me encuentro en este estado, o cómo salir de él si deseara hacerlo. En el caso que decidiera despertarme, ¿me despertaría en ese preciso instante? He probado ya a juntar los talones tres veces para encontrar a Teddy y para transportarme a Hawai, pero no ha funcionado. La verdad es que parece mucho más complejo.

No obstante, creo que es cierto. Oigo de nuevo las palabras de la enfermera: yo llevo la batuta. Los demás sólo esperan.

Yo decido. Ahora lo sé.

Y eso me aterra más que cuanto ha ocurrido hoy.

¿Dónde demonios se ha metido Adam?

Una semana antes de Halloween, cuando yo estaba en tercero de instituto, Adam se presentó en mi casa con aire triunfal. Llevaba una bolsa para trajes y sonreía con suficiencia.

—Prepárate para morirte de envidia. Mi disfraz es insuperable — anunció mientras abría la cremallera de la bolsa. Dentro había una camisa blanca con chorreras, unos calzones y una larga casaca de lana.

—¿Vas de Seinfeld con camisa de volantes? —pregunté.

—Uff. Seinfeld. ¿Y tú te consideras una música clásica? Voy de Mozart. Espera, que no has visto los zapatos. —Metió la mano en la bolsa y sacó unos pesados zapatos negros de piel con hebillas.

—Preciosos. Creo que mi madre se compró unos iguales.

—Estás celosa porque no tienes un disfraz tan chulo. Y llevaré mallas; fíjate si estoy seguro de mi masculinidad. Además, tengo una peluca.

—¿De dónde has sacado todo esto? —pregunté, acariciando la peluca. Parecía hecha de arpillera.

—Internet. Sólo cien pavos.

—¿Te has gastado cien dólares en un disfraz para Halloween?

Al oír la palabra mágica, Teddy bajó las escaleras como una exhalación e, ignorándome, observó ceñudo el disfraz de Adam.

—¡Espera aquí! —pidió, y volvió a subir corriendo. Regresó segundos más tarde con una bolsa en la mano—. ¿Te gusta este disfraz? ¿O me hará parecer un bebé? —preguntó, sacando de la bolsa una horca, unas orejas de diablo, un rabo rojo y un pijama rojo de cuerpo entero con pies incluidos.

—Ohhh. —Adam reculó con los ojos como platos—. Menudo susto me has dado, y eso que ni siquiera lo llevas puesto.

—¿En serio? ¿El pijama no es demasiado infantil? No quiero que se rían de mí —declaró Teddy muy serio, con el ceño fruncido.

Miré a Adam, que trataba de disimular su sonrisa.

—Un pijama rojo con una horca, unas orejas de diablo y una cola puntiaguda es un atuendo tan satánico que nadie se atreverá a desafiarte, por miedo a la condenación eterna —le aseguró.

Mi hermano sonrió de oreja a oreja, mostrando los huecos de los dientes que le faltaban.

—Mamá dice lo mismo, pero quería asegurarme de que no era sólo para que la dejara en paz. Me acompañarás a recoger golosinas por las casas, ¿verdad? —me preguntó.

—Igual que todos los años. ¿Cómo ibas a conseguir caramelos, si no?

—¿Tú también vendrás? —preguntó a Adam.

—No me lo perdería por nada del mundo.

Teddy dio media vuelta y subió las escaleras como una bala.

—Bueno, Teddy ya está —comentó Adam—. ¿Y tú qué vas a llevar?

—Aaah, a mí no me va lo de disfrazarme.

Puso los ojos en blanco.

—Bueno, pues ya puedes ir acostumbrándote. Es Halloween, y el primero que celebramos juntos. Los Shooting Star vamos a dar un gran concierto esa noche. Hay que ir disfrazado, y me prometiste que vendrías.

Me lamenté interiormente. Después de seis meses, empezaba a acostumbrarme a que nos consideraran la pareja rara del instituto; nos llamaban el Guay y la Friki. Y también empezaba a sentirme menos

incómoda con los otros músicos de la banda, e incluso había aprendido un poco de la jerga del rock. Conseguía mantener el tipo cuando Adam me llevaba a la Casa del Rock, una casona laberíntica donde vivía el resto de la banda. Incluso podía participar en las fiestas punk rock del grupo, en las que los invitados debían llevar algo de la nevera que estuviera a punto de estropearse. Luego se preparaba una comida con todos los ingredientes. La verdad es que a mí se me daba muy bien convertir hamburguesas vegetarianas, remolacha, queso feta y albaricoques en algo comestible.

Sin embargo, seguía detestando ir a los conciertos y me detestaba a mí misma por detestarlo. Los clubes estaban llenos de humo, que me irritaba los ojos y hacía que la ropa me apestara a tabaco. Los altavoces estaban siempre al máximo y la música resultaba atronadora. Después los oídos me zumbaban tanto que no me dejaban dormir. Tumbada en la cama, revivía la incómoda noche y, cuanto más vueltas le daba, peor me sentía.

—No me digas que te vas a rajar —soltó Adam, dolido.

—¿Y qué hay de Teddy? Le hemos prometido acompañarlo...

—Sí, a las cinco, y no tenemos que estar en el concierto hasta las diez. Teddy no tendrá fuerzas para ir de casa en casa durante cinco horas seguidas, así que no tienes excusa. Y será mejor que vayas consiguiendo un buen disfraz, porque mi *look* va a ser irresistible, al estilo del siglo dieciocho, claro.

Cuando Adam se fue a su trabajo de repartidor de *pizzas*, sentí un vacío en el estómago. Subí a mi habitación a practicar la obra de Dvolák que me había asignado la profesora Christie y a recapacitar sobre lo que me molestaba. ¿Por qué no me gustaban los conciertos de Adam? ¿Era porque los Shooting Star se estaban haciendo populares y eso me ponía celosa? ¿Me agobiaba el número creciente de fans que se acercaban a él? Esa explicación parecía bastante lógica, pero no era por eso.

Después de tocar durante diez minutos lo comprendí: mi aversión a los conciertos de Adam no tenía que ver con la música, las chicas o los celos, sino con las dudas. Las mismas dudas que me corroían desde siempre. Sentía que no formaba parte de mi familia y que mi lugar no estaba junto a Adam. Mi familia no tenía más remedio que aceptarme, pero Adam me había elegido, y eso era lo que no entendía. ¿Por qué se había enamorado de mí? No tenía sentido. Sabía que la música nos había unido y colocado en el mismo lugar para que llegáramos a conocernos. Sabía también que a Adam le gustaba que me tomara la música tan en serio y mi sentido del humor, «tan sutil que casi no se nota». Además sabía que le gustaban las chicas morenas, porque todas sus exnovias lo eran. Y sabía que, cuando estábamos solos, podíamos charlar o leer durante horas, cada uno enfrascado en su propio iPod, y aun así sentirnos completamente juntos. Todo eso lo entendía de una forma racional, pero mi corazón seguía sin creérselo. Cuando estaba

con Adam me sentía especial, la elegida, y con ello no hacía más que aumentar mis dudas sobre los motivos por los que me había escogido.

Quizá por eso, aunque Adam me acompañaba de buen grado a escuchar sinfonías de Schubert, asistía a todos mis recitales y me traía azucenas, mis flores favoritas, prefería mil veces ir al dentista que a uno de sus conciertos. Una grosería por mi parte. Pensé en lo que me decía mi madre a veces cuando me veía insegura: «Hasta que lo sientas, fíngelo». Así pues, cuando terminé de tocar la pieza por tercera vez, decidí que no sólo iría al concierto, sino que, por una vez, me esforzaría tanto por entender el mundo de Adam como él procuraba entender el mío.

—¿Podrías echarme una mano? —le pregunté a mamá esa noche después de cenar, mientras lavábamos los platos.

—Ya sabes que no se me da muy bien la trigonometría. Podrías probar con el profesor *online*.

—No es para matemáticas. Es para otra cosa.

—Haré lo que pueda. ¿Qué necesitas?

—Consejo. ¿Cuál es la rockera más guay, sexy y cañera que se te ocurre?

—Debbie Harry.

—Esa...

—No he terminado —me interrumpió—. No puedes pedirme que elija sólo una. Es como en *La decisión de Sophie*. Kathleen Hannah. Patti Smith. Joan Jett. Courtney Love, a su modo demente y destructivo. Lucinda Williams, que aunque haga música *country* es dura como el acero. Kim Gordon, de Sonic Youth, cincuentona y todavía en la brecha. Esa tal Cat Power. Joan Armatrading. ¿Por qué? ¿Es para algún trabajo de Sociales o algo así?

—Más o menos —contesté mientras secaba un plato desportillado—. Es para Halloween.

Ella dio una palmada de deleite con las manos jabonosas.

—¿Te propones ir de rockera?

—Ajá. ¿Me ayudas?

Al día siguiente mamá salió temprano del trabajo para recorrer conmigo las tiendas de ropa *vintage*. Decidió que debíamos elegir una mezcla de estilos rockeros, en lugar de ceñirnos a una única artista. Compramos unos pantalones ajustados de piel de serpiente y una peluca rubia al estilo de Debbie Harry a principios de los ochenta, a la que

pintamos mechas violetas. Los accesorios consistieron en una banda de cuero negro para una muñeca y una docena de pulseras de plata para la otra. Mamá sacó del armario su camiseta de Sonic Youth —con la advertencia de que no me la quitara, por temor a que alguien me la arrebatara para venderla en eBay— y las botas negras puntiagudas y tachonadas que había llevado en su boda.

La noche en cuestión, mamá me maquilló con gruesos trazos de delineador negro que me confirieron una mirada de aire peligroso. Me puso polvos faciales para que pareciera más pálida. Me pintó los labios de rojo y me colocó un *piercing* de pega en la nariz. Cuando me miré en el espejo, vi reflejado el rostro de mi madre. Tal vez fuera la peluca rubia, pero ésa fue la primera vez que me encontré un parecido con alguien de la familia.

Mis padres y Teddy esperaron a Adam abajo; yo me quedé en mi habitación. Me sentía como si fuera la noche del baile de fin de curso o algo así. Papá aguardaba cámara en ristre. Mamá casi bailaba de la emoción. Cuando Adam llegó, arrojando caramelos a Teddy, mis padres me llamaron.

Traté de caminar de la forma más provocativa posible con los tacones. Esperaba que Adam se volviera loco al ver a su novia, que siempre llevaba tejanos y jerséis, transformada en diosa del *glamour*. Sin embargo, él se limitó a saludarme con su sonrisa de siempre y a reír un poco entre dientes.

—Bonito disfraz —comentó.

—*Quid proquo*. Es lo justo —repuse, señalando su atuendo de Mozart.

—Creo que das un poco de miedo, pero estás guapa —intervino Teddy—. También diría que sexy, pero soy tu hermano y sería asqueroso.

—¿Y cómo sabes tú lo que significa sexy? —pregunté—. Sólo tienes seis años.

—Eso todo el mundo lo sabe —replicó.

Todo el mundo menos yo, pensé. Pero esa noche supongo que lo aprendí. Cuando fuimos de casa en casa pidiendo golosinas con Teddy, mis propios vecinos, que me conocían desde siempre, no me reconocieron. Tipos que jamás se habían fijado en mí se me quedaban mirando. Y cada vez que ocurría, me sentía un poco más como la chica sexy y peligrosa que fingía ser. Lo de fingir hasta sentirlo funcionó.

El club donde tocaban los Shooting Star estaba abarrotado. Todo el mundo iba disfrazado. La mayoría de las chicas llevaban atuendos atrevidos —de doncella francesa con escote de vértigo, de dóminas sado con látigo, de Dorothys putonas con las faldas recogidas para enseñar las ligas de rubies—, de los que normalmente me hacían sentir zafia y

torpe. Pero aquella noche no me sentí nada zafia, aunque nadie supiera ver que llevaba un disfraz.

—Tía, se supone que debías venir disfrazada —me dijo un chico vestido de esqueleto en tono de reproche antes de ofrecerme una cerveza.

—¡Joder, me encantan tus pantalones! —me gritó al oído una chica con vestido de flecos estilo charleston—. ¿Te los has comprado en Seattle?

—¿Tú no eres del Crack House Quartet? —me preguntó un tío con una máscara de Hillary Clinton, refiriéndose a una banda hardcore que a Adam le molaba pero que yo detestaba.

Cuando salieron a tocar los Shooting Star, no permanecí entre bastidores como tenía por costumbre, tranquilamente sentada sin que nadie me molestara. Esa noche me quedé junto a la barra y luego, cuando la chica del vestido de flecos me abordó, me fui con ella a bailar pogo. Por lo general no me interesaba demasiado dar vueltas en círculos mientras tipos borrachos y musculosos con trajes de cuero me pisoteaban. En cambio, esa noche me metí de lleno. Comprendí lo que significaba unir tu energía a la de la multitud y absorber la suya también. Comprendí que, una vez en el círculo, no se trataba tanto de saltar o darse empujones como de dejarse llevar por el torbellino.

Cuando Adam terminó su actuación, yo jadeaba tanto como él y estaba igual de sudorosa. No fui detrás del escenario para felicitarle antes de que se abalanzaran sobre él los demás. Esperé a que saliera para saludar a su público, como hacía al final de cada concierto. Y cuando apareció con una toalla en torno al cuello, bebiendo agua, me arrojé en sus brazos y le di un húmedo beso de lengua delante de todo el mundo. Noté que sonreía al devolverme el beso.

—Vaya, vaya, parece que alguien se ha imbuido del espíritu de Debbie Harry —dijo después, limpiándose el pintalabios que le había dejado en la barbilla.

—Ajá. ¿Y qué me dices de ti? ¿Te sientes un poco como Mozart?

—Sólo sé de él lo que vi en la película, pero recuerdo que era un cachondo, así que, después de este beso, supongo que sí. ¿Estás lista? Recojo mis cosas y nos vamos.

—No, quedémonos para ver la última banda.

—¿En serio? —Enarcó las cejas.

—Claro. Puede que incluso baile pogo contigo.

—¿Has bebido? —bromeó.

—¿Quién lo necesita?

Bailamos, parando sólo para morrearnos, hasta que el club cerró.

De camino a casa, Adam me cogió la mano mientras conducía. De vez en cuando se volvía para mirarme y sonreía al tiempo que meneaba la cabeza.

—Entonces, ¿te gusto así? —pregunté.

—Mmm.

—¿Eso es un sí o un no?

—Por supuesto que me gustas.

—No; así, quiero decir. ¿Te he gustado esta noche?

Él se irguió en el asiento.

—Me ha gustado que participaras en el concierto y que no ansiaras irte en cuanto acabó. Y me ha encantado bailar contigo. Y que parecieras tan a gusto con una chusma como nosotros.

—Pero ¿te gusto así? ¿Te gusto más?

—¿Más que cómo? —preguntó él, perplejo.

—Más que cuando soy normal. —Aquello empezaba a irritarme. Esa noche me sentía lanzada, como si el disfraz de Halloween me hubiera otorgado una nueva personalidad, una más digna de Adam y mi familia. Intenté explicárselo y, para mi consternación, me encontré al borde de las lágrimas.

Adam pareció percibir mi angustia. Se metió por un camino forestal para detener el coche y se volvió hacia mí.

—Mia, Mia —dijo, acariciándome los rizos que se habían escapado de la peluca—. Eres tú la que me gustas. Claro que te has vestido más sexy y te has puesto, bueno, ya sabes, rubia, y estás distinta. Pero la persona que eres esta noche es la misma de la que estaba enamorado ayer, la misma de la que estaré enamorado mañana. Me gusta que seas frágil y dura, callada y chispeante. Joder, eres una de las chicas más punkis que conozco, sea cual sea la música que escuches o la ropa que vistas.

Después de aquello, siempre que me entraban dudas sobre los sentimientos de Adam, me bastaba pensar en la peluca que acumulaba polvo en mi armario para rescatar el recuerdo de aquella noche. Y entonces ya no me sentía insegura, sólo afortunada.

19:13

Está aquí.

Me había refugiado en una habitación vacía de la maternidad, impulsada por la necesidad de alejarme de mis parientes y más aún de la UCI y aquella enfermera, o más concretamente de lo que las palabras de aquella enfermera me habían hecho comprender. Necesito estar en un sitio donde la gente no se sienta triste, donde los pensamientos se centren en la vida y no en la muerte. Así que he venido al hotel de los bebés chillones. En realidad, el llanto de los recién nacidos es reconfortante. Demuestra su espíritu de lucha.

Pero ahora reina el silencio. Así que estoy sentada en el alféizar de la ventana, contemplando la noche. Un vehículo entra en el aparcamiento con un chirrido de neumáticos y me saca de mi ensoñación. Echo una mirada a tiempo de vislumbrar las luces traseras de un coche rosa que desaparece en la oscuridad. Sarah, la novia de Liz, la batería de los Shooting Star, tiene un Dodge Dart rosa. Contengo el aliento, esperando ver a Adam salir del túnel. Y sí: ahí está, subiendo por la rampa mientras se ciñe la chaqueta para protegerse de la fría noche invernal. Los focos iluminan la cadena de su cartera. Se detiene, se da la vuelta para hablar con alguien que camina un poco detrás de él. Veo la suave figura de una mujer que emerge de la sombras. Al principio pienso que ha de ser Liz, pero luego veo la trenza.

Ojalá pudiera abrazarla y darle las gracias por adelantarse siempre a lo que necesito.

Por supuesto, Kim ha ido a ver a Adam para darle la noticia en persona, en lugar de soltársela por teléfono, y luego traérmelo aquí. Ella sabía que Adam daba un concierto en Portland. De algún modo debe de haber convencido a su madre para que la llevara al centro de la ciudad y, a juzgar por la ausencia de ésta, también de que se fuera a casa y la dejara quedarse. Recuerdo que tardó dos meses en obtener el permiso para dar una vuelta en helicóptero con su tío, así que me impresiona que haya conseguido semejante grado de emancipación en sólo unas horas. Habrá tenido que hacer frente a varios gorilas y fans intimidatorios para llegar hasta Adam. Y luego habrá tenido que afrontar la prueba de decírselo.

Sé que sonará ridículo, pero me alegro de no haber estado en su lugar. No creo que hubiera podido soportarlo. Ha sido ella quien ha tenido que hacerlo.

Y ahora, gracias a ella, Adam por fin está aquí.

Llevo todo el día imaginando su llegada. En mi fantasía, salgo corriendo para recibirlo, aunque no puede verme y a pesar de que, por lo visto hasta ahora, esto no se parece en nada a esa película, *Ghost*, en la que atraviesas a tus seres queridos y así ellos notan tu presencia.

Pero ahora que ha llegado me siento paralizada. Me da miedo verlo, ver su cara. Lo he visto llorar dos veces. La primera, viendo juntos *¡Qué bello es vivir!* Y luego cuando estábamos en la estación de tren de Seattle y vimos a una madre que gritaba y pegaba una bofetada a su hijo con síndrome de Down. Adam se quedó callado, y sólo cuando nos alejamos vi que le resbalaban lágrimas por las mejillas. Casi me partió el corazón. Si está llorando ahora, me muero. Ya puedo olvidarme de todo eso de que yo elijo. Sólo con verlo llorar, estaré acabada.

Soy así de cobardica.

Miro el reloj de la pared. Pasan de las siete. Al final los Shooting Star no serán los teloneros de los Bikini, y es una pena. Era una gran oportunidad para ellos. ¿Los demás tocarán sin Adam? Lo dudo mucho, no sólo porque sea el cantante y guitarrista principal. La banda tiene su código y la lealtad a los sentimientos es importante. El verano pasado, cuando Liz y Sarah rompieron (su ruptura acabó durando todo un mes) y Liz estaba demasiado afligida para tocar, cancelaron una gira de cinco conciertos, aunque un tal Gordon, batería de otra banda, se ofreció a sustituirla.

Observo a Adam caminar hacia la entrada principal del hospital con Kim pisándole los talones. Justo antes de llegar a la marquesina y la doble puerta automática, levanta la vista al cielo. Su rostro, iluminado por las farolas, es inexpresivo, como si alguien hubiera aspirado toda su personalidad dejando sólo una máscara. No parece él mismo. Pero al menos no está llorando.

Eso me da valor para ir a su encuentro. O más bien para dirigirme a la UCI, que es adonde querrá ir. Adam conoce a mis abuelos y primos, e imagino que más tarde irá a unirse a su vigilia en la sala de espera. Pero ahora mismo ha venido para verme a mí.

De vuelta en la UCI el tiempo se detiene, como de costumbre. Uno de los cirujanos que me operaron —el que sudaba un montón y eligió Weezer cuando le tocó escoger música— ha venido a comprobar mi estado.

La luz es tenue y se mantiene a una intensidad constante, pero aun así los ritmos circadianos se imponen y una quietud nocturna envuelve la sala. El frenesí es menor que durante el día, como si enfermeras y máquinas por igual estuvieran un poco cansados y hubieran pasado a modo «ahorro de energía».

Así que cuando la voz de Adam resuena en el pasillo junto a la UCI, despierta a todo el mundo.

—¿Cómo que no puedo entrar? —brama.

Cruzo la UCI y me detengo junto a la doble puerta automática. Oigo al camillero que está fuera explicarle que no puede acceder a esta parte del hospital.

—¡Chorradas! —grita Adam.

Dentro de la UCI, todas las enfermeras dirigen sus miradas a la puerta, con ojos cansados y recelosos. Seguramente piensan: «¿No tenemos ya bastante con lo de dentro sin tener que calmar a los histéricos de fuera?». Quiero explicarles que Adam no está histérico, que sólo grita en muy raras ocasiones.

La enfermera de mediana edad y cabellos grises que permanece sentada a cargo de los ordenadores y teléfonos, inclina levemente la cabeza y se levanta, como aceptando una misión. Se alisa los arrugados pantalones blancos y se encamina a la puerta. Desde luego no es la persona más adecuada para hablar con Adam. Ojalá pudiera decirles que enviaran a la enfermera Ramírez, la que ha tranquilizado a mis abuelos (aunque a mí me haya puesto nerviosa). Ella sí podría calmarlo, mientras que ésta no hará más que empeorar la situación. La sigo a través de la doble puerta hasta donde Adam y Kim están discutiendo con el camillero. Éste la mira.

—Ya les he dicho que no pueden entrar —explica.

Ella lo despide con un ademán.

—¿Puedo ayudarle en algo, joven? —pregunta a Adam con tono irritado e impaciente, como el de algunos profesores, compañeros de papá, que según él se limitan a contar los días que les quedan para jubilarse.

Adam carraspea e intenta recobrar la compostura.

—Quisiera ver a una paciente —dice, señalando la doble puerta que lo separa de la UCI.

—Me temo que eso no es posible —replica la enfermera.

—Pero es mi novia, Mia, y está...

—Está siendo perfectamente atendida —lo interrumpe ella; parece demasiado cansada para mostrar simpatía o para que la conmueva un joven amor.

—Lo comprendo. Y les estoy muy agradecido —asiente Adam, esforzándose por comportarse y parecer una persona madura, aunque detecto el temblor en su voz cuando añade—: Pero es que necesito verla, de verdad.

—Lo siento, joven, pero sólo se permiten visitas de familiares directos.

Oigo el gemido ahogado de Adam. «Familiares directos». La enfermera no pretende ser cruel, simplemente no tiene ni idea, pero Adam no lo sabe. Siento el impulso de protegerlo y de proteger a la enfermera de su reacción. Alargo una mano hacia Adam instintivamente, aunque no puedo tocarlo. Pero ahora me da la espalda. Tiene los hombros encorvados y las piernas empiezan a fallarle.

Kim, que esperaba junto a la pared, se acerca y lo rodea con los brazos, impidiendo que se desplome. Sujetándolo por la cintura, se vuelve hacia la enfermera.

—¡Usted no lo entiende! —le espeta, lanzando chispas por los ojos.

—¿Tendré que llamar a seguridad? —replica la mujer.

Adam agita una mano, rindiéndose.

—Déjalo —susurra a Kim.

Así que ella se resigna. Sin decir una palabra más, se echa el brazo de Adam sobre los hombros para soportar buena parte de su peso. Tras tambalearse un momento, se adapta a la carga añadida.

Kim y yo tenemos la teoría de que casi todo en este mundo puede clasificarse en dos categorías.

Hay personas a las que les gusta la música clásica y personas a las que les gusta el pop. Hay personas que prefieren la ciudad y personas que prefieren el campo. Personas que beben Coca-Cola y personas que beben Pepsi. Personas conformistas y personas librepensadoras. Vírgenes y no vírgenes. Y entre las chicas, las hay que tienen novios en el instituto y las hay que no.

Kim y yo siempre habíamos dado por supuesto que ambas pertenecíamos a esta segunda categoría.

—No es que vayamos a ser vírgenes a los cuarenta ni nada de eso —me aseguró—. Simplemente somos de la clase de chicas que tienen novios en la universidad.

Siempre creí que estaba en lo cierto, que era preferible incluso. Mamá pertenecía a la clase que tiene novios en el instituto, y a menudo comentaba que desearía no haber perdido el tiempo.

—Hay un límite para las veces que una chica quiere emborracharse con cerveza barata, derribar terneros por deporte o montárselo en la trasera de una camioneta. Para los chicos con quienes salía en el instituto, eso equivalía a una velada romántica.

Papá, en cambio, no salió con chicas hasta la universidad. En el instituto era muy tímido, pero empezó a tocar la batería y en su primer año de universidad entró en una banda punk y, zas, llegaron las novias. O al menos unas cuantas hasta que conoció a mamá y, zas, se casó. Yo creía que a mí me pasaría más o menos lo mismo.

Así que fue una sorpresa, tanto para Kim como para mí, cuando acabé en la categoría de chicas que tienen novio en el instituto. Al principio traté de ocultarlo. Cuando volví a casa del concierto de Yo-Yo Ma, a Kim sólo le di explicaciones vagas. No mencioné el beso. Y lo justifiqué diciéndome que no valía la pena armar revuelo por un solo beso. Un beso no hace una relación. Había besado a otros chicos y, por lo general, al día siguiente todo se había evaporado como una gota de rocío al sol.

Pero yo sabía que con Adam sí había motivos para armar revuelo. Lo sabía por el calor que recorrió mi cuerpo aquella noche, cuando me dejó en casa después del concierto y me besó una vez más en la puerta. Lo sabía porque me quedé despierta hasta el amanecer abrazada a la almohada. Porque no pude comer al día siguiente, ni borrarle la sonrisa de la cara. Comprendí que ese beso era una puerta que había cruzado, y también que Kim se había quedado al otro lado.

Al cabo de una semana y unos cuantos besos más a escondidas, decidí contárselo. Fuimos a tomar un café después de clase. Era mayo, pero diluviaba como si fuera noviembre. Me sentía algo sofocada por lo que me esperaba.

—Yo invito. ¿Quieres una de esas bebidas tuyas tan complicadas? —pregunté. Ésa era otra de las categorías que habíamos establecido: la de la gente que bebía simples cafés y la gente que tomaba bebidas de diseño con cafeína, como el *latte* que tanto gustaba a Kim.

—Creo que probaré el *chai latte* con canela —respondió, lanzándome una severa mirada de no-pienso-avergonzarme-de-mis-preferencias.

Pedí las bebidas y una porción de tarta de moras con dos tenedores. Me senté frente a Kim y pasé el tenedor por el borde festoneado de la tarta hojaldrada.

—Tengo que contarte una cosa —empecé.

—¿Vas a decirme que tienes novio? —Por su tono, se notaba que le hacía gracia todo aquello, pero aunque yo mantenía la vista baja, intuí que había puesto los ojos en blanco.

—¿Y tú cómo lo sabes? —pregunté, mirándola a la cara.

Volvió a poner los ojos en blanco.

—Madre mía, lo sabe todo el mundo. Es un chisme sólo superado por el embarazo de Melanie Farrow y su abandono de los estudios. Es como si de repente un candidato presidencial demócrata se casara con uno republicano.

—¿Quién ha dicho nada de casarse?

—Era sólo una metáfora. Bueno, el caso es que lo sé. Lo supe incluso antes que tú.

—Venga ya.

—Bueno. ¿Un tipo como Adam yendo a un concierto de Yo-Yo Ma? Lo que quería era llevarte al huerto.

—No es así —repliqué, aunque por supuesto era verdad.

—Lo que no entiendo es por qué no me lo has contado antes —añadió en voz baja.

Tuve ganas de soltarle el rollo de que un beso no equivale a una relación y que no quería exagerar las cosas, pero me contuve.

—Tenía miedo de que te enfadaras conmigo —admití.

—No estoy enfadada. Pero lo estaré si vuelves a mentirme.

—Vale.

—O si acabas convirtiéndote en una de esas tontas que revolotean constantemente alrededor del novio y hablan en plural. «Nos encanta el invierno. La influencia de la Velvet Underground nos parece del todo fundamental».

—Ya sabes que no te vendría nunca con esa palabrería. Ni en singular ni en plural. Lo prometo.

—Bien —replicó Kim—, porque si te conviertes en una de éstas, te pego un tiro.

—Si me convierto en una de éstas, yo misma te daré la pistola.

Kim soltó una risotada y la tensión del momento se diluyó. Se llevó un trozo de tarta a la boca.

—¿Cómo se lo han tomado tus padres?

—Papá pasó por las cinco fases del duelo (negación, ira, aceptación y demás) en un solo día. Creo que lo que más le alucina es ser lo bastante viejo como para tener una hija con novio. —Hice una pequeña pausa

para beber un sorbo de café, dejando que la palabra «novio» quedara suspendida en el aire—. Y le parece increíble que esté saliendo con un músico.

—Tú también eres música.

—Sí, pero ya sabes, Adam es pop punk.

—Los Shooting Star son emocore —me corrigió Kim. Al contrario que a mí, ella se interesaba por las innumerables distinciones musicales: punk, indie, alternativo, hardcore, emocore.

—Es todo de boquilla, ¿sabes? O al menos una parte de toda esa historia suya de ser el padre perfecto con pajarita que fuma en pipa. Creo que Adam le cae bien. Lo conoció cuando fue a buscarme para ir al concierto. Ahora quiere que lo invite a cenar en casa, pero sólo hace una semana que salimos. Todavía no estoy preparada para que conozca a mi familia.

—No creo que yo llegue a estar nunca preparada para eso. —Kim se estremeció sólo de pensarlo—. ¿Y tu madre qué dice?

—Quiere llevarme al centro de planificación familiar para que me den la píldora, y me dijo que pida a Adam que se haga un análisis. Mientras tanto, me aconsejó que compre condones y me dio diez dólares.

—¿Y los has comprado? —graznó Kim, alucinada.

—No; sólo hace una semana que salimos en serio. Tranquila, a ese respecto aún seguimos las dos en la misma categoría.

—De momento.

Otra categoría que habíamos concebido era la de la gente que intenta ser guay y la que no lo intenta. En ese aspecto, yo creía que Adam, Kim y yo estábamos en el mismo bando, porque si bien Adam era guay, no intentaba serlo, no necesitaba esforzarse. De modo que esperaba que los tres fuéramos amigos íntimos. Deseaba que Adam quisiera a todas las personas a las que yo quería, tanto como yo.

Y así fue con mi familia: prácticamente se convirtió en un tercer hijo. En cambio, la relación con Kim nunca llegó a funcionar. Adam la trataba tal como yo siempre había imaginado que trataría a una chica como yo. Se mostraba amable y cordial, pero distante. No intentó entrar en su mundo ni ganarse su confianza. Yo sospechaba que no la consideraba lo bastante guay y eso me frustraba. Cuando llevábamos juntos unos tres meses, tuvimos una gran pelea por esa causa.

—No salgo con Kim. Salgo contigo —adujo él cuando lo acusé de no ser demasiado agradable con mi amiga.

—¿Y qué? Tienes muchas amigas. ¿Por qué no la añades a la lista?

Se encogió de hombros.

—Pues no lo sé. Simplemente no congeniamos.

—¡Eres un creído! —le espeté, de repente enfadada.

Él me miró con ceño, como si fuera un problema de matemáticas que intentaba resolver.

—¿Por qué me convierte eso en un creído? La amistad no se puede forzar. Kim y yo no tenemos casi nada en común.

—¡Pues eso es lo que te convierte en un creído! ¡Sólo te gusta la gente como tú! —exclamé.

Y me alejé hecha una furia, esperando que él me siguiera para suplicarme que lo perdonara, pero al ver que no lo hacía, mi ira se redobló. Fui en bicicleta a casa de Kim para desahogarme. Ella escuchó mi diatriba con expresión displicente.

—Chica, eso de que sólo le gusta la gente como él es ridículo —me recriminó cuando terminé de escupirlo todo—. Le gustas tú, y tú no eres igual que él.

—Ése es el problema —musité.

—Bueno, pues resuélvelo, pero no me metas en tus melodramas. Además, no creas que me cae tan bien.

—¿No?

—No, Mia. No todas se derriten por Adam, ¿sabes?

—No me refería a eso. Es sólo que quiero que seáis amigos.

—Ya, bueno, y yo quiero vivir en Nueva York y tener unos padres normales. Pero no se puede tener todo en esta vida, qué diablos.

—Pero sois dos de las personas más importantes en mi vida.

Miró mi rostro enrojecido y lloroso y su expresión se suavizó con una sonrisa comprensiva.

—Ya lo sabemos, Mia, pero pertenecemos a distintas partes de tu vida. Piensa: la música y yo también somos partes distintas de tu vida. Y no pasa nada. No tienes que elegir una cosa o la otra, ¿entiendes?, al menos en lo que a mí respecta.

—Pero quiero que esas partes de mi vida se unan.

—No funciona así —dijo Kim, negando con la cabeza—. Mira, acepto a Adam porque tú lo quieres. Y supongo que él me acepta porque tú me quieres. Si eso te hace sentir mejor, tu cariño nos une a los dos. Y con eso basta. Él y yo no tenemos por qué gustarnos.

—Pero yo quiero que sí —gimoteé.

—Qué pesada —resopló; se le estaba acabando la paciencia—. Empiezas a comportarte como una de esas chicas. ¿Voy a tener que conseguir una pistola?

Esa noche pasé por casa de Adam para pedirle perdón. Él aceptó mis disculpas con un beso desconcertado en la nariz. Y luego nada cambió. Kim y él siguieron mostrándose cordiales pero distantes, por más que tratara de convencerles de su mutua valía. Lo curioso era que en realidad no me tragué eso de que estaban unidos gracias a mí... hasta ahora mismo, al ver a Kim llevando a Adam casi a cuestas por el pasillo del hospital.

20:12

Los observo alejarse. Quiero seguirlos pero estoy pegada al linóleo del suelo, incapaz de mover mis piernas de fantasma. Sólo cuando desaparecen en el extremo del corredor consigo ir tras ellos, pero ya se han metido en el ascensor.

Está claro que no tengo poderes sobrenaturales. No puedo atravesar paredes ni lanzarme en picado por el hueco de las escaleras. Sólo puedo hacer lo mismo que en la vida real, salvo que resulta invisible para todos. Al menos eso parece, porque nadie me mira cuando abro las puertas o le doy al botón del ascensor. Soy capaz de tocar cosas, incluso de manipular pomos de puertas y similares, pero en realidad no siento el tacto de las cosas o las personas. Es como si lo experimentara todo a través de una pecera. No tiene mucho sentido, pero claro, nada de lo que me está ocurriendo tiene sentido.

Supongo que Adam y Kim se dirigen a la sala de espera para unirse a la vigilia, pero cuando llego allí, mi familia no está. Hay una pila de abrigos y jerséis en las sillas y reconozco el anorak naranja de mi prima Heather. Vive en el campo y le gusta pasear por el bosque, así que según ella ha de vestir colores llamativos para evitar que los cazadores borrachos la confundan con un oso.

Miro el reloj de pared. Podría ser la hora de cenar. Vuelvo a recorrer los pasillos en dirección al restaurante del hospital, que apesta a frituras y verduras hervidas, como suele pasar en estos sitios. Aparte del olor que quita el apetito, está abarrotado. En las mesas se apiñan médicos, enfermeras y estudiantes de medicina de aspecto nervioso, con chaquetas blancas y estetoscopios tan brillantes que parecen de juguete. Todos comen *pizza* y puré de patatas precocinados. Tardo un rato en divisar a mis familiares en torno a una mesa. La abuela charla con Heather. El abuelo está muy concentrado en su sándwich de pavo.

La tía Kate y la tía Diane están en el rincón, cuchicheando.

—Sólo unos cuantos cortes y arañazos. Ya le han dado el alta —dice Kate.

Por un segundo pienso que hablan de Teddy y me emociono tanto que me entran ganas de llorar. Pero luego comenta algo sobre que no tenía alcohol en la sangre, que nuestro coche invadió su carril, y que un tal señor Dunlap asegura que no tuvo tiempo de frenar, y entonces comprendo que no hablan de Teddy, sino del conductor del camión.

—La policía cree que fue por culpa de la nieve, o que quizá un ciervo hizo que viraran bruscamente —prosigue Kate—. Y al parecer es

bastante corriente que el resultado sea desigual. A los de un coche no les pasa nada y los del otro sufren heridas mortales...

Yo no diría que al señor Dunlap no le ha pasado «nada», por superficiales que sean sus heridas. Pienso en cómo ha de sentirse alguien que un jueves por la mañana sube a su camión para ir al trabajo o hacer un recado, incluso para desayunar en el Loretta's Dinner, y de pronto tiene un accidente. El señor Dunlap, que quizá era muy feliz o muy desgraciado, que podía ser un hombre casado y con hijos o un solterón empedernido. En cualquier caso, fuera quien fuese esta mañana temprano, ya no es el mismo. Su vida también ha cambiado de manera irrevocable. Si lo que dice mi tía es cierto y el accidente no fue culpa suya, entonces Dunlap es lo que Kim llamaría «un pobre idiota» que estaba en el momento y el lugar equivocados. Y por culpa de su mala suerte y por encontrarse en su camión en la carretera 27 esta mañana, ahora hay dos huérfanos y al menos uno de ellos está grave.

¿Cómo se vive con eso? Imagino que de pronto me recupero, salgo del hospital y voy a su casa para aliviar su carga, para asegurarle que no ha sido culpa suya. Quizá nos haríamos amigos.

Claro, la realidad no sería así. Resultaría muy triste y embarazoso. Además, aún no sé qué voy a decidir, si quedarme o no. Hasta que lo averigüe, he de dejarlo todo en manos del destino o de los médicos, o de quienquiera que tome las decisiones cuando el que debe hacerlo está demasiado confuso para elegir entre el ascensor y la escalera.

Necesito a Adam. Echo una última mirada, pero ni él ni Kim están en el restaurante, así que vuelvo a subir a la UCI.

Los encuentro en traumatología, a unos pocos pasillos de la UCI. Procuran disimular mientras intentan abrir varias puertas que dan a cuartos de suministros. Cuando por fin dan con una que no está cerrada con llave, se cuelan dentro. Buscan a tientas el interruptor de la luz. Detesto ser aguafiestas, pero el interruptor está por fuera, en el pasillo.

—Me temo que esta clase de cosas sólo funciona en las películas — comenta Kim mientras palpa la pared.

—Toda ficción se basa en hechos reales.

—Pues tú no tienes pinta de médico.

—Pensaba hacerme pasar por camillero. O conserje.

—¿Y para qué iba a ir un conserje a la UCI? —pregunta Kim. Es muy puntillosa con los detalles.

—Para cambiar una bombilla. Qué sé yo. Lo importante es representar bien el papel.

—Sigo sin entender por qué no vas y lo hablas con su familia —replica Kim, tan pragmática como siempre—. Sus abuelos podrían exponer la situación y conseguir que te dejen ver a Mia.

Adam niega con la cabeza.

—¿Sabes?, cuando la enfermera amenazó con llamar a seguridad, lo primero que pensé fue: «Llamaré a los padres de Mia para que lo arreglen». —Se interrumpe y respira hondo repetidamente—. Joder, me viene de golpe una y otra vez, y siempre es tan duro como la primera —explica con voz ronca.

—Lo sé —susurra Kim.

—En fin —dice Adam, al tiempo que vuelve a buscar el interruptor de la luz—, que no puedo recurrir a sus abuelos. No quiero ser una carga más para ellos. Esto he de hacerlo solo.

Estoy segura de que mis abuelos lo ayudarían con mucho gusto. Se han visto unas cuantas veces y les cae muy bien. En Navidad, la abuela hizo jalea de sirope de arce para él, porque una vez lo oyó mencionar que le gustaba mucho.

Pero también sé que a veces Adam necesita darle a las cosas un toque melodramático. Le gustan los gestos ampulosos. Como el de ahorrar dos semanas de propinas para llevarme al concierto de Yo-Yo Ma en lugar de pedirme una cita normal. O decorar el alféizar de mi ventana con flores cada día durante una semana, cuando tuve la varicela.

Ahora lo veo muy resuelto a llevar a cabo su plan. No sé muy bien en qué consiste pero, sea lo que sea, doy gracias, porque lo ha sacado del estupor emocional que lo embargaba junto a la puerta de la UCI. Lo he visto así otras veces, cuando compone una nueva canción o trata de convencerme de algo que no me apetece hacer —como ir de acampada con él—, y no hay nada, ni un meteorito estrellándose contra el planeta, ni siquiera una novia en la UCI, que pueda disuadirle de sus propósitos.

Además, es la novia de la UCI la que requiere de su estratagema, precisamente. Y por lo que adivino, se trata del truco hospitalario más viejo del mundo, sacado directamente de *El fugitivo*, que mamá y yo vimos hace poco en la tele. Yo tengo mis dudas, igual que Kim.

—¿No crees que la enfermera podría reconocerte? —pregunta mi amiga—. Acabas de gritarle a la cara.

—No me reconocerá si no me ve. Ahora entiendo por qué Mia y tú sois uña y carne. Menudo par de Casandras.

Adam no conoce a la señora Schein, así que no tiene la menor idea de que llamar doña angustias a Kim es buscarse problemas. Mi amiga frunce el entrecejo, pero acaba cediendo.

—Tal vez este estúpido plan tuyo funcionaría mejor si pudiéramos ver lo que hacemos. —Busca a tientas en el bolso y saca el móvil que su madre le hace llevar desde que tiene diez años, sistema de rastreo infantil, lo llamó ella. Cuando enciende la pantalla, un cuadrado de luz brilla en la oscuridad.

—Ahora sí te pareces más a la amiga enrollada de la que alardea Mia — comenta Adam. Enciende su móvil también y un tenue resplandor ilumina el cuarto.

Por desgracia, el resplandor revela que en la pequeña habitación hay varias escobas, un cubo y un par de fregonas, pero no los uniformes con que Adam esperaba disfrazarse. Si pudiera, le diría que el hospital tiene vestuarios con taquillas en las que médicos y enfermeras guardan su ropa de calle para ponerse ropa de quirófano o batas de laboratorio. El único atuendo genérico de hospital que hay por ahí son esas vergonzantes batas abiertas que les ponen a los enfermos. Seguramente Adam podría ponerse una y recorrer los pasillos en silla de ruedas sin que nadie se fijara en él, pero con semejante indumentaria seguiría sin poder entrar en la UCI.

—Mierda —masculla.

—Sigamos intentándolo —contesta Kim, tomando de repente la iniciativa—. El hospital tiene al menos diez plantas; seguro que hay otros cuartos abiertos como éste.

Adam suspira.

—No. Tienes razón. Esto es una estupidez atómica. Hemos de idear un plan mejor.

—Podrías fingir una sobredosis por drogas o algo así para que te lleven a la UCI —sugiere Kim.

—Esto es Portland. Con una sobredosis, tienes suerte si te llevan a urgencias. No, estoy pensando más bien en una distracción. Ya sabes, como hacer que se dispare la alarma de incendios para que las enfermeras huyan en desbandada.

—¿De verdad crees que pulverizadores de agua activados y enfermeras asustadas serán buenos para Mia?

—Bueno, eso exactamente no, sino algo que las distraiga un momento para que yo pueda colarme.

—Te descubrirían enseguida. Te echarían a patadas.

—No me importa —replica Adam—. Sólo necesito unos segundos.

—¿Por qué? O sea, ¿qué vas a hacer en unos segundos?

Él se lo piensa antes de contestar. Sus ojos, normalmente una mezcla de gris, castaño y verde, se han vuelto oscuros.

—Demostrarle que estoy aquí. Que todavía le queda alguien aquí.

Kim no hace más preguntas. Se sientan contra la pared y guardan silencio, sumidos ambos en sus propios pensamientos, y esa imagen me recuerda cuando Adam y yo estamos juntos, pero callados y separados, y me doy cuenta de que ahora son amigos, amigos de verdad. Independientemente de lo que ocurra después, al menos he logrado eso.

Al cabo de unos cinco minutos, Adam se da un toque en la frente con la mano.

—¡Pues claro! —dice.

—¿Qué?

—Hora de activar la Bat Señal.

—¿Eh?

—Vamos. Te lo enseñaré.

Cuando empecé a estudiar chelo, papá aún tocaba la batería en su grupo, aunque la cosa comenzó a decaer un par de años más tarde, cuando nació Teddy. Sin embargo, desde el principio fui consciente de que lo mío era algo distinto, y no sólo por la obvia perplejidad de mis padres ante mis preferencias. Mi actividad musical era solitaria. Me refiero a que papá podía pasarse unas horas dándole a la batería él solo, o componiendo en la mesa de la cocina, arrancando las notas de su vieja guitarra acústica, pero siempre decía que las canciones se escribían en realidad al tocarlas con otros músicos. Por eso era tan interesante, por ser una actividad compartida.

En cambio yo solía tocar sola, en mi cuarto. Incluso cuando practicaba con los universitarios, en general interpretaba solos, salvo en lo que estrictamente eran las clases. Por otra parte, cuando daba un concierto o recital, únicamente había un escenario, mi chelo, el público y yo. Al contrario que en las actuaciones de papá, en las que los fans entusiastas se encaramaban al escenario y luego se lanzaban sobre el público, en mi caso siempre había un muro de separación entre la audiencia y yo. Al cabo de un tiempo, empecé a sentir el peso de la soledad. Y también a aburrirme un poco.

Así que, en la primavera de octavo curso, decidí dejarlo. Planeaba hacerlo paulatinamente, ir disminuyendo las obsesivas horas de prácticas y abandonar los recitales. Suponía que, si lo arrinconaba poco a poco, cuando entrara en el instituto en otoño, podría empezar de nuevo sin que me conocieran como «la del chelo». Tal vez entonces elegiría un nuevo instrumento, como la guitarra o el bajo, o incluso la batería. Además, mamá estaba demasiado ocupada para fijarse en la duración de mis ensayos, y papá demasiado agobiado con la programación de las clases y la corrección de exámenes en su nuevo empleo, de manera que nadie se daría cuenta de que había dejado de tocar hasta que fuera un hecho consumado. Al menos eso me decía a mí misma, pero en realidad me resultaba tan imposible abandonar el chelo de golpe como dejar de respirar.

Tal vez habría acabado cumpliendo mi plan de no ser por Kim. Una tarde la invité a ir al centro conmigo después de clases.

—¿Hoy no tienes que practicar? —preguntó ella, mientras introducía la combinación de su taquilla.

—Puedo saltarme la clase —contesté, fingiendo buscar mi libro de Geología.

—Vaya —se asombró—. ¿Qué ha sido de la auténtica Mia? Primero dejas de dar recitales. Y ahora quieres saltarte las prácticas. ¿Qué diantre está pasando aquí?

—No lo sé —admití, y tamborileé con los dedos en la taquilla—. Estoy pensando en probar otro instrumento. La batería, a lo mejor. La de mi padre está acumulando polvo en el sótano.

—Sí, claro. Ja, la batería. Ésa sí que es buena —repuso Kim, soltando una risita ahogada.

—Hablo en serio.

Ella se quedó mirándome con la boca abierta, como si acabara de contarle que pensaba almorzar un plato de babosas salteadas.

—No puedes dejar el chelo —declaró tras un breve silencio.

—¿Por qué no?

Trató de explicármelo con expresión apenada.

—No lo sé, pero da la impresión de que el chelo es parte de tu forma de ser. No te imagino sin esa cosa entre las piernas.

—Menuda tontería. Si ni siquiera puedo tocar en la banda de la escuela en los desfiles. A ver, ¿quiénes tocan el chelo? Un puñado de viejos. Es

un instrumento absurdo para una chica. Una completa gilipollez. Y quiero tener más tiempo libre para hacer cosas divertidas.

—¿Qué clase de cosas? —preguntó Kim, desafiándome.

—Bueno, ya sabes. Ir de compras. Salir por ahí contigo...

—No me vengas con chorradas. Tú detestas ir de compras. Y pasamos juntas mucho tiempo. Pero vale, sáltate la clase de hoy. Quiero enseñarte una cosa.

Me llevó a su casa, sacó el CD *Nirvana MTV Unplugged* y puso la canción «Something in the Way».

—Escucha esto —dijo—. Dos guitarras, una batería y un chelo. Lo toca Lori Goldston y apuesto a que, cuando era más joven, practicaba dos horas al día como una chica que yo me sé, porque es lo que debe hacerse si se quiere tocar con una filarmónica, o con Nirvana. Y no creo que nadie se atreva a llamarla gilipollas.

Me llevé el CD a casa y lo escuché una y otra vez durante toda la semana, meditando las palabras de Kim. Saqué el chelo unas cuantas veces y toqué con la música del CD. Era un tipo de música distinto al que estaba acostumbrada, un reto extrañamente estimulante. Decidí tocar «Something in the Way» para Kim cuando viniera a cenar a casa la semana siguiente.

Pero antes de que tuviera oportunidad de hacerlo, mientras estábamos en la mesa, Kim anunció a mis padres con toda la tranquilidad del mundo que en su opinión yo debería ir a un campamento de verano.

—Vaya, ¿intentas convertirme para que te acompañe a tu campamento Torá?

—No. Éste es para músicos. —Sacó un reluciente folleto del Franklin Valley Conservatory, un seminario de verano en la Columbia Británica—. Para músicos serios. Tienes que grabar algo y mandárselo para que te admitan. He llamado por teléfono. El plazo para enviar solicitudes finaliza el primero de mayo, así que aún hay tiempo. —Se volvió para mirarme, como retándome a enfadarme con ella por entrometida.

Pero no estaba nada enfadada, todo lo contrario. El corazón me latía con fuerza, como si Kim hubiera anunciado que nos había tocado la lotería y estuviera a punto de revelar la cantidad. La miré. La expresión nerviosa de sus ojos contradecía la sonrisita desafiante. Me sentí llena de gratitud por tener una amiga que a menudo parecía entenderme mejor que yo misma. Papá me preguntó si quería ir, y cuando yo puse pegos por el dinero que costaba, él dijo que no me preocupara por eso. ¿Quería ir? Pues sí. Lo quería más que cualquier otra cosa en el mundo.

Tres meses más tarde, cuando papá me llevó en el coche y me dejó en un solitario rincón de la isla de Vancouver, ya no estaba tan segura. El lugar tenía el aspecto del típico campamento de verano, con cabañas de troncos en medio del bosque y kayaks esparcidos por la playa. Había unos cincuenta chicos y chicas que, a juzgar por el modo en que gritaban y se abrazaban, hacía años que se conocían, mientras que para mí era la primera toma de contacto. Durante las primeras seis horas nadie habló conmigo, salvo el ayudante del director del campamento, que me asignó una cabaña, me mostró mi litera y me señaló el camino de la cafetería, donde, por la tarde, me dieron una ración de algo que parecía pastel de carne.

Contemplé mi plato, acongojada, y luego eché un vistazo al día plumizo y gris. Ya echaba de menos a mis padres, a Kim, y sobre todo a Teddy, que estaba en esa edad tan graciosa en la que lo probaba todo y no hacía más que preguntar: «¿Qué es esto?». Además, siempre decía cosas divertidísimas. La víspera de mi partida, me informó que tenía «nueve décimas partes de sed», haciéndome desternillar de risa. Suspiré con nostalgia y moví el trozo de pastel de carne de un lado a otro del plato.

—No te preocupes, no llueve todos los días. Sólo a días alternos.

Alcé la mirada. Me hablaba un chaval de unos diez años de edad. Llevaba el pelo rubio rapado y tenía una constelación de pecas desparramada sobre la nariz.

—Lo sé —dije—. Soy del noroeste, aunque allí hacía sol cuando salí esta mañana. Es el pastel de carne lo que me preocupa.

Él soltó una risita.

—Eso no mejora nunca. Pero la mantequilla de cacahuete con gelatina está buena —aseguró al tiempo que señalaba la mesa donde media docena de alumnos se preparaban sándwiches—. Peter, trombón, Ontario —añadió. Como más adelante descubrí, aquél era el saludo habitual en Franklin.

—Oh, hola. Yo soy Mia... violonchelo, Oregón.

Peter tenía trece años y era su segundo verano en el campamento; casi todos habían empezado a ir a los doce años, y por eso se conocían. De los cincuenta alumnos, más o menos la mitad se dedicaban al jazz y la otra mitad a la música clásica, así que no éramos muchos. Sólo había otros dos que tocaran el chelo, uno de ellos un chico larguirucho y pelirrojo llamado Simon, al que Peter llamó agitando la mano.

—¿Te inscribirás en el concurso para el concierto? —preguntó Simon en cuanto Peter me presentó como Mia, violonchelo, Oregón. Simon era

Simon, violonchelo, Leicester, que resultó ser una ciudad de Inglaterra. Era un grupo bastante internacional.

—No creo. Ni siquiera sé qué es —respondí.

—Bueno, todos formamos una orquesta para la sinfonía final —explicó Simon.

Asentí con un gesto, aunque sin tenerlo muy claro. Papá se había pasado la primavera leyéndome toda la información sobre el campamento en voz alta, pero a mí lo único que me importaba era que iba a estar rodeada de otros intérpretes de música clásica, y no presté mucha atención a los detalles.

—Es la sinfonía del final del verano —continuó el chico—. Viene gente de todas partes. Es un auténtico acontecimiento. Nosotros, los más jóvenes, damos un pequeño recital aparte, que queda muy mono. Pero también eligen a un músico del campamento para que toque con la orquesta profesional e interprete un solo. Yo estuve a punto de ser seleccionado el año pasado, pero al final se decidieron por un flautista. Es mi penúltima oportunidad de conseguirlo antes de graduarme. Hace tiempo que no eligen un instrumento de cuerda, y Tracy, la tercera componente de nuestro pequeño trío, no quiere presentarse. Para ella es más bien un *hobby*. Es buena, pero no va muy en serio. Me han dicho que tú sí.

¿Yo iba en serio? No tanto como para no estar a punto de dejarlo.

—¿Y quién te lo ha contado? —pregunté.

—Los profesores escuchan las grabaciones de los aspirantes y luego corre la voz. Al parecer tu grabación era muy buena. No suelen admitir a nadie en el segundo año sin que haya hecho el primero. Así que ya ves, esperaba encontrarme con un rival que estuviera a la altura, por así decirlo.

—Venga, no la atosigues —intervino Peter—. Apenas acaba de probar el pastel de carne.

Simon torció el gesto.

—Disculpa. Bien, si quieres que pensemos juntos en la elección de piezas para la audición, ven a hablar conmigo —se ofreció. Y se alejó en dirección a la mesa de helados, yogures y frutas.

—Perdona a Simon. No han venido intérpretes de chelo de calidad en un par de años, así que ahora está emocionado contigo. En un sentido estético, quiero decir. Es gay, aunque puede que te cueste notarlo porque es inglés.

—Oh, entiendo. Pero ¿qué es lo que ha dicho? Me ha parecido que quería que compitiera con él.

—Por supuesto. Eso es precisamente lo bueno. Por eso estamos todos en un campamento en medio de este condenado bosque pluvial —repuso, señalando el exterior—. Por eso y por su apetitosa cocina. —Me lanzó una mirada—. ¿Tú no has venido por lo mismo?

Me encogí de hombros.

—No lo sé. No he tocado con mucha gente, al menos no con gente que se dedicara en serio a la música.

Peter se rascó la oreja.

—¿De verdad? Dices que eres de Oregón. ¿Nunca has tocado con el Portland Cello Project?

—¿El qué?

—Un colectivo vanguardista de intérpretes de chelo. Hacen un trabajo muy interesante.

—No vivo en Portland —farfullé, avergonzada por no haber oído hablar siquiera de ningún Cello Project.

—Bueno, pues entonces ¿con quién tocas?

—Por lo general, con universitarios.

—¿No has actuado con ninguna orquesta? ¿Con ningún conjunto de cámara? ¿Un cuarteto de cuerda?

Negué con la cabeza, recordando la ocasión en que uno de los universitarios que me daba clases, una chica, me invitó a formar parte de un cuarteto. Rehusé porque tocar con ella era una cosa, pero hacerlo con unos desconocidos otra muy distinta. Siempre había creído que el chelo era un instrumento solitario, pero hablando con Peter empecé a pensar que quizá la solitaria era yo.

—Ummm. ¿Y entonces cómo es posible que seas buena? —preguntó—. No quisiera parecer memo, pero ¿no es practicando con otros como se llega a tocar realmente bien? Con el tenis ocurre algo similar. Si practicas con un mal jugador, acabas fallando bolas o sirviendo de pena, pero si te entrenas con uno bueno, de repente no cesas de subir a la red y conectar buenas voleas.

—No lo sé —contesté, sintiéndome la persona más aburrida y alejada del mundo—. Tampoco juego al tenis.

Los días siguientes transcurrieron en un suspiro. No sé para qué sacaban los kayaks, ya que no había tiempo de usarlos. El horario era agotador: en pie a las seis y media, desayuno antes de las siete, estudio en solitario tres horas por la mañana y, por la tarde, ensayo con la orquesta hasta la cena.

Nunca había tocado con tanta gente, así que mis primeros días en la orquesta fueron caóticos. El director musical del campamento, que era también el de la orquesta, se las vio y se las deseó para situarnos, y luego trató de que tocáramos los compases básicos. El tercer día nos salió con unas nanas de Brahms. El primer intento fue lamentable. Más que combinarse, los instrumentos chocaban entre sí como piedras atrapadas en un cortacésped.

—¡Terrible! —bramó el director—. ¿Cómo esperáis tocar algún día en una orquesta si no lográis seguir el compás de una nana? ¡Otra vez!

Al cabo de una semana, la cosa empezó a cuajar y por primera vez experimenté la sensación de formar parte de un engranaje. Empecé a oír el chelo de un modo distinto, a descubrir que los tonos bajos se coordinaban con las notas más altas de la viola, al tiempo que proporcionaba la base para las maderas del otro lado de la orquesta. Y aunque parezca que formando parte de un grupo puedes relajarte un poco respecto a cómo suena tu instrumento entre los demás, más bien me ocurría todo lo contrario.

Me sentaba detrás de Elizabeth, una chica de diecisiete años que tocaba la viola. Era uno de los intérpretes de mayor talento —la habían aceptado en el Real Conservatorio de Música de Toronto—, y también parecía una modelo: alta, de porte regio, piel color café y pómulos capaces de cortar el hielo. La tentación de odiarla habría sido grande, pero tocaba demasiado bien. Incluso en manos de músicos expertos, la viola puede producir unos horribles chirridos a la mínima que te descuides. Pero Elizabeth le arrancaba un sonido limpio, puro y ligero. Oyéndola tocar y viendo cómo se concentraba en su música, sentía el impulso de interpretar como ella, de tocar mejor incluso. No era sólo que deseara superarla, también sentía que debía tocar a su mismo nivel porque se lo debía a ella, al grupo y a mí misma.

—Eso ha sonado muy hermoso —dijo Simon un día, hacia el final del campamento, después de oírme ensayar un movimiento del *Concierto n.º 2 para violonchelo* de Haydn, una pieza que me había dado infinidad de problemas cuando intenté interpretarla por primera vez en primavera—. ¿Lo vas a usar para el concurso?

Asentí y se me escapó una sonrisa.

Después de cenar y antes de que apagaran las luces, Simon y yo habíamos tomado por costumbre sacar los chelos e improvisar conciertos a la luz de los largos crepúsculos. Nos turnábamos para desafiarnos en duelo, tratando de superarnos mutuamente. Siempre

competíamos y nos retábamos a ver quién interpretaba mejor, más deprisa y de memoria. Me había divertido mucho y seguramente era una de las razones por las que la pieza de Haydn me salía tan bien.

—Fiu, cuánta seguridad en ti misma. ¿Crees que podrías superarme? —preguntó Simon.

—Jugando al fútbol, desde luego —bromeé. Simon nos decía a menudo que era la oveja negra de la familia, no porque fuera gay o músico, sino por ser «una birria de futbolista».

Mi amigo fingió que le había dado en el corazón y luego soltó una risotada.

—Cuando uno deja de ocultarse detrás de esa bestia parda ocurren cosas asombrosas —dijo, señalando mi chelo. Asentí. Él sonrió—. Bueno, ahora no vayas a ponerte chula. Deberías oírme tocar a Mozart. Suena como los puñeteros cánticos de los ángeles.

Ninguno de los dos ganó el concurso aquel año. Fue Elizabeth. Y aunque me costó cuatro años más, al final también yo lo conseguí.

21:06

—Tengo exactamente veinte minutos antes de que a nuestro mánager le dé ataque, joder.

La voz áspera de Brooke Vega resuena en el vestíbulo desierto del hospital. Así que ésta era la idea de Adam: Brooke Vega, diosa de la música indie y cantante solista de los Bikini. Con su habitual atuendo punk glam —esta noche es una minifalda burbuja, medias de rejilla, botas altas de cuero negro y una camiseta de los Shooting Star artísticamente rasgada, todo ello rematado con una chaqueta corta de pieles *vintage* y unas gafas negras a lo Jackie Onassis—, destaca tanto en ese vestíbulo como un avestruz en un gallinero. Está rodeada de gente: Liz y Sarah; Mike y Fitzy, guitarra rítmica y bajo de los Shooting Star, respectivamente; además de un puñado de fans de Portland a los que reconozco vagamente. Con su pelo color magenta, Brooke es como un sol en torno al cual giran sus admirados planetas. A un lado, acariciándose el mentón, Adam es como la luna. Kim, por su parte, parece aterrada, como si un grupo de marcianos acabara de invadir el edificio. O quizá sea porque mi amiga adora a Brooke Vega. Igual que Adam, por cierto. Es una de las pocas cosas que tienen en común, aparte de mí.

—Acabaremos en quince minutos —promete Adam, adentrándose en la galaxia de Brooke.

Ella se le acerca.

—Adam, cariño —le dice con suavidad—. ¿Cómo lo llevas? —Y le da un abrazo como si fueran viejos amigos, aunque acaban de conocerse.

Ayer mismo Adam me contaba que estaba muy nervioso pensando en el encuentro, pero ella se comporta como si fueran íntimos. Debe de ser el poder de la fama. Mientras abraza a Adam, todos los del vestíbulo los observan ávidamente, deseando que su propia pareja estuviera en la UCI en estado grave para así poder recibir el abrazo consolador de Brooke, supongo.

¿La vieja Mia sentiría celos también? Claro que si fuera la vieja Mia, Brooke Vega no estaría en el vestíbulo de este hospital para colaborar en una estratagema que permita a Adam verme en la UCI.

—De acuerdo, chicos. Turno para el *rock and roll*. Adam, ¿qué plan tienes? —pregunta Brooke.

—Tú eres el plan. Necesito que armes un buen follón.

Ella se lame los labios carnosos.

—Armar follones es una de mis actividades favoritas. ¿Qué me sugieres? ¿Soltar aullidos primitivos? ¿Desnudarme? ¿Romper una guitarra? Espera, no me he traído la guitarra. Mierda.

—Canta algo —sugiere alguien.

—¿Qué tal aquel tema de los Smiths, *Girlfriend in a Coma* ? —propone otro.

Adam palidece al recibir esta súbita sacudida de realidad y Brooke frunce el ceño con gesto de severa censura. Todo el mundo se pone serio.

Kim carraspea.

—Hummm, no servirá de nada que Brooke arme escándalo en el vestíbulo. Tenemos que subir a la UCI y entonces alguien debe gritar que Brooke Vega está aquí. Probablemente funcione. Si no es así, entonces que cante. Lo único que necesitamos es atraer a un par de enfermeras curiosas que hagan salir a la gruñona. Cuando ésta abandone la UCI y nos vea a todos en el pasillo, estará demasiado alucinada para fijarse en que Adam se cuele dentro.

Brooke la mira con ojo crítico. A Kim, con sus pantalones negros arrugados y su suéter poco favorecedor. Luego sonrío y se coge del brazo de mi mejor amiga.

—Ése sí que es todo un plan, reina. Calentad motores, chicos.

Me quedo rezagada, observando el desfile de fans que cruzan el vestíbulo a toda prisa. El ruido de sus pesadas botas y su vocerío, amplificado por la sensación de urgencia, resuena en los silenciosos corredores del hospital, infundiendo algo de vida al lugar. Recuerdo que en una ocasión vi un programa de televisión que trataba sobre residencias que permitían la visita de perros y gatos para animar a los ancianos y moribundos. Quizá todos los hospitales deberían contar con grupos de rockeros agitadores que reactivaran los corazones desfallecidos de los pacientes.

Se detienen frente al ascensor y aguardan a que quede lo bastante vacío para darles cabida a todos. Decido que quiero estar junto a mi cuerpo cuando Adam consiga entrar en la UCI. ¿Sentiré algo cuando me toque? Mientras esperan el ascensor, yo subo por las escaleras.

He pasado más de dos horas fuera de la UCI y han cambiado algunas cosas. En una cama antes vacía hay un paciente nuevo, un hombre de mediana edad cuyo rostro parece sacado de un cuadro surrealista: la mitad parece normal, atractiva incluso, pero la otra mitad es un amasijo

ensangrentado de gasas y suturas, como si acabaran de volársela de un disparo; hay muchos accidentes de caza por aquí. Y se han llevado a un paciente que estaba envuelto en tantas gasas y vendas que no se sabía si era hombre o mujer; en su lugar veo una mujer con un collarín.

En cuanto a mí, me han quitado el respirador artificial. La asistente social les comentó a mis abuelos y a la tía Diane que ése era un paso positivo. Me detengo para comprobar si me siento diferente, pero no noto nada, al menos físicamente. No he sentido nada desde que estaba en el coche esta mañana escuchando la *Sonata n.º 3 para violonchelo* de Beethoven. Ahora que respiro por mí misma, los aparatos pitan mucho menos, así que las enfermeras acuden con menor frecuencia. La enfermera Ramírez, la de las uñas decoradas, me lanza una mirada de vez en cuando, pero está ocupada con el tipo nuevo que sólo tiene media cara.

—¡Ostra sagrada! ¿No es ésa Brooke Vega? —oigo exclamar a alguien con tono impostado, al otro lado de la doble puerta de la UCI. Jamás había oído a ningún amigo de Adam hablar para todos los públicos. Es su versión depurada de «hostia puta».

—¿Te refieres a Brooke Vega de los Bikini? ¿La Brooke Vega que salió en la portada de *Spin* el mes pasado? ¿Aquí, en este hospital? —Esta vez es Kim la que habla. Parece una niña de seis años recitando su papel en una obra escolar sobre nutrición: «¿Te refieres a que hay que comer cinco raciones de frutas y verduras al día?».

—¡Sí, chavala, créetelo! —tercia la voz áspera de Brooke—. ¡He venido a ofrecer *rock and roll* de apoyo a toda la gente de Portland! ¡Uau!

Un par de enfermeras jóvenes, que seguramente escuchan emisoras de radio pop o ven la MTV y han oído hablar de los Bikini, levantan la vista con súbita curiosidad. Las oigo cuchichear, ansiosas por comprobar si realmente es Brooke, o quizá sólo porque se alegran de esa pequeña pausa en su rutina.

—¡Y os voy a ofrecer una canción alucinante! Una de mis favoritas: ¡*Eraser*! —anuncia Brooke—. ¿Quiere alguno de vosotros marcar el ritmo?

—Necesito baquetas —dice Liz—. ¿Alguien tiene bolígrafos o similar?

Las enfermeras y los camilleros de la UCI se dirigen a la doble puerta presas de una curiosidad perpleja. Yo observo la acción como si se desarrollara en una pantalla de cine. Estoy de pie junto a mi cama mirando fijamente la doble puerta, esperando que se abra con viva expectación. Pienso en Adam, en lo tranquilizador que resulta su contacto cuando me acaricia la nuca distraídamente o me sopla en las manos frías y yo siento que podría derretirme.

—¿Qué demonios está pasando aquí? —salta la enfermera gruñona, y las demás la miran, olvidando a Brooke. Nadie intenta explicarle que ahí fuera hay una famosa estrella del pop. El encanto se ha roto. La tensión se convierte en decepción. La puerta no va a abrirse.

Brooke empieza a desgranar la letra de *Eraser*. A través de la doble puerta suena bien, incluso *a cappella*.

—Que alguien llame a seguridad —ordena la enfermera.

—¡Adam, lázate ya! —grita Liz—. ¡Es ahora o nunca! ¡Presión en todo el campo!

—¡Adelante! —chilla Kim, convertida de pronto en general de cuatro estrellas—. ¡Nosotros te cubrimos!

La puerta se abre. Irrumpen en tropel más de media docena de personas, Adam, Liz, Fitzzy y otros a los que no conozco, y luego Kim. Fuera, Brooke sigue cantando como si estuviera en el concierto para el que ha viajado hasta Portland.

Adam y Kim tienen la expresión resuelta, casi feliz. Me asombra su obstinación, sus reservas ocultas de entereza. Quiero dar botes y animarlos como hacía en los partidos de béisbol infantil de Teddy, cuando él superaba la tercera base y estaba a punto de hacer una carrera. Resulta difícil de creer, pero viendo a Kim y Adam en acción, casi me siento feliz yo también.

—¿Dónde está? —exclama Adam—. ¿Dónde está Mia?

—¡En la esquina, junto al cuarto de suministros! —responde alguien. Tardo un momento en percatarme de que ha sido la enfermera Ramírez.

—¡Seguridad! ¡Deténganlo! ¡Deténganlo! —vocifera la enfermera gruñona. Ha divisado a Adam entre los invasores y ha enrojecido de ira.

Dos guardias de seguridad y dos camilleros entran corriendo.

—Tío, ¿ésa no era Brooke Vega? —pregunta uno al tiempo que agarra a Fitzzy y lo empuja hacia la salida.

—Creo que sí —responde el otro, sujetando a Sarah para llevarla también fuera.

Kim me ha visto.

—¡Adam, está aquí! —chilla, y se vuelve para mirarme. El grito se apaga en su garganta—. Está aquí —repite, pero esta vez su voz es un quejido.

Adam esquivo a las enfermeras y corre hasta mi cama. Y entonces alarga el brazo para tocarme. Su mano está a punto de posarse sobre mí. De pronto recuerdo nuestro primer beso después del concierto de Yo-Yo Ma, cuando no sabía cuánto ansiaba sentir sus labios sobre los míos hasta que el contacto fue inminente. No me había percatado de cuánto deseaba que me tocara hasta ahora, cuando casi puedo notarlo.

Casi. Pero de pronto dos guardias lo sujetan por los hombros y se lo llevan a rastras. Uno de los guardias sujeta a Kim por el codo y la conduce afuera. Ella se deja llevar sin ofrecer resistencia.

Brooke sigue cantando en el corredor. Se interrumpe al ver aparecer a Adam.

—Lo siento, cariño —dice—. Tengo que irme pitando o no llegaré al concierto. O aún peor, acabarán arrestándome. —Y se aleja por el pasillo, seguida por un par de camilleros que le suplican un autógrafo.

—¡Llamen a la policía! —grita la enfermera mayor—. ¡Que lo arresten!

—Nos lo llevamos a la oficina de seguridad. Es el protocolo —responde un guardia.

—Nosotros no podemos arrestarlo —explica el otro.

—Pues llévenselo de mi planta. —La enfermera carraspea y da media vuelta—. Señorita Ramírez, espero que no haya ayudado a esos gamberros.

—Por supuesto que no. Yo estaba en el cuarto de suministros. Me he perdido todo el jaleo. —Miente tan bien que su rostro no la delata.

La gruñona da una palmada.

—Muy bien. El espectáculo ha terminado. Todos a trabajar.

Me voy en busca de Adam y Kim, a los que han conducido hasta los ascensores. Me meto con ellos en uno. Mi amiga parece aturdida, como si le hubieran apretado el botón de reiniciar y su sistema aún no hubiera arrancado. Adam aprieta los dientes con expresión torva. No sé si está a punto de echarse a llorar o de darle un puñetazo a un guardia. Espero por su bien que sea lo primero. Y por el mío, que sea lo segundo.

Una vez en la planta baja, ambos guardias los conducen a empujones hasta un corredor lleno de puertas que dan a despachos oscuros. Están a punto de entrar en el único que tiene luz, cuando alguien pronuncia el nombre de Adam.

—¡Adam! ¡Alto! ¿Eres tú?

—¿Willow? —exclama Adam.

—¿Willow? —musita Kim.

—Disculpen, ¿adónde los llevan? —pregunta Willow a los guardias, corriendo hacia ellos.

—Lo siento, pero los han pillado colándose en la UCI —explica uno.

—Sólo porque no nos dejaban entrar —alega Kim con voz débil.

Willow aún lleva el atuendo de enfermera, lo que es raro, porque suele quitarse lo que llama «alta costura ortopédica» en cuanto acaba su turno. Sus largos rizos caoba parecen lacios y grasientos, como si hubiera olvidado lavarse el pelo en varios días. Y sus mejillas, habitualmente sonrosadas, tienen un tinte beige.

—Perdonen. Soy enfermera titular en el Cedar Creek. Hice las prácticas aquí, así que si lo desean podemos ir a ver a Richard Caruthers y resolver este asunto con él.

—¿Quién es ése? —pregunta un guardia.

—El director de asuntos internos —responde el otro, y se vuelve hacia Willow—. No está. No son horas de oficina.

—Bueno, pero tengo el número de su casa —afirma ella, blandiendo el móvil como si fuera un arma—. No le hará mucha gracia que lo llame para contarle cómo trata su hospital a un joven que quiere visitar a su novia accidentada y en estado crítico. Ya saben que el director valora la compasión tanto como la eficiencia, y éstas no son maneras de tratar al allegado de un paciente.

—Sólo cumplimos con nuestro trabajo, señora. Son órdenes.

—¿Y qué les parece si les ahorro molestias y me ocupo yo de todo? La familia de la paciente se encuentra arriba, esperando a que estos dos jóvenes se reúnan con ellos. Si les surge algún problema, pueden decirle al señor Caruthers que se ponga en contacto conmigo. —Willow saca una tarjeta y se la tiende a los guardias.

Uno de ellos la examina y se la entrega al otro, que la mira y se encoge de hombros.

—Bueno, así nos ahorramos el papeleo —decide, y suelta a Adam, que se desmorona como un espantapájaros al quitarlo de su percha—. Lo siento, muchacho —le dice el guardia, sacudiéndole el polvo de los hombros.

—Espero que tu novia se recupere —murmura el otro, y ambos se alejan en dirección a unas máquinas expendedoras.

Kim, que sólo ha visto un par de veces a Willow, se arroja en sus brazos.

—¡Gracias! —musita contra su cuello.

Ella le devuelve el abrazo y le da unas palmaditas en los hombros. Se frota los ojos y luego suelta una risa crispada.

—¿Qué demonios pretendíais? —pregunta.

—Quiero ver a Mia —responde Adam.

Willow lo mira y se desinfla como si alguien le hubiera aflojado una válvula interior. Alarga una mano y le acaricia la mejilla.

—Pues claro —dice, y se seca los ojos con el dorso de la mano.

—¿Está usted bien? —pregunta Kim.

Willow ignora la pregunta.

—Intentaré que te dejen pasar.

Adam se anima.

—¿Crees que podrás? Hay una enfermera mayor que la tiene tomada conmigo.

—Si es quien creo, da igual que la tenga tomada contigo o no. No depende de ella. Vamos a hablar con los abuelos de Mia y luego averiguaré quién está a cargo de quebrantar las normas aquí para que puedas ver a tu novia. Te necesita más que nunca.

Adam la abraza con tanta fuerza que le levanta los pies del suelo.

Willow al rescate. Igual que rescató a Henry, el mejor amigo de papá y colega de la banda, que en otro tiempo era un borracho y mujeriego empedernido. Cuando Willow y él llevaban unas semanas saliendo, ella le conminó a sentar la cabeza y dejar de beber, su pena de dar por terminada su relación. Papá decía que muchas chicas le habían planteado el mismo ultimátum a Henry para obligarlo a cambiar, y que todas se habían quedado llorando por el camino. Pero cuando Willow cogió su cepillo de dientes y se fue, diciéndole a Henry que madurara de una vez, fue éste quien se quedó llorando. Luego se secó las lágrimas, maduró, dejó de beber y abrazó la monogamia. Ocho años después ahí están, y con un bebé. Willow es así de increíble. Seguramente por eso se convirtió en la mejor amiga de mamá; era otra arpía feminista, dura y tierna a la vez. Y seguramente por eso es una de las personas a las que

papá más apreciaba, aunque ella detesta a los Ramones y el béisbol le parece aburrido, mientras que papá vivía para los Ramones y consideraba el béisbol una institución religiosa.

Y ahora Willow está aquí. Willow la enfermera. Willow, la que no acepta un no por respuesta. Ella conseguirá que dejen entrar a Adam en la UCI. Ella se ocupará de todo. ¡Hurra!, quiero gritar. ¡Willow está aquí!

Estoy tan entusiasmada celebrando su llegada que tardo un poco en comprender lo que significa, pero la verdad me sacude finalmente como una descarga eléctrica.

Willow ha venido. Y si se encuentra aquí, en este hospital, eso significa que no hay razón para que esté en el suyo. La conozco lo suficiente para saber que jamás habría dejado allí solo a Teddy. Aunque yo estuviera aquí, se habría quedado con él. Estaba malherido y ella debía cuidarlo. Era su paciente, su prioridad.

Reflexiono sobre el hecho de que los abuelos estén en Portland conmigo, y de que todos los demás parientes de la sala de espera hablen sólo de mí, evitando mencionar a mamá, papá y Teddy. Pienso en el rostro de Willow, que parece despojado de toda alegría. Y pienso en que ha dicho a Adam que ahora lo necesito más que nunca.

Así es como me entero. Teddy también ha muerto.

Mamá se puso de parto tres días antes de Navidad, pero insistió en que fuéramos a hacer las compras navideñas.

—¿No deberías tumbarte o ir a la maternidad o algo? —pregunté.

Ella esbozó una mueca de dolor al notar una contracción.

—Aún no. Todavía no son tan fuertes y me vienen a intervalos de unos veinte minutos. Cuando me puse de parto contigo, aun tuve tiempo de limpiar la casa de arriba abajo.

—Una limpieza de bienvenida —bromeé.

—Exacto —repuso mamá, y tomó aire varias veces—. Todavía falta bastante. Venga, vamos. Cogemos el autobús para ir al centro comercial. No estoy para conducir.

—¿No deberíamos llamar a papá?

Ella se echó a reír.

—¡No, por favor! Ya tengo bastante con dar a luz a este bebé. Sólo me faltaría tener que ocuparme de otro. Lo llamaremos cuando la explosión sea inminente, ¿vale? Prefiero que estés tú conmigo.

Así pues, dimos una vuelta por el centro comercial, deteniéndonos cada pocos minutos para que pudiera sentarse y respirar hondo varias veces y apretarme la muñeca con tanta fuerza que me dejaba marcas rojas. Aun así, fue una mañana extrañamente divertida y productiva. Compramos regalos para los abuelos (un jersey con un ángel estampado y un nuevo libro sobre Abraham Lincoln), juguetes para el bebé y un par de botas de lluvia para mí. Por lo general esperábamos a las rebajas para adquirir esa clase de cosas, pero mamá dijo que ese año estaríamos demasiado ocupados cambiando pañales.

—Ahora no es momento de ponernos ahorrativos. Ay, joder. Lo siento, Mia. Venga, tomemos un poco de tarta.

Fuimos a Marie Callender's. Mamá pidió tarta de calabaza y crema de plátano; yo, de arándanos. Cuando terminó, empujó el plato a un lado y anunció que estaba lista para ponerse en manos de la comadrona.

Nunca habíamos hablado sobre si yo debía estar o no con ella. En aquella época iba a todas partes con mis padres, así que supongo que se daba por sentado. Nos encontramos con papá, hecho un manojo de nervios, en la maternidad. No se parecía en nada a un centro hospitalario. Era la planta baja de una casa donde había camas y bañeras con *jacuzzi*. Los aparatos médicos estaban discretamente disimulados. La comadrona *hippy* condujo a mamá al interior y papá me preguntó si también quería entrar. En ese momento ya se oía a mamá gritando blasfemias.

—O puedo llamar a la abuela para que venga a recogerte —añadió, e hizo una mueca al oír el aluvión de palabrotas—. Esto quizá tarde un buen rato.

Negué con la cabeza. Mamá me necesitaba. Me lo había dicho ella. Me senté en uno de los sofás estampados de flores y cogí una revista con un bebé calvo de aspecto bobalicón en la portada. Papá entró en la habitación donde estaba la cama.

—¡Música! ¡Maldita sea! ¡Música! —chilló mamá.

—Tengo algo precioso de Enya. Muy relajante —dijo la comadrona.

—¡A la mierda con Enya! Melvins. Earth. ¡Venga, rápido!

—Yo me encargo —intervino papá, y puso un CD con la música más estridente y heavy que había oído en mi vida. En comparación, las canciones punkis que él solía escuchar en casa sonaban como melodías de arpa. Aquella música primaria pareció calmar a mamá, que empezó a emitir unos ruidos graves y guturales. Yo permanecía sentada en silencio. De vez en cuando, mamá gritaba mi nombre y yo entraba corriendo. Ella alzaba la vista hacia mí con el rostro cubierto de sudor.

—No te asustes —susurraba—. Las mujeres pueden soportar los mayores dolores. Ya lo descubrirás tú también. —Y volvía a gritar—: ¡Joder, joder!

Yo había visto un par de nacimientos en un programa de televisión por cable, en los que las mujeres chillaban un buen rato; a veces soltaban palabrotas y los de la tele tenían que poner pitidos para que no se oyeran, pero nunca tardaban más de media hora. Al cabo de tres horas, mamá y los Melvins seguían aullando. En toda la maternidad se notaba una humedad tropical, a pesar de que había cinco grados de temperatura en el exterior.

Henry se pasó por allí. Cuando entró y oyó aquel ruido infernal, se detuvo en seco. Todo el tema de los bebés le daba pánico. Había oído hablar a mis padres sobre Henry y su incapacidad para madurar. Al parecer, para él había sido una sorpresa mayúscula que mis padres me tuvieran, y ahora estaba alucinado por su decisión de tener un segundo hijo. Ambos se habían sentido muy aliviados cuando Willow volvió con él. «Por fin un adulto en la vida de Henry», había dicho mamá.

Henry me miró, pálido y sudoroso.

—Hostia, Mia. ¿Has de oír tú esto? ¿He de oírlo yo?

Me encogí de hombros. Se sentó a mi lado.

—Tengo la gripe o algo así, pero tu padre me llamó para que os trajera algo de comida. Y bueno, aquí estoy —anunció, mostrándome una bolsa de Taco Bell queapestaba a cebolla.

Mamá dejó escapar otro aullido.

—Debo irme. No quiero esparcir mis gérmenes por aquí. —Mamá gritó más fuerte y Henry prácticamente dio un bote en el asiento—. ¿Seguro que quieres quedarte? Podrías venir a mi casa. Willow se ha quedado para cuidarme. —Sonrió al mencionar su nombre—. Puede cuidar de ti también. —Se levantó para marcharse.

—De momento no hace falta; estoy bien. Mamá me necesita. Y papá parece aterrado.

—¿Ha vomitado ya? —Volvió a sentarse. Me reí, pero su expresión me dijo que hablaba en serio—. Vomitó cuando naciste tú. Casi se desmaya, ¿sabes? No lo culpo. El pobre estaba hecho polvo y los médicos amenazaron con echarlo de allí... dijeron que lo harían si no salías en media hora. Tu madre se encabronó tanto al oírlo que empujó más aún y saliste a los cinco minutos. —Sonrió, reclinándose en el sofá—. Al menos así lo cuentan ellos. Pero te diré una cosa: tu padre lloró como un jodido cabroncete cuando naciste.

—Ya he oído esa parte.

—¿Qué parte? —preguntó papá, jadeante. Le arrebató la bolsa a su amigo—. ¿Taco Bell, Henry?

—La comida de los campeones.

—Vale. Estoy muerto de hambre. Ahí dentro todo es muy duro. Tengo que recuperar fuerzas.

Henry me guiñó un ojo. Papá sacó un burrito y me ofreció otro. Rehusé con la cabeza. Papá empezaba a desenvolver el suyo cuando mamá soltó un rugido y empezó a chillar que estaba lista para empujar.

La comadrona asomó la cabeza por la puerta.

—Se acerca el momento, así que debería dejar la comida para luego —sugirió—. Vuelva aquí.

Henry prácticamente salió disparado en dirección a la calle. Yo seguí a papá al dormitorio, donde mamá estaba sentada jadeando como un perro enfermo.

—¿Quiere mirar? —preguntó la comadrona a papá, pero él se tambaleó y su rostro adquirió un tono verdoso.

—Será mejor que me quede aquí, a un lado —dijo, aferrando la mano de mamá, pero ella se desasíó de un tirón.

A mí nadie me preguntó si quería mirar, así que me limité a colocarme junto a la comadrona. Fue bastante asqueroso, lo admito. Mucha sangre. Y, desde luego, nunca había visto esa parte de mi madre. Pero extrañamente me parecía normal estar ahí. La comadrona le decía a mamá que empujara, luego que parara, luego que volviera a empujar.

—Vamos, bebé, vamos —canturreaba—. ¡Ya estás llegando! —lo animaba. Mamá parecía deseosa de abofetearla.

La cabeza de Teddy salió mirando hacia el techo, así que yo fui lo primero que vio. No salió berreando como se ve en la tele, sino en silencio. Tenía los ojos muy abiertos y me miraba directamente. Y siguió observándome mientras la comadrona le extraía la mucosidad de la nariz.

—Es un niño —anunció.

Luego lo puso sobre el vientre de mamá.

—¿Quiere cortar el cordón? —preguntó a papá.

Él rehusó agitando las manos, demasiado emocionado para hablar, o quizá con náuseas.

—Yo lo haré —me ofrecí.

La comadrona mantuvo el cordón umbilical tirante para que yo lo cortara. Teddy yacía inmóvil con los ojos grises muy abiertos, sin dejar de contemplarme.

Mamá siempre decía que, muy en el fondo, Teddy pensaba que yo era su madre, porque me había visto antes que a nadie y porque yo había cortado su cordón umbilical.

—Es como esas crías de ganso —bromeaba—. Siguen al veterinario del zoológico, en lugar de a la mamá ganso, porque es lo primero que ven al salir del cascarón.

Exageraba. Teddy no creía que yo fuera su madre, pero había ciertas cosas que sólo yo podía hacer. Cuando era bebé y dormía mal por las noches, sólo se calmaba si le tocaba una nana con el chelo. Cuando empezó a interesarse por Harry Potter, sólo yo podía leerle un capítulo cada noche. Y cuando se hacía un rasguño en una rodilla o se daba un golpe en la cabeza, si yo andaba cerca, no dejaba de llorar hasta que le daba un beso mágico en la herida, tras lo cual se curaba milagrosamente.

Sé que ni todos los besos mágicos del mundo le habrían ayudado hoy, pero no sé de qué sería capaz por haber podido dárselo.

22:40

Salgo corriendo.

Dejo a Adam, Kim y Willow en el vestíbulo y atravieso a la carrera el hospital. No me percató de que estoy buscando el ala de pediatría hasta que la encuentro. Recorro los pasillos a toda prisa, dejando atrás habitaciones con niños de cuatro años que duermen inquietos antes de que mañana los operen de las amígdalas; la UCI neonatal, donde hay bebés pequeños como puños y más intubados que yo; la unidad de oncología pediátrica, en la que los enfermos de cáncer, todos calvos, duermen bajo alegres murales de arco iris y globos. Lo busco, aunque sé que no voy a encontrarlo. Aun así, he de intentarlo.

Imagino su cabeza, sus espesos rizos rubios. Me encanta hundir la cara en sus rizos. Lo he hecho desde que era bebé. Sigo esperando el día en que me apartará de un manotazo y me dirá que lo avergüenzo delante de los demás, igual que hace con papá cuando éste lo anima con demasiado entusiasmo en los partidos de béisbol. Pero por el momento no ha ocurrido. Siempre me ha permitido acceder a su cabeza. Hasta ahora. Porque ya no habrá más. Se ha terminado.

Me imagino hundiendo la cara en su pelo una última vez, y me veo llorando hasta que mis lágrimas alisan sus rizos rubios.

Teddy nunca pasará del béisbol infantil al juvenil. Nunca le saldrá bigote. Nunca se meterá en una pelea a puñetazos, ni cazará un ciervo, ni besará a una chica, ni hará el amor, ni se enamorará, ni se casará, ni tendrá hijos de cabellos rizados. Tengo sólo diez años más que él, pero creo haber disfrutado mucho más de la vida. Es injusto. Si uno de nosotros debía quedarse, si a uno de los dos debía concedérsele la oportunidad de vivir, era a él.

Corro por el hospital como un animal acorralado. «¿Teddy? —llamo—. ¿Dónde estás? ¡Vuelve conmigo!».

Pero no vuelve. Es inútil. Me rindo y regreso a la UCI arrastrando los pies. Siento deseos de romper la doble puerta, de destrozar el puesto de las enfermeras. Quiero que desaparezca todo. Deseo irme. No quiero estar aquí. No quiero estar en este hospital. No quiero permanecer en esta especie de limbo en que veo todo lo que ocurre y soy consciente de lo que siento sin sentirlo. No puedo gritar hasta que me duela la garganta, ni dar puñetazos a una ventana hasta que me sangre la mano, ni arrancarme el pelo a mechones hasta que el dolor del cuero cabelludo me haga olvidar el de mi corazón.

Estoy mirándome a mí misma, a la Mia «viva» que yace en esa cama del hospital. Siento una oleada de furia. Me abofetearía el rostro sin vida si pudiera.

En cambio lo que hago es sentarme en la silla y cerrar los ojos, deseando que todo desaparezca. Pero no puedo. No puedo concentrarme porque de repente hay mucho ruido. Mis monitores pitán y dos enfermeras corren hacia mí.

—¡Presión sanguínea y oximetría cayendo! —exclama una de ellas.

—¡Tiene taquicardia! —grita la otra—. ¿Qué ha ocurrido?

«Código azul, código azul en Trauma», suena por megafonía.

Pronto aparece un médico ojeroso con cara de sueño, frotándose los párpados. Aparta las sábanas de un tirón y me levanta la bata. Estoy desnuda de cintura para abajo, pero aquí nadie se fija en esas cosas. Me pone las manos sobre el estómago, que está hinchado y duro. Abre los ojos y luego los entorna.

—Abdomen endurecido —murmura—. Hagamos una ecografía.

La enfermera Ramírez va hasta una habitación del fondo y vuelve con lo que parece un ordenador portátil con un largo accesorio blanco acoplado. Me unta una especie de gelatina en el estómago y el médico me pasa el accesorio por el abdomen.

—Caray. Lleno de líquido —declara—. ¿La han operado esta tarde?

—Una esplenectomía —contesta la enfermera Ramírez.

—Podría ser un vaso sanguíneo sin cauterizar —aventura el médico—. O una hemorragia lenta de intestino perforado. Accidente de coche, ¿verdad?

—Sí, la han traído en helicóptero esta mañana.

El médico revisa mi gráfico.

—La ha operado la doctora Sorensen. Aún está de guardia. Llámela a quirófano por megafonía. Tenemos que abrir y ver por dónde pierde y por qué, antes de que pierda más. Joder, contusiones cerebrales y neumotórax. Está hecha un desastre.

La enfermera le lanza una mirada de reproche, como si acabara de insultarme.

—Señorita Ramírez —le dice la enfermera gruñona en tono severo—, sus pacientes le esperan. Ahora hay que intubar a la señorita y llevarla a quirófano. ¡Vamos, no pierda más tiempo!

Las enfermeras se afanan en desconectarme de los monitores y quitarme los catéteres antes de meterme otro tubo por la garganta. Un par de camilleros entran para trasladarme. Aún sigo desnuda de cintura para abajo cuando se apresuran a sacarme, pero justo antes de llegar a la puerta, Ramírez les grita «¡Esperad!», y me tapa cuidadosamente con la bata del hospital. Luego me da tres golpecitos en la frente con los dedos, como una especie de mensaje en Morse. Acto seguido me adentro en el laberinto de pasillos que conducen al quirófano, pero esta vez no me sigo a mí misma. Ahora me quedo en la UCI.

Empiezo a verlo claro, aunque todavía no lo capto del todo. No se trata de que mi ansiedad haya hecho reventar un vaso para llenarme de líquido el estómago. Tampoco deseaba volver al quirófano. Pero Teddy ha muerto. Mis padres han muerto. Esta mañana he salido con mi familia en el coche. Y ahora estoy aquí, más sola que nunca. Tengo diecisiete años. Las cosas no debían ser así. No era así como se suponía que iba a ser mi vida.

En el tranquilo rincón de la UCI, empiezo a pensar en las cosas amargas que he logrado apartar de mi mente hasta ahora. ¿Cómo sería si me quedo? ¿Cómo me sentiría despertándome huérfana? ¿Cómo sería no volver a oler el tabaco de pipa de papá? ¿O no volver a charlar con mamá mientras fregamos los platos? ¿O no volver a leerle a Teddy otro capítulo de Harry Potter? ¿Cómo sería quedarme sin ellos?

No estoy segura de que este mundo siga siendo mi sitio. No estoy segura de querer despertarme.

Sólo he estado en un funeral en toda mi vida, y era el de alguien al que apenas conocía.

Podría haber ido al de mi tía abuela Glo cuando murió de pancreatitis aguda, pero en su testamento estableció claramente sus deseos. Nada de funeral tradicional ni de enterrarla en la tumba familiar. Quería que la incineraran y esparcieran sus cenizas en una ceremonia sagrada de los nativos americanos, en algún lugar de las montañas Sierra Nevada. A la abuela la fastidió bastante, igual que la fastidiaba la tía Glo en general, porque la abuela decía que siempre intentaba llamar la atención sobre lo especial que era, incluso después de muerta. La cuestión es que acabó boicoteando la ceremonia de esparcir las cenizas, y si ella no iba, no había razón para que fuéramos los demás.

Peter Hellman, mi amigo trombonista del campamento de verano, murió hace dos años, pero no me enteré hasta que regresé al campamento. Pocos de nosotros estábamos al corriente de que tenía un linfoma. Eso era lo más curioso del campamento de música: que intimabas mucho con la gente durante el verano, pero existía la regla tácita de no

mantener el contacto durante el resto del año. Eran amistades de verano. En cualquier caso, se celebró un concierto en memoria de Peter, pero no fue un verdadero funeral.

Kerry Gifford era uno de los amigos músicos de mis padres. Al contrario que papá y Henry, quienes, al hacerse mayores y crecer sus familias, habían pasado a ser meros aficionados, Kerry permaneció soltero y se mantuvo fiel a su primer amor: la música. Tocaba en tres bandas y se ganaba la vida como encargado del sonido en un club local, un arreglo perfecto, puesto que al menos uno de sus grupos actuaba en el club cada semana, así que no tenía más que subirse al escenario de un salto, dejando los controles de sonido a algún colega, aunque a veces también bajaba en medio de la actuación para ajustar los niveles. Conocía a Kerry desde que, aún pequeña, iba a los conciertos con mis padres, y luego volví a conocerlo, por así decir, cuando Adam y yo empezamos a salir.

Kerry estaba trabajando una noche, ocupándose del sonido para una banda de Portland, los Clod, cuando simplemente se desplomó sobre la consola. Cuando llegó la ambulancia, ya estaba muerto. Un aneurisma cerebral fulminante.

Su muerte causó un gran revuelvo en la ciudad. Era un personaje muy conocido, un tipo muy directo con una personalidad fuerte y una maraña de rastas de chico blanco. Además, era joven, apenas tenía treinta y dos años. Todos nuestros conocidos pensaban ir a su funeral, que iba a celebrarse en su ciudad natal, un lugar en medio de las montañas a dos horas de camino en coche. Mis padres iban a asistir, por supuesto, y también Adam. Así que, pese a sentirme un poco como una impostora que se cuela en el funeral de un desconocido, decidí acompañarlos. Teddy se quedó con los abuelos.

Se formó una comitiva para viajar hasta la ciudad natal de Kerry. Íbamos apretujados en el coche con Henry y Willow, tan embarazada que no podía abrocharse el cinturón. Todos se turnaban para contar historias divertidas sobre Kerry. Izquierdista declarado, había decidido protestar contra la guerra de Irak haciendo que un puñado de tíos se vistieran de mujer y se presentaran en la oficina de reclutamiento local para alistarse. Ateo cascarrabias, detestaba la comercialización de la Navidad, así que anualmente organizaba en el club una fiesta Antinavidad, que incluía un concurso para ver qué banda tocaba la versión más distorsionada de un villancico. Luego invitaba a todo el mundo a arrojar sus jodidos regalos para formar una gran pila en el centro del club. Contrariamente a lo que se afirmaba, Kerry no encendía una hoguera con todos los regalos; papá me contó que los donaba a la organización de caridad St. Vincent de Paul.

Mientras todos charlaban sobre Kerry, el ambiente en el coche era chispeante y divertido, como si fuéramos de camino al circo y no a un funeral. Pero parecía lo correcto, como si nos mantuviéramos fieles al espíritu de Kerry, que desbordaba siempre una energía frenética.

Sin embargo, el funeral fue todo lo contrario. Resultó horriblemente depresivo, y no sólo porque se tratara de una persona malograda muy joven y sin ningún motivo en particular, salvo tener mala suerte con sus arterias. Se celebró en una gran iglesia, lo que parecía extraño puesto que Kerry era un ateo acérrimo, aunque eso podía entenderlo, ya que ¿en qué otro lugar puede celebrarse un funeral? El problema fue el oficio religioso en sí. Era evidente que el pastor no había conocido a Kerry, porque se limitó a generalizar, a decir que era un hombre de buen corazón y que, si bien su muerte era muy triste, iba a recibir su «recompensa celestial».

Y un tío suyo de Boise, en lugar de escuchar los panegíricos de sus compañeros o de la gente con que Kerry había pasado sus últimos quince años, pidió la palabra y contó que le había enseñado a ir en bicicleta a los seis años de edad, como si aprender a montar en bicicleta hubiera sido el momento crucial de la vida de Kerry. Concluyó afirmando que el difunto ya se encontraba al lado de Jesús. Mi madre enrojeció al oírlo, y temí que pudiera levantarse y soltar algo inadecuado. Nosotros íbamos a la iglesia algunas veces, así que ella no tenía nada contra la religión, pero Kerry estaba totalmente en contra y mamá se mostraba ferozmente protectora con las personas que quería, hasta el punto de tomarse los insultos que les dirigían a ellos como algo personal. Sus amigos a veces la llamaban Mamá Osa. Prácticamente le salía humo por las orejas cuando terminó el oficio religioso con una entusiasta versión de *Wind Beneath My Wings*, de Bette Midler.

—Menos mal que Kerry está muerto, porque este funeral lo habría sacado de quicio —comentó Henry.

Al salir de la iglesia, decidimos prescindir del almuerzo formal con la familia y fuimos a un restaurante.

—¿Por qué *Wind Beneath My Wings*? —preguntó Adam, cogiéndome la mano distraídamente para soplarme en ella, que era lo que hacía para calentar mis dedos siempre fríos—. ¿Qué tiene de malo *Amazing Grace*? Sigue siendo lo tradicional...

—Pero no te hace vomitar —observó Henry—. O mejor aún, *Three Little Birds*, de Bob Marley. Ésa sí habría sido una canción digna de Kerry. Para brindar por el tipo cojonudo que fue.

—Este funeral no pretendía celebrar la vida de Kerry, sino repudiarla —gruñó mamá, dando un tirón a su pañuelo—. Ha sido como si volvieran a matarlo.

Papá posó una mano apaciguadora sobre el puño apretado de mamá.

—Vamos, vamos. Sólo era una canción.

—No era sólo una canción —espetó ella, apartándole la mano con brusquedad—. Era lo que representaba. Toda esa farsa que han montado. Tú deberías entenderlo mejor que nadie.

Él se encogió de hombros y sonrió con tristeza.

—Quizá sí. Pero no puedo enfadarme con su familia. Imagino que el funeral ha sido su forma de reclamar a su hijo como propio.

—Qué inocente eres —replicó mamá, implacable—. Si querían reclamar a su hijo, ¿por qué no respetaron la vida que eligió? ¿Cómo es que nunca fueron a visitarlo ni le apoyaron como músico?

—No sabemos qué pensaban de todo eso. No seamos tan duros juzgándolos. Ha de ser terrible enterrar a un hijo.

—No puedo creer que encima los disculpes —se soliviantó mamá.

—No es eso. Sólo creo que quizá has deducido demasiadas cosas de una simple elección musical.

—¡Y yo creo que tú confundes ser comprensivo con ser pusilánime!

La mueca de papá apenas fue visible, pero bastó para que Adam me apretara la mano y Henry y Willow intercambiaran una mirada. Henry intervino entonces, al rescate de papá.

—Para ti es diferente por los padres que tienes —señaló—. Quiero decir que también son tradicionales, pero siempre te han apoyado. E incluso en tu época más desbocada, siempre has sido un buen hijo y un buen padre. Nunca has faltado a las comidas familiares de los domingos, ¿no?

Mamá soltó una risotada, como si las palabras de Henry acabaran de demostrar sus argumentos. Todos nos volvimos hacia ella con expresión de censura, lo que apaciguó su indignación.

—Vale, me he dejado llevar por la emoción —dijo.

Papá pareció comprender que, por el momento, habría de conformarse con esa disculpa. Cogió la mano de mamá y esta vez ella no la retiró. Él hizo una pausa, titubeando antes de hablar.

—Los funerales son un poco como la propia muerte. Uno tiene sus deseos y sus planes, pero al final no puede controlarlos.

—Tonterías —se opuso Henry—. No tiene que ser así si das a conocer tus deseos a las personas adecuadas. —Se volvió hacia Willow y le habló al bulto de su vientre—. Así que atención, familia. En mi funeral está

prohibido vestir de negro. Y en cuanto a la música, quiero algo pop de la vieja escuela, como Mr. T Experience. —Miró a Willow—. ¿Entendido?

—Mr. T Experience. Tomo nota.

—Gracias. ¿Y tú qué, cariño? —preguntó él.

—Que sea *P.S. You Rock My World*, de los Eels —respondió Willow sin pensárselo dos veces—. Y quiero uno de esos funerales en los que te entierran bajo un árbol. Así la ceremonia se celebrará en plena naturaleza. Y quedan prohibidas las flores. A ver, regálame todas las peonías que quieras mientras esté viva, pero una vez muerta prefiero que hagas un donativo en mi nombre a alguna ONG como Médicos Sin Fronteras.

—Veo que has pensado en todos los detalles —comentó Adam—. ¿Es algo típico de las enfermeras?

Willow se encogió de hombros.

—Según Kim, significa que eres una persona profunda —intervine—. Dice que el mundo se divide entre las personas que imaginan su propio funeral y las que no, y que las inteligentes y de temperamento artístico pertenecen naturalmente a la primera categoría.

—Entonces, ¿en cuál estás tú? —preguntó Adam.

—Yo pediría el *Réquiem* de Mozart —contesté. Me volví hacia mis padres—. Tranquilos. No tengo tendencias suicidas ni nada por el estilo.

—Por favor —dijo mamá, animándose mientras removía el café—. Cuando era adolescente imaginaba mi funeral con todo lujo de detalles. El vago de mi padre y todos los amigos que habían sido injustos conmigo llorarían sobre mi ataúd, que sería rojo, claro, y sonaría música de James Taylor.

—Déjame adivinar —dijo Willow—. ¿La sensiblera *Fire and Rain*?

Mamá asintió y las dos se echaron a reír. Todos nos contagiarnos y a continuación nos desternillamos y se nos saltaron las lágrimas. Y de repente estábamos llorando, incluso yo, que tampoco conocía tanto a Kerry. Llorábamos y reíamos. Reíamos y llorábamos.

—Bueno, ¿y ahora qué? —preguntó Adam a mamá cuando nos serenamos—. ¿Aún sonará el señor Taylor?

Mamá parpadeó varias veces, que es lo que suele hacer cuando medita una respuesta. Luego alargó la mano para acariciarle la mejilla a papá, en una rara demostración de afecto en público.

—Mi ideal sería que el pusilánime de mi marido con su corazón de oro y yo muriéramos simultáneamente y sin dolor a la edad de noventa y dos años. No sé muy bien cómo. Quizá de safari por África, porque en el futuro seremos ricos. (¡Hey, es mi fantasía!). Y entonces nos contagiaremos de una enfermedad exótica y una noche nos iremos a dormir tranquilamente y ya no despertaremos. Y nada de James Taylor. Será Mia la que toque en nuestro funeral. Es decir, si la Filarmónica de Nueva York nos la presta.

Papá se equivocaba. Es cierto que no puedes controlar cómo será tu funeral, pero a veces puedes elegir tu muerte. Ahora pienso que el deseo de mamá se hizo realidad en parte: papá y ella murieron juntos, aunque yo no tocaré en su funeral. Es posible que su sepelio sea también el mío. Siento cierto consuelo al pensar que nos enterrarán a todos juntos, en familia, que nadie se quedará atrás. Dicho esto, tampoco pienso que a mamá no le gustaría. De hecho, a Mamá Osa la enfurecería mucho el modo en que se están desarrollando los acontecimientos.

2:48

He vuelto al punto de partida: a la UCI. Ha vuelto mi cuerpo, quiero decir, porque yo he estado sentada aquí todo el rato, demasiado cansada para moverme. Ojalá pudiera dormir. Ojalá hubiera una especie de anestesia para mí, o al menos algo que me permitiera desconectarme del mundo. Quiero estar como mi cuerpo, tranquila y sin vida, y que los demás hagan conmigo lo que quieran. No tengo fuerzas para tomar esta decisión. No quiero seguir así. Lo digo en voz alta: «No quiero seguir así». Paseo la mirada por la UCI, sintiéndome un poco ridícula. Los demás pacientes graves que hay aquí tampoco estarán muy contentos con su situación.

Mi cuerpo no ha estado fuera mucho rato. Apenas unas horas de operación y luego un rato más en la sala de recuperación. No sé qué ha ocurrido exactamente y, por primera vez, ni siquiera me importa. No debería importarme. Tampoco debería esforzarme tanto. Morir es fácil. Lo duro es vivir.

Han vuelto a conectarme al respirador, y una vez más me han tapado los ojos con esparadrapo. No lo entiendo. ¿Acaso temían los médicos que despertase en medio de la operación y me horrorizara al ver la sangre y los bisturíes? Como si esas cosas pudieran alterarme ya. Dos enfermeras, la que tengo asignada y Ramírez, se acercan y revisan mis monitores. Enumeran una retahíla de datos que ahora me resultan tan familiares como mi propio nombre: presión sanguínea, oximetría, respiraciones por minuto. La enfermera Ramírez parece una persona completamente distinta a la que llegó aquí ayer por la tarde. Se le ha ido todo el maquillaje y tiene el pelo lacio. Parece a punto de dormirse de pie. Seguro que su turno acabará pronto. La echaré de menos, pero me alegro de que pueda alejarse de mí, de este lugar. A mí también me gustaría hacerlo. Creo que lo haré. Creo que es sólo cuestión de tiempo, de averiguar cómo dejarse ir.

No hace ni quince minutos que estoy de vuelta en mi cama, cuando aparece Willow. Entra por la doble puerta automática y se acerca a la enfermera del puesto de control. No oigo lo que le dice, pero percibo su tono: educado, tranquilo, pero sin dejar margen para preguntas. Cuando se va unos minutos más tarde, advierto un cambio en el ambiente. Ahora es Willow la que está al mando. Al principio la enfermera gruñona parece cabreada, como si pensara: «¿Quién es ésa para mangonearme?». Pero luego parece resignarse y alza las manos en gesto de rendición. Ha sido una noche muy movida. El turno casi ha terminado. ¿Para qué preocuparse más? Pronto, tanto yo como mis ruidosos y agresivos visitantes pasaremos a ser un problema para otra persona.

Willow regresa cinco minutos más tarde, acompañada por los abuelos. Se ha pasado el día trabajando y ahora estará aquí toda la noche. Sé que no duerme demasiado ni siquiera en los días tranquilos. Mamá solía darle consejos para conseguir que el bebé durmiera toda la noche.

No estoy segura de quién tiene peor aspecto, si el abuelo o yo. Tiene las mejillas hundidas, la piel gris y apergaminada, y los ojos inyectados en sangre. La abuela, por el contrario, es la misma de siempre. No se ven en ella indicios de cansancio ni de llanto. Es como si el agotamiento no se atreviera a molestarla. Rápidamente se acerca a mi cama.

—Desde luego, hoy nos has tenido en vilo a todos —dice con tono dicharachero—. Tu madre siempre comentaba que eras una niña increíblemente buena y yo le decía: «Espera a que llegue a la pubertad y ya verás». Pero estaba equivocada. Siempre has sido igual de buena. Nunca ningún problema. Nunca motivos para temer nada, nunca grandes preocupaciones. Pero bueno, hoy te has resarcido bien, ya lo creo.

—Tranquila —dice el abuelo, poniéndole una mano en el hombro.

—Oh, sólo bromeo. Mia sabría apreciarlo. Tiene un gran sentido del humor, por sería que parezca a veces. Un malicioso sentido del humor —sonrió.

Acerca una silla a mi cama y empieza a peinarme con los dedos. Alguien me ha lavado el pelo con agua, y aunque no ha quedado del todo limpio, tampoco está pringoso de sangre. Me desenreda el flequillo, que me llega más o menos hasta la barbilla. Siempre ando cortándome el flequillo y luego dejo que vuelva a crecer. Es el cambio de *look* más radical que me permito. La abuela sigue desenredándolo todo, sacando el pelo de debajo de la almohada para cubrirme el pecho con él y ocultar parte de las vías y tubos que tengo conectados al cuerpo.

—Así mejor —dice—. ¿Sabes?, he salido a dar un paseo y a que no adivinas lo que he visto. Un piquituerto rojo. En Portland y en febrero, nada menos. Qué cosa tan rara. Creo que es Glo. Siempre te tuvo mucho cariño. Decía que le recordabas a tu padre, y a él lo adoraba. Cuando tu padre se hizo su primera cresta a lo mohicano, faltó poco para que Glo le organizara una fiesta. Le encantaba que fuera rebelde, distinto. La pobre no tenía ni idea de que él no podía verla ni en pintura. Una vez, cuando tu padre tenía cinco o seis años, vino a visitarnos luciendo un abrigo de visón apolillado. Fue antes de que se convirtiera en defensora de los derechos de los animales y se pusiera a estudiar cristales y todo eso. El abrigo olía fatal, a bolas de naftalina, como la ropa vieja que guardábamos en un baúl del desván, y a tu padre le dio por llamarla Tía Baúl. Ella no se enteró nunca. Pero se alegraba de que él se hubiera rebelado contra nosotros, o al menos eso creía ella, y luego le pareció muy bien que tú también te rebelaras, en tu caso con la música clásica.

Claro, por mucho que intenté explicarle que no era así, no me hizo caso. Tenía sus propias ideas; como todos, supongo.

La abuela sigue parloteando durante cinco minutos más, transmitiéndome noticias de diversa índole: Heather ha decidido que quiere ser bibliotecaria. Mi primo Matthew se ha comprado una moto y a mi tía Patricia no le hace ninguna gracia. La he oído otras veces hilvanando comentarios durante horas mientras prepara la comida o cuida de sus orquídeas. Y al escucharla ahora, me la imagino en su invernadero, donde incluso en invierno el ambiente es cálido y húmedo, y huele a tierra mojada con un levísimo toque de estiércol. Recolecta a mano excrementos de vaca, «croquetas de vaca», lo llama ella, y los mezcla con mantillo para fabricar su propio fertilizante. El abuelo opina que debería patentar la receta y venderla, porque lo utiliza con sus orquídeas y siempre gana premios con ellas.

Intento meditar al son de su voz, dejarme llevar por su alegre cháchara. A veces he estado a punto de quedarme dormida mientras la escuchaba, sentada en un taburete junto a la encimera de su cocina. ¿Podría hacer lo mismo ahora? Me iría muy bien dormir. Sería como un cálido manto negro que borraría todo lo demás. Dormir sin soñar. He oído hablar sobre el sueño de los muertos. ¿Será así la muerte? ¿Como el sueñecito más agradable, cálido y profundo del mundo, un sueño sin fin? En ese caso, no me importaría. Si morir es así, de verdad que no me preocuparía en absoluto.

Me sobresalto de pronto. El pánico destruye la calma que sentía escuchando a la abuela. Aún no tengo muy claros los detalles, pero sé que una vez me comprometa plenamente a marcharme, me iré. Y aún no estoy preparada. Todavía no. No sé por qué, pero todavía no. Y me da un poco de miedo que, si accidentalmente pienso que no me importaría sumirme en un sueño eterno, acabe ocurriendo y sea irreversible, igual que cuando mis abuelos me advertían que, si ponía caras raras cuando el reloj daba las doce del mediodía, me quedaría así para siempre.

Me pregunto si todos los moribundos tienen la oportunidad de decidir si se quedan o se van. No parece probable. Al fin y al cabo, el hospital está lleno de personas a las que inyectan sustancias químicas o someten a operaciones horribles para que puedan quedarse, pero algunas de ellas morirán de todas formas.

¿Lo decidieron mis padres? No creo que tuvieran tiempo para tomar una decisión tan trascendental, y me cuesta imaginar que lo hubieran hecho dejándome sola. ¿Y Teddy? ¿Quería él irse con papá y mamá? ¿Sabía que yo aún estaba aquí? Aunque lo supiera, no le recriminaría que hubiera elegido irse. Es pequeño. Seguramente estaba asustado. De pronto me lo imagino solo y, por primera vez en mi vida, espero que la abuela tenga razón sobre los ángeles. Rezo para que estuvieran todos demasiado ocupados consolando a Teddy para preocuparse por mí.

¿Por qué no puede alguien decidir por mí? ¿Por qué no puedo tener un representante para morir? O hacer como los equipos de béisbol cuando el partido está a punto de acabar y necesitan un bateador potente que consiga llevar a todos sus compañeros a la última base. ¿No podría tener un sustituto que bateara por mí y me llevara a la última base?

La abuela se ha ido. Willow se ha ido. En la UCI reina la calma. Cierro los ojos. Cuando vuelvo a abrirlos, el abuelo está a mi lado. Lloro sin moverse, pero las lágrimas le resbalan a mares y le mojan la cara. Jamás había visto a nadie llorar así, en silencio pero a borbotones, como si detrás de los ojos tuviese un grifo abierto misteriosamente. Las lágrimas van cayendo sobre mi colcha y mi pelo recién peinado. *Plin. Plin. Plin.*

El abuelo no se seca la cara ni se suena la nariz. Deja que las lágrimas caigan sin más. Y cuando la fuente de su dolor se seca momentáneamente, se inclina y me besa en la frente. Luego se encamina hacia la puerta, pero de pronto vuelve rápidamente a mi lado, agacha la cabeza al nivel de mi oreja y susurra:

—Tranquila. Si quieres irte, no pasa nada. Todo el mundo quiere que te quedes. Y yo, más de lo que he deseado ninguna otra cosa en mi vida. — Se le quiebra la voz por la emoción. Carraspea, respira hondo y continua—. Pero ése es mi deseo, y comprendo que quizá tú tengas tus motivos para querer otra cosa. Entenderé que decidas irte. No pasa nada si tienes que dejarnos y decides dejar de luchar. No te preocupes por nosotros.

Por primera vez desde que he comprendido que Teddy ha muerto, me siento liberada. Siento que puedo respirar. Sé que el abuelo no puede ser ese sustituto que esperaba. No me desconectará el respirador ni me dará una sobredosis de morfina, ni nada por el estilo. Pero es la primera vez que alguien reconoce lo mucho que he perdido. Sé que la asistente social les avisó que no debían alterarme, pero las palabras del abuelo reconociendo mi pérdida, el hecho de que me haya dado permiso para marcharme... es como un regalo.

Ahora no se va. Vuelve a dejarse caer en la silla. El silencio es absoluto. Tan absoluto que casi se pueden oír los sueños de los demás. Tan absoluto que casi se me puede oír decirle al abuelo: «Gracias».

Cuando mamá tuvo a Teddy, papá aún tocaba la batería en su banda de la facultad. Habían sacado un par de discos y habían salido de gira todos los veranos. No era una banda descollante, pero tenían sus seguidores en el noroeste y en varias ciudades universitarias, desde aquí hasta Chicago. Y, extrañamente, también tenían un grupo de fans en Japón. Recibían asiduas cartas de adolescentes japoneses que les rogaban que fueran a tocar a su país, ofreciéndoles sus casas para dormir. Papá siempre decía que, si se decidían a ir, también nos llevaría

a mamá y a mí. Y nosotras incluso aprendimos unas cuantas palabras en japonés por si acaso. *Konichiwa. Arigato* . Pero al final no resultó.

Cuando mamá anunció que estaba embarazada de Teddy, el primer indicio de que se avecinaba un cambio fue cuando papá accedió por fin a sacarse el carnet de conducir. A la edad de treinta y tres años. Intentó que mamá le enseñara, pero al parecer ella no tenía paciencia. Mamá alegó que él era demasiado sensible a las críticas. Así que el abuelo se lo llevó por solitarias carreteras rurales en su camioneta, igual que había hecho con el resto de sus hijos, salvo que todos ellos aprendieron a conducir a los dieciséis.

A continuación vino el cambio de vestuario, que no fue algo perceptible de inmediato. No es que fuera un día y se quitara los tejanos negros ajustados y las camisetas de bandas de rock para ponerse un traje. Fue algo más sutil. Empezó tirando las camisetas por la ventana para sustituirlas por camisas floreadas de los años cincuenta que encontraba en las tiendas de beneficencia, hasta que empezaron a ponerse de moda y tuvo que comprarlas en la tienda de ropa *vintage* , mucho más cara. Luego tiró los tejanos a la basura, salvo unos Levi's impecables azul oscuro, que él mismo planchaba para ponérselos los fines de semana. El resto de días solía llevar pantalones de corte clásico. No obstante, hasta unas semanas después de que naciera Teddy no comprendimos que se estaba produciendo toda una transformación. En ese momento papá renunció a su chaqueta de cuero, su preciada cazadora de motorista con cinturón de piel de leopardo.

—¡Tío!, ¡no lo dirás en serio! —exclamó Henry cuando papá se la regaló—. La llevas desde que eras un crío. Incluso huele como tú.

Papá se encogió de hombros, zanjando la cuestión. Y fue a coger en brazos a Teddy, que berreaba en su moisés.

Unos meses más tarde, papá anunció que dejaba la banda. Mamá le pidió que no lo hiciera por ella. Le dijo que podía seguir tocando mientras no se fuera de gira, dejándola sola con los dos niños. Papá le aseguró que no debía preocuparse, que no lo hacía por ella.

Los demás miembros de la banda aceptaron su decisión sin traumas, pero su amigo Henry se lo tomó muy mal. Trató de disuadirlo. Le prometió que sólo tocarían en la ciudad, que no saldrían nunca de gira, que nunca pasarían la noche fuera.

—Incluso podemos empezar a tocar con traje. Seremos como el Rat Pack. Cantaremos temas de Sinatra. Vamos, tío —insistió.

Papá se negó a reconsiderar su decisión y tuvo una gran trifulca con Henry, que estaba furioso porque dejara la banda de forma unilateral, sobre todo cuando mamá le había dicho que podía seguir tocando. Papá dijo que lo lamentaba, pero que la decisión era suya. Había presentado

ya solicitud para ingresar en la facultad. Quería ser profesor y dejar de perder el tiempo.

—Algún día lo entenderás —le aseguró.

—Y una puta mierda.

Henry estuvo varios meses sin hablarle. Willow se pasaba por casa de vez en cuando para intentar que fumaran la pipa de la paz. A papá le explicaba que Henry tenía que asimilarlo. «Dale tiempo», le pedía, y papá fingía no sentirse dolido. Luego mamá y Willow se iban a la cocina a tomar café e intercambiaban miraditas de complicidad que parecían decir: «Son como niños».

Al final, Henry volvió a aparecer, pero no pidió perdón a papá, al menos de momento. Unos años más tarde, poco después de que naciera su hija, llamó a casa una noche y, entre sollozos, le dijo a papá: «Ahora lo entiendo».

Por extraño que parezca, en cierto sentido al abuelo le disgustó tanto la metamorfosis de papá como a Henry. Cualquiera habría creído que le encantaría la nueva imagen de su hijo. Exteriormente, la abuela y él parecen anclados en el pasado, muy tradicionales. No tienen ordenador ni televisión por cable, nunca dicen palabrotas, y se comportan de ese modo tan característico que te hace ser educado con ellos. Mamá, que soltaba tacos como un carretero, no soltaba ni uno delante de los abuelos. Era como si nadie quisiera decepcionarlos.

A la abuela le hizo gracia la transformación estilística de mi padre.

—De haber sabido que toda esa ropa se pondría de moda otra vez, habría guardado los trajes viejos del abuelo —comentó un domingo por la tarde, cuando fuimos a comer y papá se quitó la trinchera y dejó al descubierto sus pantalones de gabardina y un cárdigan estilo años cincuenta.

—No es que esté de moda. Es el punk lo que se ha puesto de moda, así que ésta es la manera que tiene tu hijo de volver a rebelarse —explicó mamá con una sonrisa de suficiencia—. ¿De quién es el papá rebelde? ¿Es rebelde tu papi? —preguntó a Teddy con voz infantil, y mi hermano gorjeó de deleite.

—Bueno, desde luego no puede negarse que se le ve más pulcro —señaló la abuela—. ¿No crees? —preguntó, volviéndose hacia el abuelo.

Él se encogió de hombros.

—A mí siempre me parece bien. Igual que todos mis hijos y nietos —replicó, pero parecía apenado.

Esa misma tarde salí con el abuelo para ayudarlo a llevar leña. Tenía que partir unos cuantos troncos, así que lo observé mientras él atacaba con el hacha un puñado de leños de aliso.

—Abuelo, ¿no te gusta la ropa nueva de papá? —pregunté.

El hacha se detuvo en el aire. Luego la depositó suavemente junto al banco en que yo estaba sentada.

—Qué va, me parece bien —contestó.

—Pero parecías muy triste antes, cuando la abuela hablaba de eso.

Él meneó la cabeza.

—No se te escapa una, ¿eh? Ni siquiera con diez años.

—Es difícil que se me escape. Cuando estás triste, pones cara de triste.

—No estoy triste. Tu padre parece feliz y creo que será un buen profesor. Los chavales que lean *El gran Gatsby* con él serán muy afortunados. Es sólo que echaré de menos la música.

—¿La música? Pero si tú no vas a sus conciertos.

—Tengo mal el oído. Desde la guerra. El ruido me hace daño.

—Deberías ir y usar auriculares. Mamá me obliga a llevarlos. Los tapones siempre se caen.

—Quizá lo pruebe. No obstante, siempre he escuchado la música de tu padre, aunque a un volumen bajo. Lo admito, no me gusta mucho la guitarra eléctrica. No es mi estilo. Pero admiro su música, especialmente las letras. Cuando él tenía tu edad más o menos, venía y me contaba unas historias maravillosas. Se sentaba en su pequeña mesa y las escribía. Luego se las daba a la abuela para que se las pasara a máquina y después las ilustraba con dibujos. Eran historias divertidas sobre animales, pero reales e ingeniosas. Siempre me recordaban ese libro sobre la araña y el cerdo... ¿Cómo se llama?

—¿*La telaraña de Carlota* ?

—Ése. Siempre pensé que tu padre sería escritor. Y en cierto sentido siempre he tenido la sensación de que lo era. La letra que le pone a su música es poesía. ¿Escuchas alguna vez con atención lo que dice?

Negué con la cabeza, repentinamente avergonzada. Ni siquiera me había dado cuenta de que papá escribía la letra de las canciones. Él no cantaba, así que yo había supuesto que la letra la escribía el vocalista.

Sin embargo, le había visto en la mesa de la cocina con la guitarra y un cuaderno cientos de veces. Simplemente, nunca lo había relacionado.

Aquella noche, cuando volvimos a casa, me metí en mi cuarto con algunos discos de papá y el reproductor portátil. Miré los créditos para ver qué canciones había compuesto papá, y luego transcribí todas las letras minuciosamente. Sólo cuando las vi garabateadas en mi cuaderno de Ciencias comprendí lo que me había dicho el abuelo: las letras de papá no sólo eran versos, sino algo más. Había una canción en particular, titulada *Esperando la venganza*, que escuché una y otra vez hasta memorizarla. Estaba en el segundo álbum y fue la única balada que tocó el grupo; sonaba casi *country*, seguramente por el breve entusiasmo que despertó en Henry el hillbilly punk. Después de escucharla tantas veces, empecé a canturrearla por lo bajo sin darme cuenta.

Bueno, ¿esto qué es?

¿A qué hemos llegado?

Y ¿qué voy a hacer después?

Donde antes tus ojos tenían luz

ahora ya no hay nada.

Pero eso fue hace mucho tiempo,

eso fue anoche.

Bueno, ¿eso qué ha sido?

¿Qué es ese ruido que oigo?

Es sólo mi vida

que pasa silbando junto a mi oído.

Y cuando echo la vista atrás

todo parece más pequeño que la vida.

Igual que desde hace mucho tiempo,

desde anoche.

Ahora me voy.

Me iré de un momento a otro.

Creo que te darás cuenta,
creo que te preguntarás qué ha fallado.

No es que yo lo elija,
pero ya no me quedan fuerzas para luchar.

Lo decidí hace mucho tiempo.

Lo decidí anoche.

—¿Qué estás cantando, Mia? —me preguntó papá, un día que me pilló dándole la serenata a Teddy mientras lo paseaba por la cocina en su sillita, en un vano intento por conseguir que durmiera la siesta.

—Tu canción —contesté con timidez, sintiéndome de pronto como si hubiera entrado ilegalmente en territorio privado de mi padre. ¿Estaba mal cantar las canciones de otra persona sin su permiso?

Pero papá parecía complacido.

—Mi Mia le está cantando *Esperando la venganza* a mi Teddy. ¿Qué te parece? —Se inclinó para revolverme el pelo y pellizcarle un moflete a Teddy—. Bueno, pues no lo dejes por mi culpa. Sigue, sigue. Yo me ocuparé de esto —dijo, haciéndose cargo de la sillita.

Me dio vergüenza cantar delante de él, así que balbuceé la canción apenas, pero papá se unió a mí y cantamos a dúo en voz baja hasta que Teddy se quedó dormido. Luego él se llevó un dedo a los labios y me indicó que lo acompañara a la sala de estar.

—¿Una partida de ajedrez? —me preguntó. Llevaba tiempo queriendo enseñarme, pero a mí me parecía demasiado complicado para lo que se suponía que era un juego.

—¿Y por qué no mejor de damas? —sugerí.

—Hecho.

Jugamos en silencio. Cuando le tocaba mover, le miraba de reojo la camisa, tratando de recordar la imagen del tipo con el pelo oxigenado y la chaqueta de cuero.

—¿Papá?

—Hum.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Siempre.

—¿No te da pena no tocar más con el grupo?

—Nanay —contestó.

—¿Ni siquiera un poco?

Sus ojos grises se encontraron con los míos.

—¿A qué viene eso?

—Hablé con el abuelo.

—Ah, ya veo.

—¿Se nota?

Asintió.

—El abuelo cree que de alguna manera me ha presionado para que cambiara de vida.

—Bueno, ¿y es cierto?

—Supongo que indirectamente sí. Siendo como es, enseñándome lo que es un padre.

—Pero tú eras buen padre cuanto tocabas en el grupo. El mejor padre. Yo no quiero que renuncies por mí —dije, sintiendo de pronto que me atragantaba—. Y tampoco Teddy lo querría.

Él sonrió y me dio unas palmaditas en la mano.

—No he renunciado a nada. No se trata de elegir una cosa u otra. La enseñanza o la música. Tejanos o traje. La música siempre formará parte de mi vida.

—Pero ¡has dejado la banda! ¡Has renunciado a vestirme de punki!

Papá suspiró.

—No ha sido difícil. Esa parte de mi vida había terminado ya. Ni siquiera tuve que pensármelo mucho, a pesar de lo que puedan creer el abuelo o Henry. A veces hay que elegir en la vida, y a veces la vida te elige a ti. ¿Lo entiendes?

Pensé en el chelo, en que a veces no entendía por qué me había sentido atraída por él, en que algunos días tenía la impresión de que el

instrumento me había elegido a mí. Asentí, sonreí y volví a centrarme en la partida.

—A ver si me ganas —lo desafié.

No puedo dejar de pensar en *Esperando la venganza*. Hace años que no la oigo ni pienso en ella, pero después de que el abuelo se fuera, la he estado cantando para mis adentros una y otra vez. Papá escribió la letra hace siglos, pero ahora tengo la sensación de que fue ayer mismo. Como si lo hubiera hecho en el lugar donde esté. Como si en ella hubiera un mensaje secreto para mí. ¿Cómo, si no, explicar esos versos? «No es que yo lo elija, pero ya no me quedan fuerzas para luchar».

¿Qué significa? ¿Son una especie de instrucciones? ¿Una pista sobre lo que decidirían mis padres por mí si pudieran? Intento pensarlo desde su punto de vista. Sé que ellos querrían estar conmigo, que todos volviéramos a estar juntos al final. Pero ¿cómo saber si eso ocurre realmente cuando la gente se muere? Y si ocurre, dará igual que muera hoy o dentro de setenta años. ¿Qué desearían para mí ahora? Y al punto veo la expresión cabreada de mamá. Se pondría furiosa conmigo por haber pensado siquiera en cualquier otra posibilidad que no sea quedarme. Pero papá, él comprendería lo que es que las fuerzas te abandonen. Quizá entendería, igual que el abuelo, por qué no creo que pueda quedarme.

Canto la canción, como si en su letra hubiera instrucciones ocultas, un mapa musical de carreteras que señalara el lugar al que debería ir y cómo llegar hasta allí.

Estoy tan concentrada cantando y pensando que apenas me doy cuenta de que Willow ha regresado a la UCI, apenas me percató de que está hablando con la enfermera gruñona, apenas reconozco su tono inflexible.

De haber prestado atención, tal vez habría advertido que está presionando para conseguir que Adam me visite. De haber prestado atención, quizá habría conseguido irme de alguna manera antes de que Willow tuviera éxito, como siempre.

Ahora ya no quiero ver a Adam. Es decir, claro que quiero, me muero de ganas de verlo. Pero si lo veo perderé el último atisbo de paz que me ha dado el abuelo con sus palabras. He de armarme de valor para hacer lo que tengo que hacer. Y Adam lo complicaría todo. Trato de levantarme para irme, pero desde que han vuelto a operarme ya no me quedan fuerzas. Lo único que consigo con esfuerzo es permanecer sentada en la silla. No puedo huir, sólo ocultarme. Doblo las piernas para subir las rodillas hasta el pecho y cierro los ojos.

Oigo a la enfermera Ramírez hablando con Willow.

—Yo lo traeré —dice, y por una vez la gruñona no le ordena que vuelva con sus pacientes.

—Ha sido una estupidez lo que habéis hecho antes —oigo que le dice a Adam.

—Lo sé —responde él con un susurro ronco, igual que después de un concierto de mucho gritar—. Estaba desesperado.

—No; estabas romántico —replica ella.

—He sido un idiota. Habían dicho que mejoraba, que le habían desconectado el respirador, que empezaba a recobrar las fuerzas. Pero con mi presencia sólo logré que empeorara. Dicen que el corazón se le paró en la mesa de operaciones...

—Y la reanimaron. Tenía el intestino perforado y segregaba bilis en el abdomen, y eso hacía que sus órganos no funcionaran correctamente. Ocurre muchas veces, y no ha tenido nada que ver contigo. Hemos localizado el problema y ya está solucionado, y eso es lo que importa.

—Pero estaba mejor —susurra Adam. Parece muy joven y vulnerable, igual que Teddy cuando tenía una gripe estomacal—. Y entonces aparecí yo y casi se muere. —La voz se le quiebra en un sollozo.

Eso me espabila como si me hubieran arrojado un cubo de agua fría. ¿Adam cree que tiene la culpa de mi estado? ¡No! Eso es absurdo. Está muy equivocado.

—Y yo casi me quedo en Puerto Rico para casarme con un gordo cabrón —replica la enfermera—. Pero no lo hice. Y ahora tengo una vida distinta. «Casi» no significa nada. Tienes que pensar en cuál es su situación ahora, y ahora está aquí. —Y aparta la cortina que rodea mi cama—. Ven.

Hago un esfuerzo por levantar la cabeza y abrir los ojos. Adam. Dios mío, incluso ahora está guapísimo. Tiene los párpados caídos por la fatiga. Le ha crecido la barba lo bastante para que, si nos diéramos un morreo, me rascara la barbilla. Lleva su uniforme de camiseta, pantalones pitillo y Converse, y el pañuelo de cuadros del abuelo sobre los hombros.

Al verme, palidece, como si yo fuera un horrible monstruo de la Laguna Negra. Tengo un aspecto horroroso, conectada al respirador y una docena de tubos, y con el vendaje ensangrentado tras la última operación. Pero al cabo de unos instantes, Adam suspira sonoramente y vuelve a ser el de siempre. Mira a un lado y otro como si se le hubiera caído algo, hasta que encuentra lo que busca: mi mano.

—Joder, Mia, tienes las manos heladas. —Se sienta en cuclillas, me coge la mano con cuidado de no mover los cables y tubos, y acerca la boca para soplar en ella—. Tú y tus incorregibles manos. —Siempre le asombra que, incluso en pleno verano, incluso después del más sudoroso encuentro, tenga las manos frías. Yo le digo que es mala circulación, pero él no se lo cree, porque suelo tener los pies calientes. Dice que tengo manos biónicas y que por eso toco tan bien el chelo.

Lo observo mientras me las calienta, como ha hecho antes miles de veces. Recuerdo la primera vez, en el instituto, sentados en el césped, como si fuera la cosa más natural del mundo. Y la primera vez que lo hizo delante de mis padres. Estábamos todos sentados en el porche en Nochebuena, bebiendo sidra. Hacía un frío que pelaba. Adam me cogió las manos y sopló en ellas. Teddy soltó una risita. Mis padres no dijeron nada, sólo intercambiaron una rápida mirada de connivencia, y luego mamá nos sonrió con gesto compungido.

Me pregunto si, haciendo un esfuerzo, conseguiría notar el contacto de su mano. Si me tumbara encima de mi cuerpo en la cama, ¿volveríamos a ser una sola cosa? ¿Lo notaría a él entonces? Y si alargara mi mano fantasmal para tocarlo, ¿lo notaría él? ¿Me calentaría las manos que no puede ver?

Adam me suelta y se acerca más para mirarme. Está tan cerca que casi puedo olerlo y me abruma el deseo de tocarlo. Es una necesidad básica, primitiva, tan acuciante como la de un bebé respecto al pecho de su madre. Sin embargo, si nos tocáramos se iniciaría un nuevo tira y afloja, más doloroso incluso que el tira y afloja silencioso que iniciamos hace unos meses.

Adam masculla algo en voz baja. Repite una y otra vez: «Por favor, por favor, por favor, por favor, por favor, por favor». Por fin se detiene y me mira.

—Por favor, Mia —implora—. No me hagas escribir una canción.

Jamás había imaginado que me enamoraría así. Nunca fui de las que se pirran por las estrellas del rock o que fantasean con casarse con Brad Pitt. Imaginaba vagamente que algún día saldría con chicos (en la universidad, si las predicciones de Kim eran buenas), y que luego me casaría. No era totalmente inmune a los encantos del sexo opuesto, pero no era una de esas chicas romanticonas y bobas que se pasan el día entre nubes rosas soñando con enamorarse.

Ni siquiera mientras me enamoraba —con este amor intenso, desbocado y absorbente— era consciente de lo que me estaba pasando en realidad. Cuando estaba con Adam, al menos después de aquellas primeras semanas incómodas, me sentía tan bien que no me molestaba en pensar en lo que me sucedía, en lo que nos sucedía a los dos. Sencillamente parecía algo de lo más normal, como meterse en un baño caliente de espuma. Eso no significa que no nos peleáramos. Discutíamos por

montones de cosas: porque él no era más amable con Kim, porque yo no era sociable en los conciertos, por lo rápido que él conducía, porque yo acaparaba las mantas. También le reprochaba que nunca escribiera canciones sobre mí. Él se excusaba con que no se le daban bien las tonadillas ñoñas de amor: «Si quieres una canción, tendrás que ponerme los cuernos o algo así», decía, sabiendo que jamás iba a ocurrir.

Sin embargo, este pasado otoño empezamos a pelearnos por algo distinto. Bueno, en realidad no fue una pelea. No gritamos. Ni siquiera discutimos apenas. Pero cierta tensión se instaló sutilmente en nuestras vidas. Todo pareció empezar con la audición en Juilliard.

—¿Y bien? ¿Los has dejado boquiabiertos? —me preguntó cuando volví—. ¿Van a darte una beca?

Yo tenía el presentimiento de que, cuando menos, iban a aceptarme. Antes incluso de contarle a la profesora Christie que uno de los examinadores había comentado: «Hace mucho tiempo que no tenemos a una joven campesina de Oregón por aquí»; antes incluso de que ella se pusiera a hiperventilar, convencida de que eso era una promesa tácita de admisión. Algo había ocurrido durante la audición: superé una barrera invisible y finalmente logré tocar las piezas tal como las oía en mi cabeza, con un resultado que trascendía lo mental, lo físico, lo técnico y lo emocional, para fundirse en una sola cosa. Durante el viaje de vuelta, además, cuando el abuelo y yo nos acercábamos a la frontera entre California y Oregón, tuve una súbita visión de mí misma arrastrando el chelo por las calles de Nueva York. Y fue como si supiera que iba a ocurrir. Esa certeza se instaló en mí como un cálido secreto. No soy una persona dada a creer en premoniciones y tampoco tengo una confianza ilimitada en mí misma, así que me pareció que aquella visión era algo más que un simple deseo.

—Lo he hecho bien —contesté y, tal como lo decía, comprendí que le estaba mintiendo por primera vez, y de que se trataba de algo distinto a mentir por omisión, como había hecho hasta entonces.

En primer lugar, no le había contado que había presentado una solicitud para ingresar en Juilliard, lo que me costó más de lo que pueda parecer. Antes de enviar la grabación, tuve que practicar muchísimo con la profesora para perfeccionar el concierto de Shostakóvich y las dos *suites* de Bach. Cuando Adam me preguntaba por qué tenía tanto trabajo, le daba excusas vagas y decía que estaba aprendiendo unas piezas especialmente difíciles. Lo justificaba diciéndome que técnicamente era verdad. Y luego la profesora lo dispuso todo para que pudiera grabar en la universidad, a fin de que el CD que enviara a Juilliard tuviera más calidad. Tuve que ir al estudio de grabación a las siete de la mañana un domingo, y la noche anterior fingí encontrarme mal y le dije a Adam que era mejor que no se quedara a dormir. También para eso tenía justificación. Realmente no me encontraba muy bien porque estaba muy nerviosa. Así que no era del todo una mentira. Y

además, pensé, no había por qué concederle mayor importancia, ya que tampoco se lo había contado a Kim, así que no era nada especial.

Pero después de decirle que la audición me había salido bien, tuve la sensación de estar metiéndome en arenas movedizas y que, si daba un paso más, no podría salir y seguiría hundiéndome hasta ahogarme. Así que respiré hondo y volví a terreno firme.

—Bueno, no es del todo verdad —aclaré—. Lo hice más que bien. Toqué mejor que en toda mi vida, como si estuviera poseída.

Su primera reacción fue una sonrisa orgullosa.

—Ya me hubiera gustado verlo. —Pero su mirada se ensombreció y sus labios se fruncieron—. ¿Por qué no me lo dijiste enseguida? —preguntó—. ¿Por qué no me llamaste después de la audición para contármelo y alardear un poco?

—No lo sé.

—Bueno, pues es una gran noticia —declaró él, en un intento de disimular que se sentía dolido—. Deberíamos celebrarlo.

—Vale, vamos a celebrarlo —asentí con alegría forzada—. Podemos ir a Portland Saturday. O a los Jardines Japoneses y cenar en el Beau Thai.

Adam torció el gesto.

—Imposible. Este fin de semana tocamos en Olympia y Seattle. Unos bolos, ¿recuerdas? Me gustaría que vinieras, pero no sé si eso será una celebración para ti. Volveré el domingo por la tarde. Podemos encontrarnos en Portland Saturday por la noche, si quieres.

—No puedo. Tengo que tocar con otros alumnos en casa de un profesor. ¿Y el fin de semana que viene?

Me miró con expresión afligida.

—Estaremos grabando los dos próximos fines de semana, pero podemos ir a algún sitio entre semana. Por aquí. ¿Al restaurante mexicano?

—Claro. Al restaurante mexicano —acepté.

Dos minutos antes ni siquiera quería celebrar nada, pero en ese momento me sentía deprimida y ofendida por haber sido relegada a una cena entre semana en el restaurante de siempre.

Cuando Adam se graduó en el instituto la primavera anterior y abandonó la casa paterna para instalarse en la Casa del Rock, yo no esperaba que cambiaran mucho las cosas, porque seguiría viviendo cerca. Seguiríamos viéndonos a menudo. Echaría de menos nuestras

pequeñas sesiones en la sala de música, pero también sería un alivio que nuestra relación dejara de estar bajo el microscopio del instituto.

Sin embargo, las cosas cambiaron cuando se mudó y empezó a ir a la universidad, aunque no por las razones que yo había imaginado. A principios del otoño, justo cuando ya comenzaba a acostumbrarse a la vida universitaria, los Shooting Star recibieron un gran impulso en su carrera. Un sello discográfico de tamaño medio de Seattle les ofreció un contrato, y ahora estaban grabando en el estudio. También tenían que actuar en más conciertos, para públicos cada vez más numerosos, y casi todos los fines de semana. Tenían tanto trabajo que Adam había dejado la mitad de las asignaturas y sólo asistía a clase a tiempo parcial, y si las cosas seguían marchando a ese ritmo, estaba pensando en dejar los estudios. «No hay segundas oportunidades», alegó.

Yo me alegraba sinceramente por él. Sabía que los Shooting Star eran algo especial y no un grupo más de universitarios. No me habían importado las ausencias cada vez más frecuentes de mi novio, sobre todo porque me había dejado muy claro que a él sí le importaban. Sin embargo, la perspectiva de que yo ingresara en Juilliard hizo que todo cambiara, que empezara a importarme. Y no tenía ningún sentido, porque en todo caso no habría hecho más que igualar la situación, ya que a mí también me estaba ocurriendo algo emocionante.

—Iremos a Portland dentro de unas semanas, ¿de acuerdo? —propuso—. Cuando enciendan las luces de Navidad.

—Vale —acepté con hosquedad.

Adam suspiró.

—Todo se está complicando, ¿verdad?

—Sí. Tenemos una agenda muy apretada.

—No me refería a eso —dijo, y me tomó la cara para que lo mirara a los ojos.

—Ya lo sé —repliqué, pero entonces se me hizo un nudo en la garganta y no pude seguir hablando.

Tratamos de aliviar la tensión, de hablar de ello sin hablar de ello en realidad, tomándolo a la ligera.

—¿Sabes?, he leído en *US News and World Report* que la Universidad de Willamette tiene un buen programa musical —me dijo—. Está en Salem, y según parece el lugar se está poniendo de moda.

—¿Quién lo dice? ¿El rector?

—Liz encontró cosas interesantes en una tienda de ropa *vintage* de allí. Y ya sabes que, en cuanto empiezan a abrir tiendas *vintage*, los fans de la música alternativa no tardan en llegar.

—Olvidas que no soy una fan de la música alternativa —le recordé—. A propósito, creo que quizá los Shooting Star deberían mudarse a Nueva York, porque allí está el corazón de la música punk. Los Ramones. Blondie. —Mi tono era superficial e insinuante, una actuación digna de un Oscar.

—Eso fue hace treinta años. Y aunque quisiera irme a Nueva York, el resto del grupo se negaría. —Se miró los zapatos con pesar y comprendí que la parte bromista de la conversación había terminado. Me dio un vuelco el estómago, como aperitivo del amargo plato que, me temía, muy pronto iban a servirme.

Nunca habíamos sido de la clase de parejas que hablan del futuro, del rumbo que lleva su relación, pero cuando de repente todo se lió tanto, evitamos hablar de cualquier cosa que pudiera ocurrir más allá de unas pocas semanas, y eso hizo que las conversaciones se volvieran tan tensas e incómodas como al principio de salir juntos, cuando aún no habíamos encontrado nuestro ritmo. Un tarde de otoño, vi un bonito vestido de seda estilo años treinta en la tienda *vintage* donde papá se compraba la ropa, y estuve a punto de señalárselo a Adam y preguntarle si le parecía adecuado para el baile de graduación, pero resultaba que el baile era en junio y quizá él estuviera de gira para entonces, o quizá yo anduviera muy ocupada preparando mi ingreso en Juilliard, así que me callé. Poco después, Adam se quejaba del estado decrepito de su guitarra y decía que quería comprarse una Gibson SG *vintage*, y yo me ofrecí a regalársela por su cumpleaños. Pero él dijo que esas guitarras costaban miles de dólares, y que además su cumpleaños no era hasta septiembre, y pronunció «septiembre» como un juez que dictara sentencia.

Hace unas semanas acudimos a una fiesta de fin de año. Adam se emborrachó y, al llegar la medianoche, me besó con ardor.

—Prométemelo. Prométeme que pasarás conmigo la Nochevieja del año que viene —me susurró al oído.

Quise explicarle que, aunque fuera a Juilliard, volvería a casa por Navidad y Año Nuevo, pero comprendí que no se refería a eso. Así que se lo prometí, porque tenía tantas ganas como él de que fuera cierto. Y le besé también con tanto fervor como si tratara de fundir nuestros cuerpos a través de los labios.

Volví a casa por la mañana y encontré a mi familia reunida con Henry, Willow y el bebé. Papá estaba preparando el desayuno: revuelto de salmón ahumado con verduras, su especialidad.

Henry meneó la cabeza al verme.

—Fijaos en los chicos de hoy en día. Parece que fue ayer cuando volver a casa tambaleándose a las ocho de la mañana parecía lo normal. Y ahora mataría por poder dormir hasta las ocho.

—Yo ni siquiera conseguí quedarme despierta hasta las doce —admitió Willow, meciendo al bebé en el regazo—. Y menos mal, porque esta señorita ha decidido empezar el Año Nuevo a las cinco y media de la mañana.

—¡Yo aguanté despierto hasta las doce! —chilló Teddy—. Vi cómo caía la bola en la tele a medianoche. Es en Nueva York, ¿sabes? Si te vas a vivir allí, ¿me llevarás a ver cómo cae?

—Claro, Teddy —contesté fingiendo entusiasmo. La idea de vivir en Nueva York parecía cada vez más real, y aunque solía sentirme nerviosa e ilusionada, por muy contradictorios que fueran mis pensamientos, la imagen de Teddy y de mí juntos en la fiesta de Nochevieja hizo que me sintiera indescriptiblemente sola.

Mamá me miró arqueando las cejas.

—Es Año Nuevo, así que no voy a echarte la bronca por llegar a estas horas, pero si lo que tienes es resaca, estás castigada.

—No, no lo es. Sólo tomé una cerveza. Es que estoy cansada.

—¿Sólo cansada? ¿Seguro? —Me agarró por la muñeca y me volvió hacia ella. Cuando vio mi expresión de congoja, ladeó la cabeza como preguntándome si me encontraba bien.

Me encogí de hombros y me mordí el labio. Mamá asintió. Me tendió una taza de café y me condujo a la mesa. Me sirvió un plato de revuelto de salmón y una gruesa rebanada de pan sin levadura, y aunque yo no creía tener hambre, se me hizo la boca agua y me crujió el estómago, y de repente sentí un apetito voraz. Comí en silencio, mientras ella no dejaba de observarme. Cuando todo el mundo terminó, mamá los envió a la sala para que vieran el Desfile del Torneo de las Rosas de cada Año Nuevo en la televisión.

—Todo el mundo fuera —ordenó—. Mia y yo nos ocuparemos de fregar los platos.

Cuando hubieron salido, se volvió hacia mí y yo me desplomé contra ella, llorando y dando rienda suelta a toda la tensión e incertidumbre de las últimas semanas. Ella permaneció de pie en silencio, dejando que le humedeciera el suéter. Cuando se me terminaron las lágrimas, me tendió el estropajo.

—Tú friegas y yo seco. Y hablaremos. Siempre lo encuentro muy relajante. Ya sabes, el agua caliente, el jabón.

Cogió el paño para secar y pusimos manos a la obra. Y entonces le hablé de Adam y de mí.

—Es como si hubiéramos vivido un año y medio perfecto —dije—. Tan perfecto que ni siquiera pensé en el futuro. En que nos llevaría en direcciones opuestas.

La sonrisa de mamá era triste y comprensiva a la vez.

—Yo sí lo pensé.

Me volví hacia ella. Miraba por la ventana, observando un par de gorriones que jugueteaban en un charco.

—Recuerdo el año pasado, cuando Adam vino a casa en Nochebuena. Ya entonces le dije a tu padre que te habías enamorado demasiado pronto.

—Lo sé, lo sé. ¿Qué sabe una adolescente tonta sobre el amor?

Mamá dejó de secar una sartén.

—No es eso, sino todo lo contrario. Lo tuyo con Adam nunca me pareció el típico rollete de instituto —explicó—. Nada que ver con el rollo de beber y darse el lote en el Chevy de algún tío, que era lo que pasaba por relación en mi época de instituto. Vosotros parecíais, y seguís pareciendo, profundamente enamorados. —Suspiró—. Pero los diecisiete es una edad muy inadecuada para enamorarse de verdad.

Eso me hizo sonreír y alivió un poco el nudo que tenía en el estómago.

—Háblame de eso —pedí—. Aunque, si no fuéramos músicos los dos, podríamos ir juntos a la universidad y no pasaría nada.

—Eso es escurrir el bulto, Mia. Todas las relaciones son difíciles. Igual que en la música, a veces tienes armonía y a veces cacofonía. No es necesario que te lo explique.

—Ya.

—Y a ver, fue la música lo que os unió. Eso es lo que tu padre y yo siempre hemos pensado. Los dos estabais enamorados de la música y luego os enamorasteis el uno del otro. También fue un poco así para nosotros. Yo no tocaba, pero escuchaba. Por suerte, era un poco mayor que tú cuando nos conocimos.

Nunca le había contado a mi madre lo que había dicho Adam aquella noche, después del concierto de Yo-Yo Ma, al preguntarle por qué me había elegido a mí. Efectivamente, la música era lo que nos había unido.

—Sí, pero ahora siento que es la música la que nos separa.

—Tonterías —replicó meneando la cabeza—. La música no puede hacer eso. Es posible que la vida os lleve por caminos distintos. Pero los dos debéis decidir cuál vais a tomar. —Se volvió para encararse conmigo—. Adam no estará intentando impedir que vayas a Juilliard, ¿no?

—No, igual que yo no intento conseguir que vaya a vivir a Nueva York. De todas formas sería una ridiculez. Puede que ni siquiera me acepten.

—Vale. Pero de todas formas irás a alguna parte. Creo que eso está claro. Y lo mismo puede decirse de Adam.

—Al menos él puede ir a alguna parte y seguir viviendo aquí.

Mamá se encogió de hombros.

—Quizá. Por ahora.

Me cubrí la cara con las manos y sacudí la cabeza.

—¿Qué voy a hacer? —me lamenté—. Me siento atrapada en un tira y afloja.

Mamá me miró, haciendo una mueca de simpatía.

—No lo sé. Pero sí sé que, si quieres quedarte para estar con él, yo te apoyaré, aunque quizá sólo lo digo porque no creo que seas capaz de rechazar Juilliard si te aceptan. Pero lo comprendería si eligieras el amor, el amor de Adam, por encima del amor a la música. En cualquier caso ganas. Y en cualquier caso pierdes. ¿Qué puedo decirte? El amor es una mala arpía.

Adam y yo lo hablamos una vez más después de aquel día. Estábamos en la Casa del Rock, sentados en su futón. Él improvisaba con la guitarra acústica.

—Puede que no me admitan —le dije—. Puede que acabe estudiando aquí, contigo. Ojalá no me admitan para no tener que elegir.

—Porque si te admiten, la elección ya está hecha, ¿verdad?

Sí. Iría. No tenía la menor intención de dejar de quererlo o de romper con él, pero mamá tenía razón: no sería capaz de rechazar Juilliard.

Él guardó silencio un rato, tocando la guitarra tan fuerte que casi no le oí cuando volvió a hablar.

—No quiero ser el tío que se niega a que vayas. Si se tratara de mí, tú me dejarías ir.

—Ya lo he hecho. En cierto sentido ya te has ido a tu propio Juilliard — señalé.

—Ya —dijo en voz baja—, pero aún sigo aquí, y continúo locamente enamorado de ti.

—Yo también.

Dejamos de hablar un rato mientras tocaba una melodía que yo no conocía. Le pregunté qué era.

—Lo llamo «El blues de la novia que se va a Juilliard dejando hecho polvo mi corazón punki» —contestó, cantando el título con voz exageradamente gangosa. Luego esbozó esa sonrisa tímida y tonta que a mí me parecía que procedía de su ser más auténtico—. Es broma.

—Ah.

—Más o menos —añadió.

5:42

Adam se ha ido. De repente me dijo que lo esperara, salió corriendo e informó a la enfermera Ramírez que había olvidado algo importante y que volvería en cuanto pudiera. Ya estaba en el pasillo cuando ella le contestó que estaba a punto de acabar su turno. De hecho, fue detrás de él, pero no antes de informar a la sustituta de la vieja gruñona que «el joven con pantalones ceñidos y pelo alborotado» tenía permiso para verme cuando volviera.

No era necesario. Willow es quien manda aquí ahora. Ha hecho que la tropa desfilara por la UCI toda la mañana. Después de los abuelos y de Adam, se ha pasado la tía Kate. Luego la tía Diane y el tío Greg. Finalmente mis primos. Willow va de un lado a otro con los ojos brillantes. Tiene algo entre ceja y ceja, pero no sé si me manda este desfile de seres queridos para que me animen a continuar con mi existencia terrenal, o si simplemente los trae para que se despidan de mí.

Ahora le ha llegado el turno a Kim. Pobrecilla. Parece que haya dormido en un contenedor. Su pelo se ha sublevado y se le han escapado varios mechones de la trenza enmarañada. Lleva una de esas prendas que ella llama «jerséis zurullo», unas masas informes de color verdoso, grisáceo o parduzco que le compra su madre. Al principio, me mira con los ojos entornados, como si yo despidiera un brillo cegador. Pero luego parece adaptarse a la luz y decide que, aunque parezca una zombi, aunque me salgan tubos por todos los orificios, aunque la fina colcha se haya manchado con la sangre de las vendas, sigo siendo Mia y ella sigue siendo Kim. ¿Y qué es lo que más les gusta hacer a Mia y Kim? Hablar.

Se sienta en la silla junto a mi cama.

—¿Cómo te encuentras? —pregunta.

No estoy segura. Me siento exhausta, pero al mismo tiempo la visita de Adam me ha dejado... no sé cómo. Alterada. Impaciente. Despierta, definitivamente despierta. Aunque no pude notarlo cuando me tocó, su presencia me ha revivido. Pero cuando empezaba a agradecer que estuviera a mi lado, de pronto se marchó como alma que lleva el diablo. Se pasó diez horas tratando de verme, y cuando por fin lo consiguió, se largó a los diez minutos, diciendo que volvería. Quizá lo asusté. Quizá no quiere enfrentarse con esto. Quizá no soy la única cobarde que hay por aquí. Al fin y al cabo, me he pasado el día soñando con que venía a verme, y cuando por fin lo hizo, yo habría salido huyendo de haber tenido fuerzas para ello.

—Bueno, no te imaginas la noche tan loca que hemos tenido —dice Kim.

Y a continuación me lo cuenta todo. El ataque de histeria de su madre delante de mis parientes, que se mostraron muy comprensivos. Y la pelea que tuvo con ella delante del Roseland Theater ante la mirada atónita de unos punkis y fans alternativos; Kim le gritó a su madre llorosa que se calmara y empezara a «actuar como una adulta», y luego se metió en el club con paso airado, dejando a una escandalizada señora Schein en la calle, y entonces su «público», tíos con cinturones de púas y el pelo fosforescente, la vitoreó a rabiar. También me habla de Adam, de su resuelta decisión de entrar a verme, de cómo lo echaron de mala manera y él pidió ayuda a sus amigos músicos, que no eran en absoluto los esnobs disfrazados que ella imaginaba. Y añade que una estrella del rock bienintencionada vino al hospital por mí.

Por supuesto, estoy al corriente de casi todo lo que me cuenta, pero ella no puede saberlo. Además, es como si repasara los acontecimientos del día para mí. Me gusta que Kim me hable con normalidad, igual que antes hizo la abuela, parloteando con sencillez, hilvanando una cosa tras otra, como si estuviéramos en el porche de mi casa bebiendo café (o un *frappuccino* helado con caramelo en el caso de Kim) y poniéndonos al día de las últimas novedades.

No sé si, una vez muerta, la persona recuerda cosas que le ocurrieron en vida. Lo más lógico sería que no, que al morirse uno estuviera como antes de nacer, es decir, en la nada absoluta. Pero en mi caso al menos, los años anteriores a mi nacimiento no están del todo en blanco. De vez en cuando, mis padres me contaban alguna historia. Por ejemplo, sobre el día que papá pescó su primer salmón con el abuelo, o el increíble concierto de los Dead Moon al que asistieron en su primera cita, y yo tenía una abrumadora sensación de *déjà vu*. No porque hubiera oído la historia antes, sino por haberla vivido. Me imagino sentada a la orilla del río mientras papá saca un rojizo salmón del agua, aunque él sólo tenía entonces doce años. O me parece oír cantar al público cuando Dead Moon toca *D.O.A.* en el X-Ray, aunque yo jamás he escuchado a los Dead Moon en directo y el X-Ray Cafe lo cerraron antes de mi nacimiento. Pero a veces esos recuerdos me parecen tan reales, tan viscerales y tan personales como si fueran míos.

Nunca he hablado con nadie sobre esos «recuerdos». Seguramente mamá habría dicho que estaba allí en forma de óvulo, en sus ovarios. Papá habría bromeado sobre que mamá y él me habían torturado con sus batallitas tantas veces que sin querer me habían lavado el cerebro. Y la abuela habría dicho que quizá estaba allí realmente en forma de ángel, antes de elegir convertirme en hija de mis padres.

Sin embargo, ahora tengo mis dudas, además de esperanza. Porque cuando me vaya, quiero recordar a Kim. Y quiero recordarla así: contándome historias divertidas, peleándose con la lunática de su madre, vitoreada por unos punkis, dando la talla, encontrando en su interior una fuerza que ella misma ignoraba poseer.

Adam es otra historia. Recordarlo sería como volver a perderlo, y no sé si podría soportarlo, después de haber perdido a los demás.

Kim ha llegado a la maniobra de diversión, cuando Brooke Vega y una docena de punkis se presentaron en el hospital. Me cuenta que, antes de entrar en la UCI, tenía miedo de meterse en un lío, pero que, al irrumpir por fin en la sala, la sensación había sido muy estimulante. Y cuando el guardia la agarró por el brazo no tuvo miedo.

—No dejaba de pensar: ¿Qué es lo peor que podría ocurrir? Que me metan en la cárcel. Que a mamá le dé un ataque. Que me castiguen un año entero sin salir. —Hace una pausa—. Pero tal como están las cosas, eso no sería nada. Incluso ir a la cárcel resultaría fácil comparado con perderte.

Sé que me dice esto para intentar mantenerme con vida. Seguramente no se da cuenta de que, en un sentido extraño, su comentario me libera, igual que el permiso del abuelo. Sé que será horrible para Kim cuando yo muera, pero también pienso en lo que ha dicho, en que no tenía miedo, en que la cárcel resultaría fácil comparado con perderme. Y por eso sé que lo superará. Perderme será doloroso para ella; será de esa clase de dolor que no parecerá real al principio, y luego la dejará sin respiración. Y seguramente el resto del curso será una tortura para ella, porque sentirá la compasión de todo el mundo por la muerte de su mejor amiga, ahogándola hasta que no pueda soportarlo más, y también porque en realidad no tenemos otras amigas en el instituto. Pero lo superará. Seguirá adelante. Se irá de Oregón. Estudiará en la universidad. Hará nuevos amigos. Se enamorará. Será fotógrafa, de las que no tienen que ir nunca en helicóptero. Y apuesto a que se convertirá en una persona más fuerte gracias a la pérdida de hoy. Tengo la sensación de que, después de pasar por algo así, uno se vuelve más o menos invencible.

Sé que eso me convierte en una hipócrita. Si lo que digo es cierto, ¿no debería quedarme? ¿Seguir al pie del cañón? Tal vez si hubiera tenido algo de práctica, si hubiera habido otras tragedias en mi vida, estaría más preparada para seguir adelante. No es que mi vida haya sido perfecta. Ha habido decepciones, y me he sentido sola y frustrada y furiosa y toda esa mierda, igual que cualquier persona. Pero no he tenido que sufrir por mis seres queridos. Nunca tuve la ocasión de volverme más fuerte para afrontar lo que me toque si decido quedarme.

Kim me cuenta que Willow la salvó de ir a comisaría. Al describir cómo se ha hecho cargo de todo el hospital, se nota la admiración en su voz. Imagino a Kim y Willow haciéndose amigas, aunque se lleven veinte años. Me hace feliz imaginarlas tomando té o yendo juntas al cine, unidas aún por la cadena invisible de una familia que ya no existe.

Ahora enumera a todas las personas que están o han estado en el hospital durante este día, contándolas con los dedos:

—Tus abuelos, tías, tíos y primos. Adam y Brooke Vega con su cortejo de frikis. Los compañeros de banda de Adam: Mike, Fitzy, Liz y su novia Sarah, que no se han movido de la sala de espera desde que los echaron de la UCI. La profesora Christie, que vino en su coche, pasó media noche aquí y luego se fue para dormir unas horas, ducharse y acudir a un compromiso por la mañana. Henry y la pequeñita, que vienen de camino ahora mismo porque la niña se despertó a las cinco de la madrugada; Henry telefoneó para decir que no soportaba estar en casa solo un minuto más. Y mamá y yo —concluye—. Vaya. He perdido la cuenta. Pero era un montón de gente. Y otros han llamado para preguntar si podían venir, pero tu tía Diane les ha pedido que esperaran. Dice que los que hay aquí ya arman suficiente jaleo. Y creo que se refiere a Adam y a mí.

Se interrumpe y sonríe. Luego hace un ruido raro, un cruce entre tos y carraspeo que le he oído otras veces, siempre que tiene que armarse de valor para saltar desde las rocas a las refrescantes aguas del río.

—Todo esto lo digo por algo —prosigue—. Hay veinte personas en la sala de espera ahora mismo. Algunas están emparentadas contigo. Otras no. Pero ten por seguro que todas somos tu familia.

Se inclina y su pelo me roza la cara. Me besa en la frente.

—Aún tienes una familia —susurra.

El 1 de septiembre pasado, el día del Trabajo, organizamos una fiesta improvisada en casa. Para mí había sido un verano muy ajetreado. Primero el campamento, y luego el refugio de la familia de la abuela en Massachusetts. Tenía la sensación de que apenas había visto a Adam y Kim en todo el verano. Mis padres se lamentaban de que no habían estado con Willow, Henry y la pequeña en varios meses.

—Henry dice que ya ha dado sus primeros pasos —comentó papá aquella mañana. Estábamos todos sentados en la sala de estar delante del ventilador, tratando de no derretirnos. Una ola de calor asolaba Oregón. Eran las diez de la mañana y el termómetro ya pasaba de los treinta grados.

Mamá miró el calendario.

—Ya tiene diez meses. ¿Cómo diablos ha pasado el tiempo tan rápido? —Nos miró a Teddy y a mí—. ¿Cómo es humanamente posible que yo tenga una hija que va a empezar el último curso del instituto? ¿Cómo coño es posible que mi bebé vaya a empezar segundo curso?

—No soy un bebé —protestó Teddy.

—Lo siento, chico, a menos que tengamos otro hijo, tú siempre serás mi bebé.

—¿Otro? —preguntó papá, fingiendo alarma.

—Relájate, es broma... al menos en teoría. Ya veremos cómo me siento cuando Mia se vaya a estudiar fuera.

—Voy a cumplir ocho años en diciembre. Entonces seré un hombre y tendréis que llamarme Ted —les comunicó mi hermano.

—¡No me digas! —Me eché a reír y el zumo de naranja se me metió por la nariz.

—Eso me dijo Casey Carson —explicó Teddy, apretando la mandíbula con expresión resuelta.

Mis padres y yo soltamos un gemido. Casey Carson era el mejor amigo de Teddy; a todos nos caía muy bien y sus padres nos resultaban muy agradables, pero no entendíamos cómo podían haberle puesto un nombre tan ridículo a su hijo.

—Bueno, si Casey Carson lo dice... —comenté con una risita, y mis padres también rieron.

—¿Qué os hace tanta gracia? —se mosqueó Teddy.

—Nada, hombrecito —dijo papá—. Es el calor.

—¿Podemos hacer hoy lo del aspersor? —pidió mi hermano.

Papá le había prometido que luego, por la tarde, podría poner en marcha el aspersor y corretear por el jardín, a pesar de que el gobernador había pedido a los ciudadanos que ahorraran agua. Papá se había cabreado, porque decía que los de Oregón tenemos que sufrir ocho meses de lluvia al año y que deberíamos quedar exentos de ahorrar agua en verano.

—Desde luego que sí, caramba —contestó—. Puedes inundarlo todo si quieres.

Eso apaciguó a Teddy.

—Si el bebé puede andar, también podrá andar en el jardín con el aspersor. ¿Puede venir a jugar conmigo?

Mamá miró a papá.

—No es mala idea. Creo que Willow libra hoy.

—Podríamos hacer una barbacoa —sugirió papá—. Hoy es el día del Trabajo, y encender la barbacoa ciertamente contará como trabajo.

—Ya. Y tenemos el congelador lleno de filetes de cuando tu padre decidió comprar medio buey —recordó mamá—. ¿Por qué no?

—¿Puedo invitar a Adam? —pregunté.

—Claro. Hace bastante tiempo que no vemos a tu chico por aquí.

—Sí, ya lo sé. La banda ha empezado a despegar.

En aquella época me hacía mucha ilusión. Una ilusión sincera y total. La abuela acababa de plantar la semilla de Juilliard en mi cabeza, que aún no había germinado, y de momento no había decidido presentar la solicitud. Y mi relación con Adam todavía no había empezado a cambiar.

—Siempre que la estrella del rock se digne soportar una humilde barbacoa con gente sosa como nosotros —bromeó papá.

—Si puede soportar a una sosa rematada como yo, podrá soportaros a vosotros —ironicé—. Creo que también llamaré a Kim.

—Cuantos más, mejor —asintió mamá—. Lo convertiremos en un fiestón, como en los viejos tiempos.

—¿Cuando los dinosaurios poblaban la tierra? —preguntó Teddy.

—¡Exacto! —exclamó papá—. Cuando los dinosaurios poblaban la tierra y tu madre y yo éramos jóvenes.

Se presentaron unas veinte personas. Henry, Willow y la niña; Adam, que se trajo a Fitzzy; Kim, que se trajo a una prima de Nueva Jersey que estaba de visita; y un puñado de amigos de mis padres a los que no veían desde hacía siglos. Papá sacó la vieja barbacoa del sótano y dedicó un buen rato a limpiarla. Asamos los filetes y, como estábamos en Oregón, también trozos de tofu y hamburguesas vegetarianas. Había sandía, que manteníamos fresca en un cubo con hielo, y una ensalada hecha con hortalizas de la granja orgánica de unos amigos de mis padres. Mamá y yo preparamos tres tartas de moras silvestres que habíamos recogido Teddy y yo. Bebimos Pepsi de esas botellas antiguas que papá había encontrado en una vieja tienda rural, y juro que sabían mejor que las de ahora. Quizá fuera por el calor, o porque la fiesta se improvisó, o quizá porque todo es más sabroso hecho a la parrilla, pero fue una de esas comidas que no se olvidan.

Cuando papá puso en marcha el aspersor para Teddy y la pequeña, los demás decidimos participar también. Lo dejamos conectado tanto rato que la hierba se encharcó, y yo acabé por pensar que vendría el gobernador a reprendernos en persona. Adam me hizo cosquillas y estuvimos rodando por la hierba y riendo. Hacía tanto calor que no me molesté en ponerme ropa seca, simplemente pasaba por el aspersor cuando me notaba sudada. Al final tenía el vestido empapado. Teddy se

había quitado la camisa y rebozado en barro. Papá dijo que parecía uno de los chicos de *El señor de las moscas*.

Al caer la noche, la mayoría de la gente se fue a ver los fuegos artificiales de la universidad o al concierto de los Oswald Five-0, que tocaban en la ciudad. Unos cuantos, entre ellos Adam, Kim, Willow y Henry, se quedaron. Cuando refrescó un poco, papá decidió encender una fogata en el jardín y asamos malvaviscos. Luego aparecieron los instrumentos musicales. Papá sacó la batería del sótano, Henry la guitarra del coche, Adam la guitarra de repuesto que tenía en mi habitación. Todos empezaron a improvisar juntos, cantando canciones de papá, de Adam, de los Clash, de los Wipers. Teddy bailoteaba por el césped, y las llamas doradas se reflejaban en su pelo rubio. Yo lo observaba todo con un cosquilleo en el estómago, pensando: «Así es la felicidad».

En un momento dado, papá y Adam dejaron de tocar y los pillé cuchicheando. Luego entraron en la casa, diciendo que iban por más cervezas. Pero cuando volvieron, traían mi chelo.

—Oh, no, no pienso dar un concierto —protesté.

—Ni queremos que lo des —dijo papá—. Queremos que toques con nosotros.

—Ni hablar —repliqué. En varias ocasiones, Adam había intentado convencerme de que «improvisara» con él, pero siempre me había negado. Al final había empezado a bromear sobre la posibilidad de que tocáramos una guitarra y un chelo imaginarios, haciendo dúo, y desde luego eso era todo lo que yo estaba dispuesta a hacer.

—¿Por qué no, Mia? —preguntó Kim—. ¿Te has vuelto una esnob de la música clásica?

—No es eso —aseguré, y de pronto me entró pánico—. Es que son dos estilos que no casan.

—¿Y eso quién lo dice? —terció mamá arqueando las cejas.

—Sí, quién hubiese dicho que fueras una segregacionista musical —bromeó Henry.

Willow miró a su marido poniendo los ojos en blanco y luego se volvió hacia mí.

—Cariño, por favor, toca —dijo, al tiempo que mecía a su hija para que se durmiera—. Ahora casi no tengo ocasión de oírte.

—Vamos, Mia —insistió Henry—. Que estamos en familia.

—Desde luego —dijo Kim.

Adam me cogió de la mano y me acarició la muñeca con los dedos.

—Hazlo por mí. De verdad que quiero tocar contigo. Sólo una vez.

Estaba a punto de sacudir la cabeza para reafirmar que mi chelo no tenía sitio en el mundo del punk rock, y menos entre guitarras que improvisaban. Pero entonces mi madre me miró con una sonrisita de suficiencia, como desafiándome, y mi padre le dio golpecitos a la pipa, fingiendo despreocupación para que no me sintiera presionada. Teddy, que seguía dando brincos —aunque creo que lo hacía porque se había puesto ciego de malvaviscos, no por un acuciante deseo de oírme tocar —, Kim, Willow y Henry me observaban como si fuera algo importante para ellos. Adam tenía una expresión admirada y orgullosa, como siempre que me oía tocar. Yo temía darme el batacazo, no poder integrarme con ellos, no tocar bien. Pero todos me observaban con tal intensidad, tan deseosos de que me uniera a ellos, que acabé por admitir que hacerlo mal no era lo peor que podía ocurrir.

Así que toqué. Y aunque cueste creerlo, el chelo no sonó nada mal con las guitarras. De hecho, sonó increíblemente bien.

7:16

Ha llegado la mañana. En un hospital el amanecer es distinto, un frufrú de sábanas, gente que se frota los ojos. En cierto sentido, un hospital nunca duerme. Las luces nunca se apagan del todo y las enfermeras siempre están despiertas. Ahora se nota que el hospital se despereza. Los médicos han vuelto, me abren los párpados, me apuntan con sus linternas y fruncen el ceño al garabatear anotaciones en mi gráfico, como si los hubiera decepcionado.

Ya no me importa. Estoy cansada de esto y pronto todo habrá terminado. La asistente social también ha vuelto. Al parecer, una noche de sueño no le ha servido de mucho. Sigue teniendo los párpados pesados y el pelo revuelto. Lee mi gráfico y las enfermeras la ponen al corriente de mi agitada noche, lo que parece agotarla más aún. La enfermera de piel negra azulada también ha vuelto. Me ha saludado diciendo que se alegra mucho de verme, que pensó en mí anoche, esperando que siguiera aquí esta mañana. Luego ha reparado en la mancha de sangre de mi colcha, ha chasqueado la lengua y ha ido por una limpia.

Después de marcharse Kim no he recibido más visitas. Supongo que Willow ya no tiene a nadie más a quien mandarme para que me convenza. Me pregunto si este asunto de decidir es algo de lo que son conscientes todas las enfermeras. Desde luego, Ramírez lo sabía. Creo que la enfermera que tengo ahora también lo sabe, a juzgar por lo mucho que se alegra de que haya sobrevivido a la noche. Y Willow, por el modo en que ha estado enviándome gente. Todas me caen muy bien. Espero que no se tomen mi decisión como algo personal.

Estoy tan cansada que apenas puedo parpadear. Es sólo cuestión de tiempo, y una parte de mí se pregunta por qué aplazo lo inevitable. Pero en realidad lo sé: estoy esperando a que vuelva Adam. Me parece una eternidad, pero seguramente no hace más de una hora que se ha ido. Y me ha pedido que lo espere; por tanto, esperaré. Es lo menos que puedo hacer por él.

Tengo los ojos cerrados, así que lo oigo antes de verlo. Oigo sus rápidas y roncadas inhalaciones. Jadea como si acabara de correr un maratón. Luego huelo su sudor, un limpio olor a almizcle que yo embotellaría como perfume. Abro los ojos. Adam ha cerrado los suyos; sus párpados enrojecidos e hinchados me revelan lo que ha estado haciendo. ¿Por eso se ha ido? ¿Para llorar sin que lo viera?

Más que sentarse, se desploma en la silla, como un montón de ropa amontonada en el suelo al final de una larga jornada. Se cubre la cara

con las manos y respira hondo varias veces para sosegar. Al cabo de unos instantes, deja caer las manos en el regazo.

—Escucha —dice con una voz que suena como metralla.

Abro los ojos bien abiertos. Me siento lo más erguida posible. Y escucho.

—Quédate. —Tras esta única palabra se le quiebra la voz, pero traga saliva y prosigue—. No hay palabras para lo que te ha ocurrido. No hay nada positivo. Pero tienes algo por lo que vivir. Y no estoy hablando de mí. Es... no sé. Quizá esté diciendo gilipolleces. Sé que estoy conmocionado. Aún no he asimilado lo que les ha ocurrido a tus padres y a Teddy... —Al pronunciar el nombre de mi hermano, la voz se le quiebra y las lágrimas le corren por las mejillas. Y yo pienso: «Te quiero».

Respira hondo para serenarse y enseguida continúa:

—Lo único que se me ocurre es lo jodido que sería que tu vida terminara aquí, ahora. Quiero decir que tu vida se ha jodido de todas formas, para siempre. Y no soy tan estúpido como para creer que puedo arreglarlo, porque nadie puede. Pero no consigo hacerme a la idea de que no vas a envejecer ni a tener hijos, de que no irás a Juilliard ni llegarás a dar conciertos de chelo ante el gran público, para hacer que se estremezcan igual que yo cada vez que te veo sostener el arco, cada vez que me sonríes.

»Si te quedas, haré lo que quieras. Dejaré la banda, me iré contigo a Nueva York. Pero si necesitas que me aleje de ti, lo haré. He hablado con Liz, y dice que quizá volver a tu antigua vida sea demasiado doloroso para ti, que quizá te resultaría más fácil borrarlos a todos. Y eso sería una mierda, pero lo aceptaría. Me siento capacitado para perderte de esa manera, si no te pierdo hoy. Prometo que te dejaré marchar. Pero has de quedarte.

Finalmente, se deja llevar y sus sollozos son como puñetazos golpeando la carne viva.

Cierro los ojos. Me tapo los oídos. No quiero verlo. No quiero oírlo.

Pero entonces ya no oigo a Adam, sino un gemido grave que en un instante emprende el vuelo y se convierte en un sonido dulce. Es el chelo. Adam ha puesto unos auriculares en las orejas de mi cuerpo sin vida, y ha colocado un iPod sobre mi pecho. Se disculpa diciendo que ya sabe que no es mi pieza favorita, pero que no ha podido conseguir nada mejor. Sube el volumen y oigo la música flotando en el aire de la mañana. Luego me coge la mano.

Es Yo-Yo Ma tocando el *Andante con poco e moto rubato*. Las graves notas del piano suenan como una advertencia antes de que entre el

chelo, como un corazón desgarrado. Y entonces estalla algo en mi interior.

Estoy sentada a la mesa, desayunando con mi familia, bebiendo café, riendo del bigote que le ha dejado el chocolate a Teddy. Fuera hay una tormenta de nieve.

Estoy de visita en un cementerio. Tres sepulturas bajo un árbol en una colina con vistas al río.

Estoy tumbada con Adam, la cabeza apoyada en su pecho, en la orilla arenosa del río.

La gente pronuncia la palabra «huérfana» y me doy cuenta de que hablan de mí.

Camino por las calles de Nueva York con Kim y los rascacielos proyectan su sombra sobre nosotras.

Tengo a Teddy sentado en las rodillas y le hago cosquillas, y él ríe tanto que se cae al suelo.

Estoy sentada con mi chelo, el que mis padres me regalaron después de mi primer recital. Acaricio la madera y las clavijas, que el tiempo y el roce han pulido. Tengo el arco apoyado en las cuerdas. Me miro la mano, deseando que empiece a tocar.

Me miro la mano, la que sujeta Adam.

Yo-Yo Ma sigue tocando, y es como si el piano y el chelo se introdujeran en mi cuerpo igual que el suero y las transfusiones de sangre. Y por mi mente pasan rápidamente recuerdos de mi vida tal como era y destellos de la vida como podría ser a partir de ahora. Me siento incapaz de asimilarlos todos, pero siguen acudiendo, chocando entre sí, hasta que no puedo soportarlo. Ya no puedo seguir tal como estoy un segundo más.

Percibo un destello cegador, un dolor que me traspasa en un instante desgarrador, un grito silencioso que surge de mi cuerpo destrozado. Por primera vez, noto el indescriptible dolor que me abrumaría si me quedara.

Pero también noto la mano de Adam. No la percibo, la siento de verdad. Ya no estoy acurrucada en la silla. Me encuentro tumbada en la cama del hospital y he vuelto a unirme a mi cuerpo.

Adam llora y yo también lloro en mi interior, porque por fin siento las cosas. No sólo el dolor físico, sino también la pena por todo lo que he perdido, y es tan profunda y devastadora que dejará en mí un cráter que nunca podré llenar. Pero también siento todo lo que tengo en la vida, que incluye lo que he perdido y todas las incógnitas de lo que pueda

depararme el futuro. Y es demasiado abrumador. Las emociones se acumulan unas sobre otras, amenazando con desgarrarme el pecho. La única manera de sobrevivir a ellas es concentrarme en la mano de Adam aferrada a la mía.

De repente, necesito sujetar su mano más de lo que he necesitado nunca cualquier otra cosa. No sólo que él me la sujete, sino sujetársela yo a él. Concentro todas las fuerzas que me quedan en mi mano derecha. Estoy débil y resulta muy duro. Es lo más duro que tendré que hacer en la vida. Trato de hacer acopio de todo el amor que he sentido, de toda la fuerza que me han transmitido los abuelos y Kim y las enfermeras y Willow. Apelo a los ánimos que me insuflarían mamá, papá y Teddy si pudieran. Apelo a mis propias fuerzas, dirigiéndolas como un rayo láser hacia los dedos y la palma de mi mano derecha. Imagino mi mano acariciando el pelo de Teddy, sujetando el arco sobre las cuerdas del chelo, entrelazando los dedos con Adam.

Y entonces aprieto.

Vuelvo a caer rendida, agotada, sin saber muy bien si acabo de hacer lo que creo. O si significa algo. Si se ha notado. Si importa.

Noto entonces que Adam me aprieta la mano con más fuerza, y es como si sujetara todo mi cuerpo. Como si pudiera levantarme de esta cama. Y luego oigo su exclamación ahogada, seguida por su voz. Es la primera vez que hoy lo oigo de verdad.

—¿Mia? —pregunta.

Agradecimientos

Varias personas se han unido durante un breve período de tiempo para hacer posible este libro. Todo empezó con Gillian Aldrich, que se echó a llorar de alegría cuando le conté mi idea. Fue una buena manera de motivarme para empezar a escribir.

Tamara Glenney, Eliza Griswold, Kim Sevcik y Sean Smith encontraron tiempo en sus ajetreadas vidas para leer los primeros borradores y ofrecerme un apoyo que era muy necesario. Les doy las gracias y todo mi cariño por su generosidad y su amistad inquebrantable. Algunas personas te ayudan a mantener los pies en el suelo; Marjorie Ingall me ayuda a no dejarme llevar por el corazón, y por eso le doy las gracias y todo mi afecto. Gracias también a Jana y Moshe Banin.

Sarah Burnes es mi agente en el sentido más auténtico de la palabra, poniendo a mi disposición su formidable inteligencia, su perspicacia, su pasión y su entusiasmo, para llevar las palabras que escribo a la gente que puede leerlas. Junto con ella, las maravillosas Courtney Gatewood y Stephanie Cabot han hecho milagros con este libro.

Cuando me reuní por primera vez con el equipo en Penguin, tuve la impresión de que me encontraba en familia. Mi extraordinaria editora, Julie Strauss-Gabel, ha dedicado a Mia y su familia (por no hablar de mí misma) toda la atención y el amor que uno espera recibir de un pariente. Es especial a su manera. Don Weisberg puso todo su corazón y sus músculos al servicio de este libro, y todos los de edición, ventas, marketing, publicidad y maquetación han hecho más de lo que se esperaba de ellos, por lo que quiero dar las gracias a: Heather Alexander, Scottie Bowditch, Leigh Butler, Mary-Margaret Callahan, Lisa DeGroff, Erin Dempsey, Jackie Engel, Felicia Frazier, Kristin Gilson, Annie Hurwitz, Ras Shahn Johnson-Baker, Deborah Kaplan, Eileen Kreit. Kimberly Lauber, Rosanne Lauer, Stephanie Owens Lurie, Barbara Marcus, Casey McIntrye, Steve Meltzer, Shanta Newlin, Mary Raymond, Emily Romero, Holly Ruck, Jana Singer, Laurence Tucci, Allison Verost, Allan Winebarger, Courtney Wood, Heather Wood y Lisa Yoskowitz. Y finalmente, muchas gracias a todos los representantes que tanto trabajaron en favor de este libro. (¡Fiu!).

La música es una parte importante de esta historia, y Yo-Yo Ma ha sido una gran fuente de inspiración, ya que su propio trabajo conforma gran parte de la historia de Mia. También lo han sido Glen Hansard y Marketa Irglova, cuya canción *Falling Slowly* seguramente ha sonado más de doscientas veces mientras trabajaba en el libro.

Gracias a todo el grupo de Oregón: Greg y Diane Rios, que han sido nuestro apoyo durante todo el proceso. John y Peg Christie, cuya elegancia, dignidad y generosidad no dejan de conmoverme. La doctora

Jennifer Larson, una vieja amiga que, casualidades de la vida, trabaja en Urgencias y me ha informado sobre la escala de coma de Glasgow, entre otros detalles médicos.

Mis padres —Lee y Ruth Forman— y mis hermanos —Tamar Schamhart y Greg Forman— han sido mis fans más fieles, han hecho caso omiso de mis fracasos (profesionales, al menos), y han celebrado mis éxitos como si fueran propios (y lo son). Gracias también a Karen Forman, Robert Schamhart y Detta Tucker.

No me di cuenta inmediatamente de que este libro trata en buena medida de la forma en que los padres cambian de vida por sus hijos. Willa Tucker me enseña esta lección todos los días, y en ocasiones me perdona cuando estoy demasiado absorta en crear ficciones propias para jugar a crearlas con ella.

Sin mi marido, Nick Tucker, nada de todo esto habría sido posible. A él se lo debo todo.

Finalmente, mis más encarecidas gracias a R. D. T. J., que me inspiró en muchos sentidos y que cada día me demuestra que existe algo llamado inmortalidad.



GAYLE FORMAN. Nació el 5 de junio de 1970. Es una escritora *bestseller* de novelas juveniles y periodista americana. Ha publicado cuatro libros, entre los que destacan *Si decido quedarme* y su secuela, *Lo que fue de ella* . Sus artículos han aparecido en diversos medios de comunicación como *Seventeen*, *Cosmopolitan*, *The Nation* y *The New York Times Magazine* .

